



FELIPE PÉREZ, por CECILIO PLÁ

FELIPE PÉREZ Y GONZÁLEZ

Chucherías

Frustrerías históricas y chascarrillos de la historia

PRÓLOGO DE

D. Jacinto Octavio Picón

OBRA ILUSTRADA
CON PROFUSIÓN DE DIBUJOS
Fotograbados de Oiarán

MADRID

HIJOS DE M. GUIJARRO, EDITORES

Lagasca, 21, bajo

Es propiedad del autor.
Queda hecho el depósito
que marca la Ley.

Al Excmo. Sr. D. Manuel
Pérez de Guzmán y
Boza, Marqués de Ferez de
los Caballeros,

En señal de consideración y prenda
de afecto,

Diego Pérez

For the British Provincial of Nova
Scotia

PRÓLOGO



D. JACINTO OCTAVIO PICON
(Dibujo de Picon)

DIJO Pascal que si la nariz de Cleopatra hubiera sido más corta, acaso habría cambiado la faz del mundo; dando á entender que en la vida lo que parece cosa baladí suele tener extraordinaria importancia: y así es, porque las historias es-

tán llenas de casos estupendos nacidos de otros insignificantes. A no

haberse, por ejemplo, Carlos I prendado en Gante de la hermosa Bárbara de Blomberg, y tenido en ella á Don Juan de Austria, sabe Dios quién mandara en Lepanto las flotas cristianas y si á estas horas sería turca media Europa: si Napoleón no se hubiese compadecido en Tilssit de la reina Luisa de Prusia acaso no existiera hoy el imperio alemán.

Los episodios que sintetizan ó explican bien las causas de un suceso llegan á formar parte integrante de la Historia, y á veces, aunque no hayan sido en la realidad, la fantasía popular los crea y luego la tradición los embellece y perpetúa, como ha sucedido con la fábula amorosa de Don Rodrigo y la Cava.

Lo mismo se puede afirmar de ciertos dichos célebres. Poco importa que Luis XIV no afirmase

«*El Estado soy yo*», ni Galileo pronunciase «*E pur si muove*», ni Felipe II dijese «*El tiempo y yo para otros dos*»; porque estas palabras pintan tan á lo vivo el espíritu, la situación y la personalidad á que se refieren, que aun siendo apócrifas pasarán eternamente por verdaderas.

En la Historia, como en la vida, lo pequeño puede dar idea de lo grande; y lo meramente anecdótico ayuda á conocer lo principal. Carlos I mandando hacer rogativas por la libertad del Papa á quien había hecho prisionero, Carlos IV implorando piedad para Godoy, y Napoleón tomando lecciones de Talma, la víspera de su coronación, para ponerse el manto imperial con dignidad, se retratan á sí mismos de cuerpo entero.

Tampoco hacen falta grandes esfuerzos para encarecer la impor-

tancia de lo cómico en la historia de la política y de la literatura. Su campo es tan dilatado que en él cabe la humanidad entera: ya en el Génesis el mundo es cosa de risa, porque allí se habla de la luz antes de que el sol fuese creado. El hombre es para sus semejantes objeto de mofa desde que afea y deforma el cuerpo de la que le ha concebido hasta después de cubierto por la tierra: la burla se apodera de nosotros desde que están embarazadas nuestras madres hasta que un epitafio nos atribuye pomposamente méritos que no tuvimos. Además, las manifestaciones de lo cómico son innumerables: lo cómico es inocente y dañino, alegre y triste, regocijado y fúnebre; lo hay por exceso y por defecto; nada existe en la vida que no provoque á risa; de quien hace reir á tiempo puede decirse que sabe evitar el llanto, y

no falta quien afirma que, aunque muchos animales lloran, sólo el hombre ríe, viendo en esto un signo indiscutible y propio de superioridad.

Nada expresa el genio y la índole de un pueblo como su modo de ver y reflejar lo cómico, y el escritor que mejor interpreta la gracia peculiar de su patria es quien con más fidelidad la representa: no hay francés más francés que Rabelais, ni español más español que Cervantes.

Si por alguien conocemos bien las costumbres es por los autores cómicos. Los escritores graves discurren de ideas y de sucesos, pero rara vez dicen cómo vivían aquellos de quienes hablan: en cambio los literatos que hacen burla de todo dan idea completa de las gentes á quienes ponen en ridículo: no parece sino que para retratar fiel-

mente al género humano es preciso no tomarlo en serio. Las hazañas que cuentan Solís, Moncada y Melo son grandiosas; pero tienen más aspecto de verdad las farsas de Lope, Moreto y Rojas. Cabe dudar de lo heroico porque pocos son capaces de ello, mas no de lo ridículo á que vivimos todos sujetos: así Quevedo deja más rastro en el pensamiento con *El Gran Tacañón* que con la *Vida de Santo Tomás de Villanueva*, y los diálogos entre Sancho y Don Quijote prevalecen en la memoria sobre las desdichas de Pársiles y Segismunda.

Ni lo pequeño es despreciable ni hay cosa más seria que lo cómico. El episodio, la anécdota, bastan á veces para que comprendamos toda la trascendencia de un hecho. En la ceremonia de Avila se compendian las aspiraciones de la turbulenta nobleza castellana:

en el momento de rasgar Don Pedro *El Ceremonioso* con su puñal el Fuero de la Unión queda puesto de relieve el poderío de la Casa de Aragón.

La concisión ó la crudeza con que se da noticia de un suceso, el comentario que se le pone, pintan una situación y un hombre.—«Los débiles perecen, pero la salud del emperador es excelente»—dice el parte oficial puesto por un general francés durante la retirada de Rusia.—«Una noche de París reparará todo esto»—dice Napoleón contemplando un campo de batalla cubierto de cadáveres: y estas dos ferocidades bastan para que sepamos hasta dónde llegaban en el ejército la sumisión y en el emperador la frialdad.

Pero no hay necesidad de recurrir á figuras históricas de talla excepcional. Los más ilustres pen-

sadores no han llegado á expresar ciertos sentimientos é ideas como lo han hecho gentes desconocidas, adocenadas y vulgares. Si se quiere la fórmula más terrible del egoísmo, recuérdese la plegaria de aquel literato francés que decía: —«¡Señor, líbrame del dolor físico, que del dolor moral yo me encargo!» El desprecio absoluto del amor sacrificado á la devoción queda pintado en esta frase del duque de Precy-Brussac á su esposa: «Acercáos, señora, que vamos á hacer un cristiano.» La esterilidad de las pecadoras está explicada por un médico francés que decía: «En los grandes caminos no brota hierba:» y el miedo que tienen á ser madres las cortesanas, con esta oración de una de ellas: «¡Oh Virgen que concebisteis sin pecado, dejadme pecar sin concebir.» Si os parece ridículo ostentar

lo que se ha perdido, recordad la frase de un novelista que, viendo á una aventurera en traje de boda y con un ramo de azahar al pecho, exclamó: «Tenía derecho á ponerse las naranjas.»

Los que escriben ó pretenden escribir la historia en grande no narran sino sucesos y hechos importantes, ó que tienen por tales, ni ponen en boca de sus personajes más que discursos pomposos y arengas grandilocuentes, desdeñando cuanto les parece pequeño y mostrando aversión á lo cómico, con lo cual incurren en gravísimo error, porque hay motines más trascendentales que batallas, y chistes populares de mayor alcance que un discurso de la corona.

Conviene, pues, que haya también quien averigüe y escriba lo pequeño, lo menudo y lo cómico para que conozcamos las costumbres,

usos, supersticiones y modas de nuestros antepasados, que no siempre fueron graves y juiciosos, sino en muchas ocasiones tan descuidados y de tan poco fundamento como nosotros. Los libros y papeles viejos que contienen disputas literarias, relaciones políticas, sátiras personales, documentos privados, tradiciones locales, anécdotas, agudezas y decires contribuyen poderosamente á que sepamos cómo se vivía en los siglos pasados... y á que nos alegremos de no haber nacido en ellos.

Antes de que Jorge Manrique dijese que

*cualquiera tiempo pasado
fué mejor,*

era ya entre historiadores y poetas vulgar la manía de elogiar lo de antaño, en menosprecio de lo de hoy, maldiciendo el hoy y echando

do el ayer de menos: lo cual, si bien se considera, es disculpable porque el hombre, á medida que se hace viejo, poetiza sus recuerdos complaciéndose en ellos, y según van alejándose los años se le figura que fué más venturoso: nos parece que era más grata la existencia cuando pensamos en la juventud perdida ó mal gastada.

El error está en atribuir á la humanidad entera esa nostalgia de lo pasado que experimenta el individuo, porque es preciso estar ciego para no confesar que el tiempo, aunque sin darse prisa, va mermando las injusticias, miserias é incomodidades de la vida, y que esta merma innegable y persistente es lo que constituye el progreso.

Dejándonos, pues, de melancolías poéticas, por admirablemente dichas que estén, podemos afirmar que cuanto más se ahonde en lo

pasado más llevadero nos parecerá lo presente y mayores esperanzas fundaremos en lo porvenir.

Mientras se realizan no debemos entregarnos al pesimismo y la tristeza, sino, por el contrario, poner á mal tiempo buena cara y acoger con cierta filosofía lo desagradable que pueda venir, siempre y cuando esta serenidad y aquella alegría no degeneren en indiferencia y egoísmo ante las desdichas del prójimo ó desaliento para con las propias.

De todo esto se infiere que me parecen muy convenientes y amenos los libros donde como en CHUCHERÍAS alternan los recuerdos de lo pasado y las galas del ingenio. Este conjunto de anécdotas, cuentos, chascarrillos, episodios poco conocidos y rasgos en que á sí propios se pintan los personajes históricos, es de lo más á propósito que

puede imaginarse para hacer al lector pensar y reir juntamente, que es el mejor modo de hacerle pasar el tiempo.

Pocos escritores tienen para lograrlo las facultades y medios que el autor de este libro.

Felipe Pérez es un literato de extraordinaria ilustración, conocedor de nuestras antiguas novelas, de nuestra lírica, de nuestro teatro clásico, de las costumbres nacionales, de cuanto se relaciona con la vida y la cultura patria; gran rebuscador de libros viejos, en los cuales sabe encontrar todo lo interesante y útil que encierran, y, finalmente, entusiasta compilador de cuanto puede contribuir á que se conserve y se aproveche el tesoro intelectual de nuestra nacionalidad.

Hay en Felipe Pérez dos literatos distintos: uno que rebusca, re-

copila y divulga lo viejo que hoy puede ser interesante; y otro que comenta y sazona el suceso del día en composiciones cortas, ligeras, llenas de gracia y de intención, donde con un chiste ó con un juego de palabras dice desenfadadamente lo que no se puede decir en prosa seria y campanuda. Versifica con grandísima facilidad y con la corrección propia de quien conoce á fondo el idioma: en el retruécano y el equívoco, en lo que llaman los puristas jugar del vocablo, no hay quien le supere, y en su estilo se refleja su conversación siempre cuajada de frases oportunas: se expresa con el atrevimiento de los buenos *croniqueurs* franceses que en los periódicos de París hacen la *nouvelle à la main*, y en muchas ocasiones recuerda la picaresca osadía de nuestros grandes satíricos, siendo siempre tan

PRÓLOGO

dueño de su pensamiento y tan buen medidor de la palabra, que dice sin ofender todo lo que quiere, lo cual prueba gran dominio del lenguaje y envidiable rectitud moral. Además—y declaro que esto le hace á mis ojos profundamente simpático—Felipe Pérez es de los escritores hijos de su época, de espíritu muy liberal y enamorado sin reservas mentales de cuanto representa y significa progreso.

Y basta de prólogo, porque es ocioso encarecer el mérito de lo que está tan á la vista, y necio dilatar la ocasión del deleite que proporciona.

JACINTO OCTAVIO PICÓN.



ISABEL LA CATOLICA OFRECE SUS JOYAS PARA EL PROYECTO DE COLON
(Cuadro del Sr. Muñoz Degain)

JOYAS DE REINAS

I



ISABEL LA CATOLICA
(Del retrato de Antonio del Rincón)

La fama ha inmortalizado el generoso arranque de ISABEL LA CATÓLICA al ofrecer sus joyas en momento solemne (el 17 de Abril de 1492) para realizar el grandioso pensamiento de Colón, y ha perpetuado el recuerdo de

las palabras que aquella célebre reina dirigió á su esposo en tal ocasión, venciendo sus reparos y vacilaciones para acometer

una empresa que los amigos que creían firmemente en la teoría de Colón patrocinaban con fe y entusiasmo, pero que á la vez era recia y obstinadamente combatida por sabios, doctores y teólogos, quienes calificaban las proposiciones de Colón «de insensatas, de poco ortodoxas y casi heréticas.»

Cansado el inmortal marino de la guerra enconada é implacable que á su proyecto hacían, resolvió alejarse de España, renunciando á sus esperanzas más halagüeñas.

«A la noticia del alejamiento de Colón—dice el historiador Lafuente—conmoviéronse sus amigos, que los tenía ya muchos y muy buenos, contándose entre ellos Alonso de Quintanilla, Contador mayor de Castilla, Luis de Santangel, Secretario racional de la Corona de Aragón, la Marquesa de Moya, Doña Beatriz de Bobadilla, la íntima amiga de la reina Isabel, y otros de grande influjo en sus consejos.

»Presentáronse éstos á la Reina, y pintáronle con vivos colores la gloriosa empresa que iba á dejar escapar de las manos, y de que tal vez se aprovechara algún otro monarca, insistiendo mucho Luis de Santangel en recomendar las prendas que con-

currían en Cristóbal Colón y la ventaja de otorgar unos premios que, cuando se dieran, los tendría sobradamente merecidos.

»Isabel examinó de nuevo el proyecto, le meditó y se decidió á proteger la grandiosa empresa. Menos resuelto ó más receloso Fernando, vacilaba en adoptarla, en atención á lo agotado que habían dejado el Tesoro los gastos de la guerra.

»*Pues bien, dijo entonces la magnánima Isabel, no expongáis el Tesoro de vuestro reino de Aragón; yo tomaré esta empresa á cargo de mi corona de Castilla, y cuando esto no alcance, EMPEÑARÉ MIS ALHAJAS para ocurrir á sus gastos.*»

Bien pudo decir despues el insigne Almirante en una memorable carta: «Sólo en S. A. la Reina, mi señora, hallé protección, y me amparaba cuando todos me habían dejado.»

El habilísimo pincel del excelente artista valenciano D. Antonio Muñoz Degrain ha dado nueva vida á aquella escena en el lienzo que figuró en la Exposición de Bellas Artes de 1878 con distinción muy señalada, y de que ofrecemos una reproducción por el fotograbado, á la cabeza de este artículo.

II



ISABEL DE BORBÓN
(Del cuadro de Velásquez)

Pero la fama, que ha conservado de modo tan expresivo aquel admirable rasgo de Isabel la Católica, no ha sido tan justa con otra reina de España, con otra Isabel que en momentos tristísimos de

dura prueba para esta nación, siempre sufrida, valerosa y digna de mejor suerte, también ofreció y dió sus joyas valiosísimas con empeño repetido y con nobles palabras dignas de recuerdo perdurable.

No fué la fama justa con DOÑA ISABEL DE BORBÓN, primera esposa del «rey poeta», de aquel Felipe IV *el Grande*, que «como los agujeros, era tanto más grande cuantas más tierras le quitaban»; antes al contrario, fué injusta con ella, pues si no divulgó y perpetuó aquel hecho admirable, hizo en cambio que corrieran de boca en boca, que se transmitieran de una en otra generación, y que aun hoy pocos no sepan, cuenten y crean las «puras calumnias», como decía D. Antonio Cánovas del Castillo, de sus supuestos amores con el

desvergonzado, audaz é infelicísimo conde de Villamediana (1); puras calumnias sin otro fundamento que hablillas del *Mentidero*, malicias de poetas mordaces y murmuraciones de ociosos cortesanos; puras calumnias que desmintió con numerosos datos y razones el ilustre Hartzenbusch en uno de sus mejores discursos académicos, y á las que, sin embargo, parece que dió crédito el insigne Duque de Rivas, encontrando en ellas asunto para uno de sus admirables «romances históricos», aunque al comienzo de él escribe estos versos, salvando acaso escrúpulos de conciencia:

«De todos y todas dicen,
y es poner puertas al campo
querer de los maliciosos
sellar los ojos y labios» (2).

Y, sin embargo, el noble desprendi-

(1) El notable escritor D. Emilio Cotarelo, en su interesante y erudito «Estudio biográfico-crítico» referente á *El Conde de Villamediana*, aun dando por cierto que el objeto de la desatinada pasión del Conde fué la reina Doña Isabel, dice lo siguiente: «Se ha supuesto que esta pasión fué correspondida; pero nada más destituido de fundamento. Ningún indicio (si se exceptúa el *códice apócrifo* de la Biblioteca de Osuna), ninguna frase hemos hallado que pueda hacerlo sospechar; antes al contrario, en todas las poesías de Tarsis, que, á nuestro juicio, pueden considerarse dirigidas á Doña Isabel de Borbón, hallamos pruebas de que esta virtuosa señora jamás contestó más que con desdenes á las impertinentes ofrendas amorosas del conde.»

(2) El gran Duque de Rivas reunió en su romance casi todas las anécdotas que han circulado referentes á los supuestos amores de la Reina y de

amiento de aquella Reina, por la ocasión, por su importancia, por sus consecuencias y aun por la delicadeza y bondad de todos sus pormenores, es digno de ser divulgado sacándolo de las historias, entre cuyas páginas parece escondido y olvidado.

Grande era la penuria del Erario público cuando Felipe IV subió al trono, pues

Villamediana, y al desdichado fin de éste. Talle-
mant des Reaux, escritor francés del siglo XVII,
achaca la muerte del Conde también á *impulso*
soberano y á celos del Rey, pero no ocasionados
por la Reina, sino por una dama á quien Felipe IV
amaba, y á quien galanteaba, con mejor fortuna,
el Conde. Refiere aquel escritor en sus *Historiettes*,
que escribió en 1657, coleccionando todas las "ané-
dotas galantes" que corrían en su tiempo por la
corte francesa, que habiendo sido sangrada aquella
dama, el Rey le regaló para sostener el brazo una
rica banda color de violeta, adornada con agujas
de brillantes que "bien podían valer cuatro mil es-
cudos." Celoso Villamediana apoderóse de la ban-
da, y sospechando quién era el donante, púsosela y
fué con ella á Palacio. Irritóse el Rey, y queriendo
sorprender al afortunado galán *in fraganti*, fué una
noche disfrazado á casa de la dama. Villamediana
reconoció al Monarca, pero lo disimuló, y luchando
con él le causó un levisimo rasguño en la espalda.
Felipe IV, al siguiente día, dió orden para que el
Conde se ausentara de la corte; pero éste llevó su
audacia al punto de presentarse en Palacio osten-
tando en el sombrero un joyel que representaba al
diablo entre llamas, y una cinta con esta leyenda:
"Más penado, menos arrepentido." El Monarca, fu-
rioso, le hizo matar de "un mosquetazo" yendo por
el Prado en su carroza, y después se gritó: "Es por
mandamiento del Rey". Lo desatinado de la *histo-
rieta*, que he leído también en alguna otra parte,
aunque ahora no recuerdo dónde, fácilmente se
echa de ver, y sólo á título de curiosidad puede re-
producirse.

lo exhausto de aquél tuvo principio en el reinado de Felipe II, de quien dijo en su oración fúnebre el papa Clemente VIII que «sólo él había gastado en desterrar herejes más que todos los reyes cristianos juntos», de quien afirmó Juano que, con motivo de las muchas guerras que sostuvo, había vendido ó empeñado para largo tiempo su patrimonio, tributos y portazgos, y á quien su propio hijo y heredero inculpó por ello en una carta circular dirigida á las primeras Cortes de su reinado, manifestando que su padre «había consumido todos los recursos del reino, y que aunque esto era tan notorio, le parecía deber referirlo por si algunos no lo tuviesen tan entendido.»

Siguió aumentando la miseria con el escándalo en el reinado del devoto Felipe III, por el desbarajuste administrativo y por las dilapidaciones y rapiñas de cuantos andaban en el manejo de la Hacienda pública, y muy particularmente de privados y favoritos como el orgulloso y malaventurado D. Rodrigo Calderón, quien si

«muriendo pareció digno de vida,
viviendo pareció digno de muerte»,

y quien sólo en alhajas llegó á poseer tanta riqueza que «asusta leer la lista que de ellas se hizo cuando la formación de su proceso», y como el insaciable Duque de

Lerma, que «empezó su administración colocando en los principales puestos del Estado á todos sus parientes y paniaguados», y contra el que corrieron muchas sátiras no menos punzantes y merecidas que la siguiente décima:

«Las Indias le están rindiendo
el oro y plata á montones,
y España con sus millones,
aunque la van destruyendo,
cada día están vendiendo
cien mil oficios, señor;
usan muy grande rigor
en destruir esta tierra;
gastóse aquesto en la guerra...
ó en Lerma diré mejor.»

Al pasar la corona á Felipe IV, tan mermada quedaba la riqueza del Erario,



FELIPE IV

(Reducción de un agua fuerte de Goya)

que poco trabajo costó al detestado Conde-Duque de Olivares dar pronto fin de ella, prosperando y enriqueciéndose, y enriqueciendo también á los suyos, en tanto que el mismo Rey se veía obligado á hacer economías en

los gastos de su casa y en los de la Reina por algunos cientos de miles de ducados al año.

Entre aquellas economías hubo algunas verdaderamente curiosas: se redujo considerablemente el personal palaciano, se suprimió el vino en los almuerzos y se mandó que «á las damas de la Reina no se diesen meriendas de la confitería, pudiendo llevar empanadas y algunas frutas del guardamangel.»

Por contraste digno de ser notado, á la vez que el Monarca reducía los gastos de su casa, aumentaban el gasto y las prodigalidades en la del Conde-Duque, quien llegó á cobrar al año más de 400.000 ducados sólo por *algunas mercedes* conseguidas.



CONDE-DUQUE DE OLIVARES
(Reducción de un agua fuerte de Goya, copia de Velázquez)

Refiérese, sin embargo, en las *Noticias de Madrid* (1621-27, MS. de la B. N.) que hubo ocasión, á principios de 1625, en que el Conde-Duque se vió obligado á servirse en su mesa de platos de barro por haber dado al Rey toda su plata y joyas, aunque después se las devolvieron.

En tales circunstancias, las crecientes audacias, torpezas y ambiciones del endiosado favorito, motivos constantes de lamentaciones y de sátiras, anulando y obscureciendo quizás algunas buenas cualidades de político, empeñaron á España en guerras desdichadas, y provocaron las rebeliones separatistas de Portugal y de Cataluña, á que tenía que atender la nación, flaca y desvalida, agobiada por los tributos, aniquilada por los sufrimientos, arruinada por los despojos y desesperada al ver el indestructible valimiento, la irritante insolencia y la descarada rapacidad de sus malos gobernantes y administradores.

La reina Doña Isabel, á quien el Conde-Duque tenía humillada, ofendida y apartada de su débil esposo, secuestrado por aquél, participaba del odio popular, y procuraba, aunque con grandísima discreción, el término de su privanza.

Para lograrlo ideó como el mejor recurso convencer al Rey de que debía ir á Cataluña para alentar á sus soldados con su presencia y con su ejemplo, aunque su intención era conseguir que, fuera del ambiente de la corte, la franqueza y verdad de los capitanes le arrancasen la venda que habían puesto en sus ojos el interés y la falacia de los políticos y de los cortesanos.



FELIPE IV
(De! retrato ecuestre por Velázquez)

El plan de la Reina tuvo feliz éxito en su primera parte, y Felipe IV salió de Madrid acompañado por el Conde-Duque; quien, sin embargo, no le dejó pasar de Zaragoza, donde le tuvo entretenido con fiestas y diversiones impropias de la ocasión, y de donde regresó sin haber llegado al teatro de la guerra ni haber hecho cosa de provecho; lo que dió asunto á un desconocido poeta para escribir un romance satírico que circuló por la corte, y en el que se decían, entre otras frases no menos punzantes, cosas como éstas:

«Hablemos claro, mi Rey:
toda España va de rota;
el portugués más se engríe,
el catalán más se entona.

Lo militar no se ejerce,
lo político lo estorba;
los que pierden nos gobiernan,
los que ganan se arrinconan.

¿Quién mete á José González
en cosas que no le tocan?

Que no siempre se convienen
las garnachas con las cotas.

Hoy no se acierta en España
acción humilde ni heroica;
desdicha es errar algunas,
malicia es errarlas todas.»

Todo el tiempo que el Rey estuvo fuera de Madrid, la Reina quedó como gobernadora, «cargo que desempeñó, según dice el P. Flórez en sus *Reinas Católicas*, con tal prudencia y cordura, en las varias salidas que el Rey hizo de la corte, que casi excedía las esperanzas.»

En aquella ocasión, como refiere otro escritor de la época, la Reina, deponiendo la austerísima etiqueta española, recorría las calles de Madrid, visitaba los cuarteles, informábase de cosas importantes y pedía razón de las pagas, alentaba á los capitanes y soldados, hacía administrar justicia admirable, dando frecuentes audiencias á todos, mostrándose más bien madre que soberana.



ISABEL DE BORBON

(Retrato ecuestre por Velázquez, grabado al agua fuerte por Goya)

La falta de dinero para sostener la guerra hízose entonces sentir de modo apremiante y angustioso, y el Rey escribió á la Reina esta necesidad, encargándole que aplicase todas sus fuerzas y conducta para juntar lo más que pudiese.

No fué inútil el encargo, ni pudo acudir el Monarca á quien mejor lo cumpliese. La Reina, encerrando en un cofrecito todas sus joyas, corrió en persona á casa del opu-

lento comerciante D. Manuel Cortizos Villasante, el más rico joyero de la corte, proponiéndole su inmediato empeño por la suma de ochocientos mil escudos.

Aquellas riquísimas joyas, que antes había hecho servir la Reina para el culto, eran muy conocidas y valían muchísimo más de la suma pedida. En una función religiosa que en 1624 hicieron en Palacio en desagravio del Santísimo Sacramento, ultrajado por un hereje, las personas Reales levantaron y adornaron sendos altares. «El de la Reina—dice el citado P. Flórez—llevó la atención de todos por el gusto y sumo precio de las alhajas. Solamente las joyas se graduaban en *tres millones y medio.*»

Asombrado el joyero por el acto inesperado de la Reina, y ufano por el honor que ésta le dispensaba yendo á su casa y prefiriéndole para aquel negocio, entregó á la Reina los ochocientos mil escudos sin aceptar las joyas. Entonces diéronse órdenes para que se hicieran levas de hombres y requisas de caballos, y para que se excitase el patriotismo de los que por su riqueza ó posición podían contribuir á los gastos de la guerra. «El resultado—dice un historiador—fué cual debía esperarse

del amor que los vasallos profesaban al Rey y de la docilidad de su carácter.» Reuniéronse considerables sumas, y pudo levantarse un ejército de 18.000 infantes y 6.000 caballos, y reunióse una escuadra de 33 navíos y 40 buques de guerra, tripulados por más de 9.000 hombres, y todos cuantos sentían hervir en su pecho sangre española acudieron al llamamiento de la patria y de los Soberanos.

La Infanta dió también sus joyas, el Infante Cardenal hizo un donativo de cien mil ducados, y prócer hubo, como el Almirante de Castilla Enríquez, que solicitó Real facultad para enajenar todo su patrimonio y destinar el producto íntegro á los gastos de la guerra.

Mademoiselle A. Celliez, notable escritora francesa, en su obra *Les reines de Espagne*, dice: «Un celo ardiente animaba á la reina Isabel, que veía perderse la herencia de su hijo en manos incapaces, encargadas de defenderla. Apeló á la fidelidad castellana, y en aquel país caballeresco donde el respeto á la mujer llega hasta el entusiasmo, todos los corazones volaron hacia ella, y su valor, su energía, lograron reanimar el amor al Trono en los momentos en que rápidamente se extinguía.»

La Reina, todavía no satisfecha, insistió en desprenderse de sus joyas, que ya tan importante donativo habían logrado, y enviolas al Rey á Zaragoza con el Conde de Castilla, portador á la vez de una carta para el Conde-Duque, concebida en estos delicados y expresivos términos:

«Conde: Todo lo que fuera tan de mi agrado, como que el Rey admita mi voluntad en esta ocasión, quiero que vaya por vuestra mano; y así os mando supliquéis á S. M. de mi parte, se sirva de esas *joyas que siempre me han parecido muchas para mi adorno y pocas hoy que todos ofrecen sus haciendas para las presentes necesidades.*—De Madrid hoy viernes 13 de Noviembre de 1642.—LA REINA.

Felipe IV se apresuró á contestar con esta otra carta, en cuyo estilo se nota su afición á los «discreteos galantes» de las comedias de la época:

«Señora: Vuestra generosa acción, al paso que agradecido, me deja sumamente obligado á ofreceros mi corazón por premio de vuestra fineza. Las joyas de vuestra majestad quedan en mi poder, para tener la gloria de ser yo el portador que las ponga á V. M., pues antes empeñaría mi corona que me deshiciera de alhajas que el mundo les es corto precio, por ser de tal dueño.—De Zaragoza, hoy 22 de Noviem-

bre de 1642.—Señora, vuestro esposo, EL REY.»

Las joyas de la Reina, aunque no llegaron á ser empeñadas, lograron el triunfo en tres grandes y difíciles empeños: salvar la angustiosa situación del momento, levantando el espíritu público y reuniendo suma imponderable para los gastos de la guerra; librar al rey del secuestro en que le tenía su ambicioso privado, y precipitar la caída de éste, abriendo los ojos al confiado y débil Monarca y estimulando su escasa y pasajera energía.

Acaso si la muerte no hubiese arrebatado poco después (en 6 de Octubre de 1644) á Doña Isabel de Borbón, la suerte de España hubiera entonces mejorado. Así lo reconocen escritores franceses, aun consiguando su hostilidad á Francia, su país natal, por defender los derechos é intereses de España, su patria adoptiva. «La reina Isabel, dice uno de aquéllos, hermanaba en su política la energía con la prudencia y la moderación, y murió demasiado pronto, por desgracia, para la prosperidad de España.»

Cumplióse de este modo «al pie de la letra» lo que expresó en estos cuatro versos el Padre Maestro Fr. Juan de Victoria,

predicador insigne del Orden de San Agustín, en una composición escrita con motivo del fallecimiento de aquella Reina, y á modo de epitafio:

«Yace, si lo miras bien,
en ese cuerpo difunto,
reina y reino, todo junto,
que en ella expiró también.»

III



SANCHA DE LEON Y FERNANDO I DE CASTILLA

El nobilísimo rasgo de la reina Doña Isabel de Borbón ya había tenido precedentes en otra Reina de España, con tanta justicia cuanto entusiasmo alabada por escritores extranjeros, y en una Infanta es-

pañola que durante algunos años tuvo la soberanía de los Países Bajos.

Mr. D'Anquetil, en su *Compendio de la Historia de España*, dice al tratar del reinado de D. Fernando I de Castilla: «Las circunstancias del reino de Castilla eran demasiado críticas. Exhausto el Erario con tan repetidas campañas (1) y recargados los vasallos con excesivas contribuciones, la resistencia parecía imposible; pero á todo ocurrió la heroicidad de DOÑA SANCHA (mu-

(1) A las constantes guerras con los moros uniósela la que movió á Fernando I el Emperador de Alemania Enrique II, quien tomó como insulto á su dignidad que los vasallos de aquél le aclamaran con el título de *Emperador*. «Enrique II—dice el citado historiador,—logrando hacer entrar en sus miras á la corte de Roma, fortalecido con los rayos del Vaticano intimó al Rey de Castilla que renunciase aquel dictado y se reconociese feudatario suyo.» Pero ni el Papa ni el Emperador contaron con que había en Castilla un Rodrigo Díaz de Vivar que, enterado del suceso, dijo al Rey:

«Enviad vuestro mensaje
al Papa, y á su valía
y á todos desafiad
de vuesa parte y la mía....»

un *Cid Campzador* que puesto al frente de las tropas logró tan pronto y decisivos triunfos, que

«los Reyes y Emperadores
con toda la su valía,
cuando vieron el estrago
que el buen Cid haciendo iba,
por merced piden al Papa
que al Rey Fernando le escriba
que á Castilla se volviesen
que tributo no querían.»

según reza el famosísimo *Romancero*.

jer de D. Fernando I). *Sus joyas, sus pedrerías y la renta de sus propiedades, enajenadas las más y empeñadas las otras,* pusieron en pie un ejército florido y numeroso que, conducido por Fernando, extendió sus dominios y redujo á su deber á los vasallos sarracenos.»

Un ilustre historiador español, Fray Prudencio de Sandoval, obispo de Pamplona, hace de aquella reina el siguiente elogio: «Encarecen y con razón las historias antiguas el gran valor y virtud de la reina Doña Sancha, que además de ser muy hermosa, como dicen y parece por un retrato suyo hecho en sus tiempos, que yo tengo, dicen que amó mucho al rey, su marido; que le aconsejaba con gratísima prudencia lo que le convenía. Y miraba por el bien y honra del reino. Y fué reparadora y bienhechora de los monasterios é iglesias; é instigaba al Rey que hiciese jornadas contra los moros que tenían el reino de Murcia y Toledo. Por ser ya el Rey viejo y verse cansado y enfermo no hacía caso de ellos. *La Reina dió todas sus joyas,* y recogió cuanto dinero pudo é hizo juntar un gran ejército, y tanto dijo al Rey, que le hizo hacer esta jornada y rendir y sujetar los rebeldes. Que quiso siempre á su marido con amor verdadero, como lo manda Dios. Que fué amparo y socorro de los afli-

gidos, viudas y huérfanos. Que fué, finalmente, espejo de mujeres en sus reinos. Tales alabanzas nos dicen de esta princesa...»

A la muerte de su marido, Doña Sancha tomó el hábito de San Benito en uno de los conventos de monjas que había en León, y cuando falleció fué enterrada en el monasterio de San Isidro de aquella ciudad, en una sepultura, junto á la de aquél, y en la que grabaron este epitafio.

«H. R. SANCCIA, REGINA TOTIUS HISPANIÆ, MAGNIS REGIS FERDINANDI UXOR, FILIA REGIS ADEFONSI, QUI POPULAVIT LEGIONEM POST DESTRUCTIONEM ALMANZOR. OBIT, ERA M. C. VIII. III. Ns. M.

(Aquí descansa Sancha, reina de toda España, mujer del rey D. Fernando el Magno, hija del rey D. Alfonso, que pobló á León, después que le destruyó Almanzor. Murió año de M. C. XXI, á cinco de Marzo ó Mayo.)

El P. Enrique Flórez, ya antes mencionado, reprodujo el elogio del obispo Sandoval, agregando, entre otras alabanzas, lo siguiente: «La reina Doña Sancha influyó con gran prudencia y ánimo varonil en las expediciones marciales, pues la que no podía pelear por sus manos, peleaba por las de todos. Ella era la que mientras el rey andaba en las campañas, contribuía con cuanto el ejército necesitaba. Reclutaba

soldados, recogía caballos, enviaba armas, proveía de víveres; pero en tal abundancia, que no sólo no les faltase nada, sino que todo abundase...»

En cuanto al epitafio hace algunas observaciones: Doña Sancha, según el Tundense, vivió dos años más que su marido, y éste murió el 27 de Diciembre de 1065. Confirmanlo los anales toledanos, los complutenses y el Cronicón de Burgos, que señalan la muerte en la era 1105 (año de 1067), y son muchos testigos, agrega, dignos de prevalecer contra el epitafio, que según anda publicado tiene yerro.—El día fué el 8 de Noviembre, según el citado Tundense.

IV



ISABEL DE AUSTRIA
(del retrato de Sánchez Coello)

Después de muchos años de guerra obstinada y feroz que había despoblado y empobrecido á España, para contener y castigar en los Países Bajos la herejía que aquella guerra sólo consiguió ha-

cer medrar y propagarse, comprendió Fe-

lipo II, ya en las postrimerías de su vida, que era funesta herencia para su sucesor, y quiso terminarla con tardías concesiones, llegando hasta la abdicación de la soberanía.

Mas para que España no perdiera en absoluto la posesión de aquellos dominios, discurrió el Monarca un medio ingenioso para poner término á la contienda; al abdicar la soberanía dejaba la esperanza—algunos dicen la seguridad—de que los Países Bajos, en plazo no lejano, volverían como antes á depender en un todo de los reyes españoles.

Con este propósito dispuso el casamiento de su hija Isabel, Clara, Eugenia, con el archiduque Alberto, que era sobrino de él, aunque para ello le fué preciso obtener especial beneplácito del Sumo Pontífice, por ser el archiduque nada menos que cardenal y arzobispo de Toledo.

Murió Felipe II sin haber visto realizado su proyecto, pero la boda se celebró poco después de su fallecimiento, y los archiduques embarcaron en Barcelona en 7 de Junio de 1599, y llegaron á Bruselas en Septiembre del mismo año.

Con poca felicidad comenzó para ellos su soberanía de los Países Bajos.

Los rebeldes no confiaban en las promesas de la corte española, recelando que

aquellas reformas y concesiones encubrían un ardid para rendirlos y someterlos, y engreídos con sus últimos triunfos, sólo querían su completa independencia.

Los soldados españoles se amotinaban, á la vez, por faltarles las pagas, y se entregaban á graves excesos. Los walones y los alemanes no tardaron en imitarlos, y el conde Mauricio, aprovechándose de aquel desconcierto, penetró en Flandes, pasó por las puertas de Brujas, dirigióse á Ostende, tomó varios fuertes de los españoles y sitió á Nieuport por mar y por tierra. (Junio de 1600.)

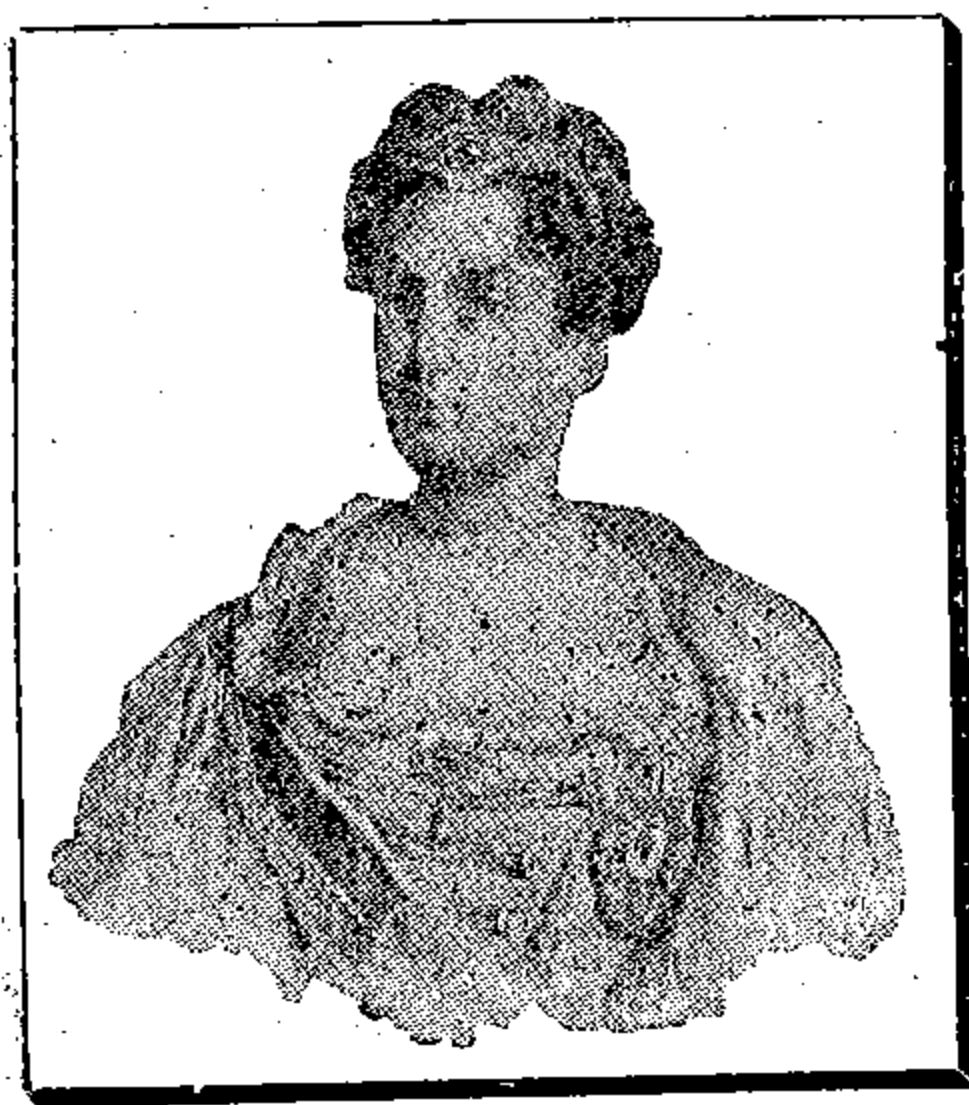
«Alarmados los Archiduques—escribe el citado Lafuente en su *Historia de España*—marchan apresuradamente á Gante y mandan reunir todas sus tropas en Brujas. La archiduquesa, á imitación de la célebre Reina castellana de su nombre, monta á caballo, se presenta delante de las filas españolas, las recorre con marcial continente, arenga á los soldados, los exhorta á guardar la mayor disciplina y subordinación, los anima al combate, les asegura que no les faltarán las pagas, porque si no llegase el dinero que se esperaba de España, *estaba dispuesta á EMPEÑAR PARA ELLO TODAS SUS JOYAS y aun la plata de que se servía*. La presencia, la voz, las palabras de la varonil princesa entusiasman á los solda-

dos; hasta los amotinados juran sacrificarse por su causa, y, alentado con esta disposición, el Archiduque se pone á la cabeza de las tropas, marcha con ellas en busca del enemigo, recobra algunos fuertes, logra derrotar un cuerpo de escoceses, que se había adelantado con el conde Ernesto de Nassau, y escribe á la princesa Isabel que no tardaría en enviarle la nueva de haber destruído todo el ejército contrario.

«¡Engañosa esperanza, fatal para la infeliz Archiduquesa! En lugar de la fausta nueva que esperaba no tardó en recibir el triste mensaje de una funestísima derrota. Alentado Alberto con aquel primer triunfo había dado el combate general, contra el dictamen del cauto y prudente Maestre de Campo Gaspar Zapena. El conde Mauricio se había prevenido convenientemente para la batalla; sus fuerzas eran mayores; los soldados españoles llegaron cansados; las arenas de las Dunas, ardientes con el sol de Julio, levantadas con el viento que les daba de frente, les cegaban y abrassaban; la victoria comenzó á declararse por Mauricio; Alberto, peleando donde más ardía el combate, se condujo como un buen capitán; pero, herido de un golpe de alabarda hacia la oreja derecha, tuvo que retirarse cuando ya había sido hecho prisionero el almirante de Aragón, y muerto

gran número de capitanes y el Maestre de Campo, entre ellos Gaspar Zapena. La derrota fué completa: perdiéronse más de cien banderas, con la artillería y municiones. El Archiduque regresó á Gante, donde le recibió la Infanta con júbilo y con ánimo varonil, mucho más cuando le había creído ya muerto ó prisionero. Tal fué el resultado desastroso de la memorable batalla de Nieuport, ó de las Dunas, donde quedó destruído el ejército en que se fundaban más esperanzas.»

Isabel, Clara, Eugenia de Austria, hija del rey D. Felipe II y de su esposa Doña Isabel de Valois, había nacido en Balsain, lugar cercano á Segovia, á 12 de Agosto de 1566, y murió en Bruselas el día 1.º de Diciembre de 1633.



CATALINA I DE RUSIA

V

Seis siglos y medio más tarde que Doña Sancha, siglo y medio más tarde que Doña Isabel de Austria, y muchos años después que Doña Isabel

de Borbón, en Julio de 1711, una emperatriz rusa imitaba el generoso proceder de aquellas españolas, si bien fueron diferentes las circunstancias en que lo realizó.

Rodeado el ejército de Pedro el Grande en las orillas del Pruth por el ejército turco, cuatro veces mayor, consideróse perdido sin remedio, y tras la desesperación cayó en el abatimiento. La famosa CATALINA I, su mujer, que desde las más bajas esferas fué elevada por él al trono imperial, apeló á un atrevido é ingenioso expediente para salvarlo y obtener una paz que no fuera humillante. Conociendo la codicia de los ministros otomanos que dirigían las operaciones, reunió todas sus joyas, y montando á caballo, después de haber comunicado á Pedro I su proyecto, recorrió las filas de su ejército, hablando con jefes, oficiales y soldados, á los que expuso su plan en estos breves términos:

«La lucha es imposible: ya no hay víveres ni municiones, y pronto quedaremos prisioneros ó muertos si no aceptamos una capitulación humillante y vergonzosa. Pero yo tengo un medio de salvación para ganar vida y honra; una suscripción que satisfaga la codicia de los jefes enemigos. Yo la encabezo desde luego con todos mis ahorros Y CON TODAS MIS ALHAJAS. Ahora que cada uno dé lo que pueda.»





CATALINA OFRECE SUS JOYAS A PEDRO I

Entusiasmados todos por aquel arranque, aceptaron el proyecto de la Emperatriz, y hasta el último soldado entregó á gusto cuanto poseía.

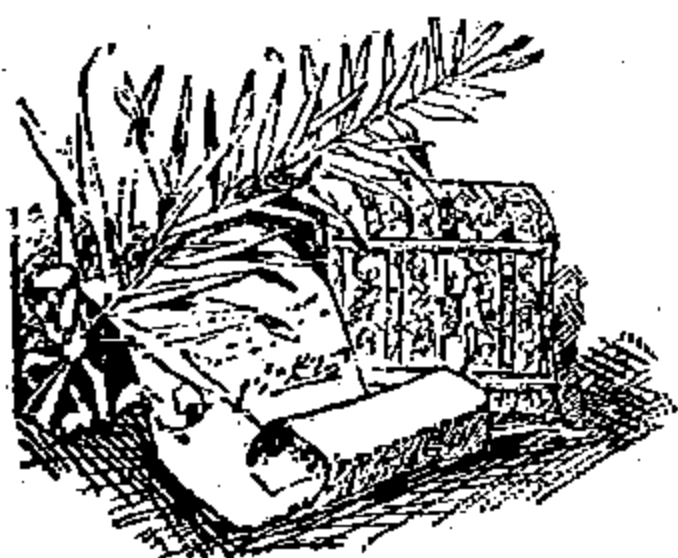
Todos se salvaron; ajustóse la paz en excelentes condiciones, y Pedro I, después de presentar á los rusos á Catalina como su libertadora, la hizo coronar en Moscou algunos años después.

Las soberanas que, como Sancha de León, Isabel la Católica, Isabel de Austria, Isabel de Borbón y Catalina de Rusia, destinaban sus joyas para darles tan noble y patriótico empleo, al hacerlo adornábanse y adornaban sus nombres con joyas de pre-

cio inestimable: la admiración y el respeto de todos.

Y acaso aquellas ilustres princesas comprendían que en ciertos casos las angustias de la patria, como en muy distinto sentido decía el inmortal Calderón de la Barca refiriéndose á «tristezas de mujeres»,

«Bien con galas se remedian,
Bien con joyas convalecen.»





SOR JUANA INÉS DE LA CRUZ

Justicia arzobispal

Chascarrillo histórico

Sor Juana Inés de la Cruz,
la celebrada y excelsa
poetisa mejicana
que hizo ingeniosa defensa
contra los perversos hombres

de las desdichadas hembras,
 tenía una superiora,
 mujer de muy pocas letras,
 de reducido caletre
 y cortas entendederas.

Como el ingenio no puede
 someterse á la simpleza,
 y aunque la humildad le ayude
 y cien veces le contenga,
 llega una en que, al fin y al cabo,
 á su pesar se subleva,
 sor Juana, escuchando un día
 las sandias impertinencias
 de la madre superiora,
 dió á su enojo rienda suelta,
 y le dijo secamente:
 —Cállese, madre, que es necia.

Sorprendida la Priora
 al oír tal... indirecta,
 y para que no quedase
 sin castigo la insolencia,
 escribió un largo billete
 formulando su querella,
 que dirigió al arzobispo
 don Fray Payo de Ribera,
 prelado sabio y prudente,
 hombre de mucha agudeza,
 y del que cuenta la Historia
 varias curiosas anécdotas.

Leyó Fray Payo el billete,
que le causó gran sorpresa;
mas comprendiendo sin duda
el motivo de la queja,
y apreciando de una y otra
las cualidades y prendas,
puso al margen un decreto
de su puño y de su letra,
que su bondad acredita
y que su ingenio demuestra:

«Que la madre Superiora
que el tal dicho toma á ofensa,
pruebe todo lo contrario,
¡y se hará justicia seca!»





D. ANTONIO GUZMAN, PRIMER GRACIOSO DE LOS TEATROS DE LA CORTE.

¡De caballería!

Chascarrillo histórico

I

Después que á nuestro país
vino, tras rudo vaivén,
la intervención de *los cien*
mil hijos de San Luis,

y recogiendo su fruto
al frente del negro bando,
otra vez el rey Fernando
pudo llamarse «absoluto»,

sufrió la triste nación,
sin tregua ni lenitivo,
el cruel furor vengativo
de la triunfante reacción.

El desdichado mortal
por liberal conocido,
ó el pobre que había servido
al gobierno liberal,

ó no hacía público alarde
de servil exagerado,
ó era sólo delatado
por enemigo cobarde,

si no hallaba salvación
huyendo á tierra extranjera,
su destino cierto era
el cadalso ó la prisión.

Con *tal fe* satisfacían
sus instintos sanguinarios
los feroces reaccionarios,
que en muchos casos sufrían

los más injuriosos mote
y las más terribles penas
los que gastaban melenas
y los que usaban bigotes;

porque cualquier chuchumeco
servil, hallaba sencillo

el pelarlos con cuchillo
ó el afeitarles en seco,

y hubo señoras formales
que sufrieron malos tratos
por llevar en los zapatos
galgas constitucionales.

II

De aquellos desmanes fieros,
causa de horribles espantos,
se libraron unos cuantos
comediantes y toreros,

aun siendo público que antes
por liberales pasaban,
porque al rey le recreaban
toreros y comediantes.

Ninguno entre éstos fué tan
favorecido y mimado
por Fernando, *el Deseado*,
como el gracioso Guzmán,

artista de buena ley
y de gracia singular
que hacía desternillar
de risa al «manolo-rey»;

sintiéndose contagiada
con risa alborotadora

la reina Amalia, señora
de gravedad extremada.

III

Un día, hablando con él,
puso el rey cara severa,
porque hasta en sus chanzas era
el rey Fernando cruel,

y con frialdad glacial
le dijo:—Ayer he sabido,
Guzmán, que también has sido
miliciano nacional.—

Como era seca la frase
y el rey quien la pronunciaba,
y el tiempo entonces no estaba
para bromas de esa clase,

palideciendo el actor
temió verse en algún lío,
y sintió en el cuerpo frío
y en la cabeza calor.

—Pues, hombre, no lo sabía—
siguió el rey, ya más jovial.—
¡Vaya! ¡vaya! ¡Y nacional
de los de caballería!—

Aunque cierto buen humor
ya velaba los enojos,

Guzmán, bajando los ojos,
dijo temblando:—Señor...

—De caballería, ¿eh?
Y... vaya, quiero saberlo...
¿Por qué dejaste de serlo?—
siguió el rey;—dime, ¿por qué?

Oyendo el tono de chanza,
levantó Guzmán la vista,
y, al ver al rey ya bromista,
recobró la confianza.

—¿Callas?

—No, señor, no callo,
dijo Guzmán, lo diré.

—¿Por qué ha sido?

—Pues porque...
¡Se me murió mi caballo!

IV

Pronto se extendió el rumor
en la cortesana grey
de aquella chanza del rey
y aquel «golpe» del actor;

Y, aunque nadie lo decía,
pensó el menos malicioso
que el monarca y el gracioso
eran... ¡de caballería!



EL MONTE IDA.-ISLA DE GRETA
Entrada al Laberinto

El Laberinto de Creta

Otrosí pregunto: ¿Qué fué de Teseo,
el cual, á subsidio del buen viento Auro,
libró á los de Atenas del cruel Minotauro?
Pregunto: ¿Qué es de ellos que yo non los leo?
(EL MARQUÉS DE SANTILLANA en su *Pregun-
tas de nobles.*)

I

Hoy, cuando llama tenazmente la atención de Europa el conflicto turco-heleno, provocado por las cuestiones cretenses, que pudiéramos llamar «nuevo laberinto de Creta», cuya *salida* buscan y temen no encontrar los más hábiles políticos, no es acaso completamente inoportuno hacer memoria, por vía de curiosidad, de aquel otro antiguo y famosísimo *laberinto* de que tanto y tanto han dicho en todos los tiem-

pos mitólogos, historiadores, arqueólogos y poetas.

Las desventuras conyugales del «predestinado» rey Minos; la pasión brutal de la desatinada reina Pasifae; las ingeniosas trazas del habilísimo arquitecto Dédalo; las valerosas proezas del voluble héroe Teseo; el mal correspondido amor de la abandonada princesa Ariadna; las aterradoras fierezas del monstruoso Minotauro, y la maravillosa [fábrica del intrincado *Laberinto*, en muchas ocasiones ofrecieron temas interesantes para muy notables composiciones.

Aprovechando algunas para urdir este trabajo, que sin ellas había de resultar deslabazado y frío, al acumular los datos que mi memoria conserva referentes al famoso *Laberinto*, puedo prestar amenidad y encanto á este artículo, para que la lectura se haga menos penosa y el recuerdo resulte más agradable.

II

Ello fué... que allá por el siglo XIII antes de Jesucristo, reinaba en Creta, Minos monarca amigo de aventuras guerreras y amorosas, aunque su esposa la reina Pasifae le había dado no sé qué hechizos para que sus infidelidades conyugales no tuvie-

ran consecuencias, y rey con tan «poca palabra de rey» que su informalidad fué causa de su más grave desventura. Vencedor en la guerra por la protección de Neptuno, Minos le ofreció sacrificarle en su altar lo primero que encontrase; pero lo primero que encontró fué un toro tan hermoso, «boyante» y «bien puesto», como parece por esta descripción que de él hace el poeta D. Jerónimo de Cáncer y Velasco, en su *Fábula del Minotauro*:

«Un bruto airoso, cuya piel manchada
pudo servir de nave á Europa bella,
toro galán que, honor de la vacada,
altivo entre los otros se descuella;
corto de cuello, frente levantada,
breve de asta y de ceñida huella,
de vista inquieta y de feroz postura:
que también en lo fiero hay hermosura.»

El rey Minos, que, por lo visto, además de rey era ganadero, no tuvo valor para sacrificar un animal tan hermoso, y resolvió guardarlo para mejorar su vacada, sustituyéndolo en el sacrificio por un toro viejo, feo y desmirriado. Neptuno, ofendido, quiso vengarse, y la venganza fué tan pronta cuanto terrible.

La reina Pasifae se enamoró del toro con un amor ciego, frenético, incomprendible, que la llevó á la más desatinada locura. Nuestro famoso Juan de la Cueva así refiere el «caso» en un romance, de

que sólo me atrevo á copiar algunos versos:

«Perdido el miedo y vergüenza,
sin ella osó declararse
á Dédalo, un carpintero,
pidiéndole que inventase
arte alguna con que puedan
ella y el toro juntarse,
prometiéndole por ello
aquello que, al que más sabe,
aunque más mire por sí,
le suele hacer que resbale
y aun que caiga, que en sus lazos
son pocos los que no caen,
que el oro es tan poderoso
que sólo su nombre hace
que se traspasen los fueros
y lo más fuerte se ablande.

.....

Fabricó una bella vaca
de madera, y para dalle
la perfección conveniente,
para que el toro se engañe,
la cubrió con una piel
de una vaca, con tal arte,
que no se diferenciaba
si era viva ó si era en talle.

.....

Por un lado de la vaca
una sutil puerta abre,
que artificialmente hizo
por donde la reina entrase.

.....

III

Aquel delirio amoroso-mecánico-tauri-
no dió por resultado un ser monstruoso,
mitad toro, mitad hombre, á quien por ello
llamaron *Minotauro*.

Minos, á quien mejor correspondía aquel nombre, pues al conocer la conducta de su esposa se había puesto hecho un toro, naturalmente, no se atrevió sin embargo á destruir al monstruo, temeroso de alguna nueva venganza de Neptuno.

Llamó á Dédalo, el ateniense, arquitecto, escultor y mecánico admirable, que era en todo el primero, excepto en la intervención para satisfacer los deseos de Pasifae, y le encargó que hiciese para vivienda ó cárcel del monstruo un edificio en que, sin necesidad de puertas, guardias ni centinelas, fuera imposible salir á quien en él hubiera entrado.

Dédalo, que conocía el laberinto de Egipto, se apresuró á fabricar algo semejante, con tanto ingenio y artificio dispuesto, que con razón le tuvieron por una de las maravillas del mundo.

«El laberinto que edificó Dédalo—dice Ovidio en el libro VIII de las *Metamorfosis*—tenía calles tan intrincadas, que se perdía el tino con sus vueltas y revueltas. No de otra manera que el precipitado río Meandro gira en los campos de Frigia, fluye y refluye con retorcida corriente, y saliéndose á sí mismo al encuentro como si quisiera ver sus aguas caudalosas, unas veces se vuelve hacia su nacimiento y otras hacia el mar, sin que se pueda formar idea



Entrada

de su incierto curso, así Dédalo había intrincado el laberinto con tantas calles que se cruzaban y volvían á encontrar unas en otras, que apenas pudo él mismo hallar la salida. ¡Tan enmarañada como esto estaba aquella morada.»

Nuestro inmortal D. Pedro Calderón de la Barca, en la jornada segunda de su comedia *Los tres mayores prodigios*, consagrada á la heroica hazaña de Teseo, pone en boca de Lidoro, capitán general del rey Minos, los siguientes versos:

«Dédalo, ingenioso, entonces
hizo de sola madera
una obscura, horrible casa
donde apenas el sol entra;

y es verdad, pues aunque entrara
libremente, entrara apenas.
Esta por de dentro tiene
de vueltas y de revueltas
tantas calles, tantos senos,
que no es posible que pueda
el que por su puerta entrase
volver á encontrar la puerta;
á cuyo intrincado espacio,
á cuya fábrica ciega,
la fama le ha dado el nombre
de *laberinto de Creta*.»

El ya mencionado Cáncer y Velasco, en su también citada *Fábula del Minotauro*, hace esta descripción de la obra de Dédalo:

«Cárcel (si templo no) del bruto horrible
el laberinto fué ciego y confuso,
cuya fábrica varia, imperceptible,
artífice ingenioso la dispuso;
Dédalo, que aspirando á lo imposible,
alas de fácil cera se compuso,
con que desvanecido el peso grave,
gozó en el viento privilegios de ave.

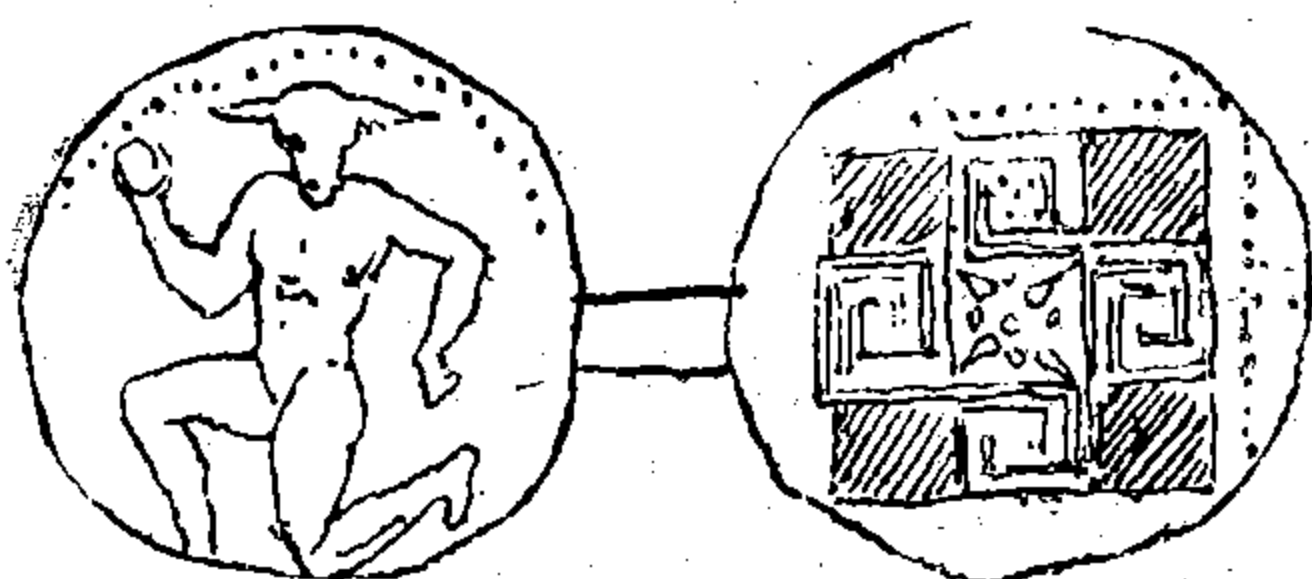
La estancia estaba en calles dividida,
con tanta confusión, variedad tanta,
que entre una y otra senda parecida
duda suspensa la cobarde planta;
muévase el paso y busca la salida,
y sólo en el empeño se adelanta:
así busca en su amor con alma errante
la libertad de una infeliz amante.

Ciego detiene el ignorante curso
el que el obscuro laberinto pisa;
el pie se informa del mental discurso
y a queste yerra cuanto aquél avisa;
tal era de las líneas el concurso,
tal la equivocación siempre indecisa;
hidra fué artificial la estancia horrenda,
muchas produjo quien cortó una senda.

Sigue una calle la atención perpleja
y á espacio del principio no distante
infel en manos de otros se la deja,
varia y extraña más por semejante.
No el paso con las luces se aconseja
(y aun es lisonja al afligido errante),
que en este sitio en que el rigor se indicia
lo que confunde más es la noticia.»

IV

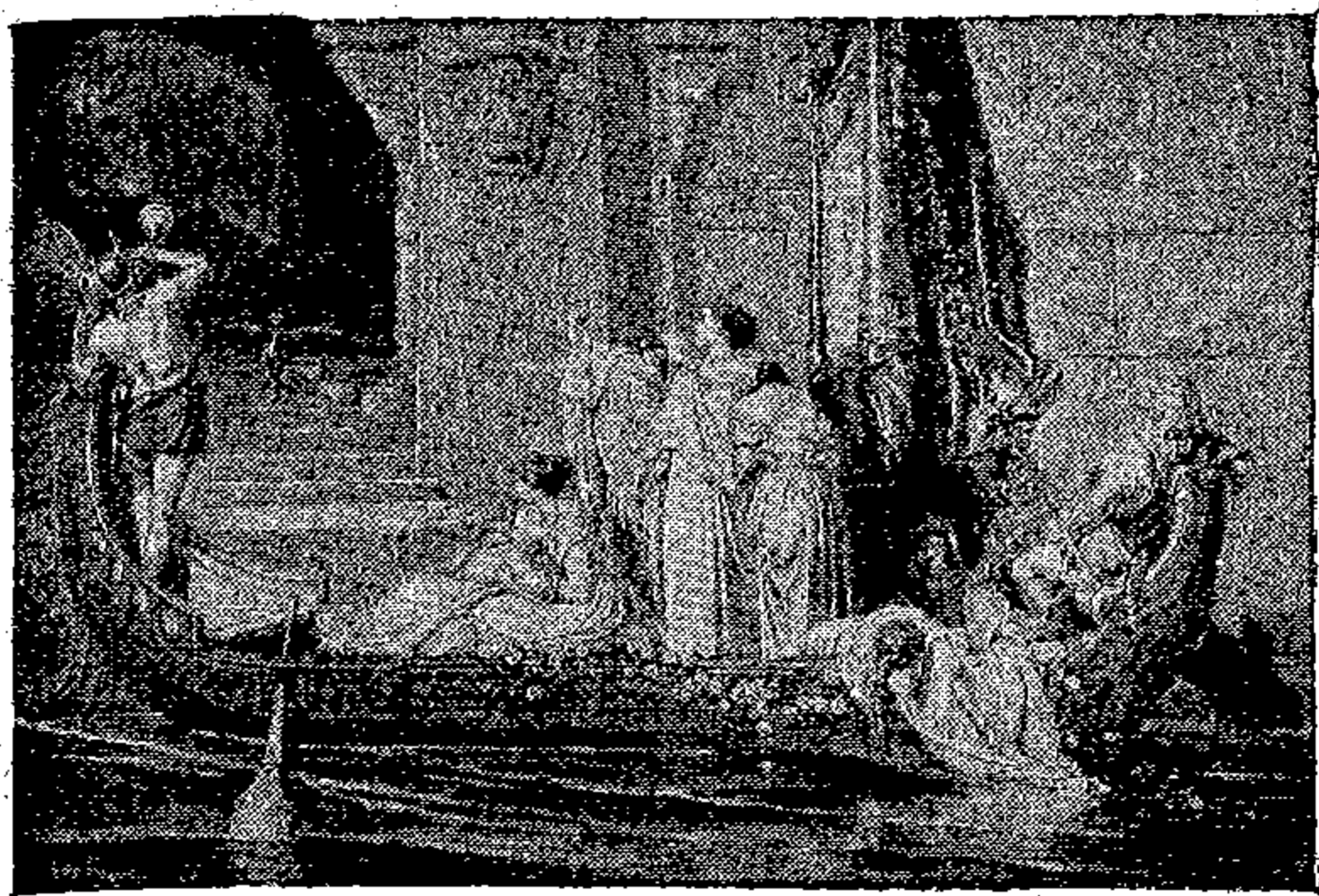
MEDALLAS CRETENSES DEL LABERINTO



Del Minotauro

En el centro de aquel intrincado laberinto quedó encerrado el Minotauro, que para mayor desdicha sólo podía nutrirse de carne humana, siendo para el rey Minos ardua tarea resolver el problema de su alimentación.

Otra guerra con Atenas y Megara, en que la traición de una princesa enamoradiza y el favor del ya aplacado Neptuno dieron á Minos la victoria, permitió á éste imponer á los atenienses el tributo anual



EL TRIBUTO DE ATENAS AL MINOTAURO
(Cuadro de Mr. Augusto Gendron)

de siete mancebos y de siete doncellas para ser devorados por la fiera.

Un distinguido artista francés, Mr. Augusto Gendrón, presentó en el «Salón de 1876» de París, un lienzo muy notable con el título de *El tributo de Atenas al Minotauro*.

El cuadro de Mr. Gendrón representa la barca que conduce á la entrada del Laberinto las siete infelices doncellas destinadas á satisfacer la insaciable voracidad del minotauro.

Un guerrero de pie en la proa toca la trompa anunciando la llegada de las víctimas, y el barquero recostado en la popa, sosteniendo el timón, contempla con indiferencia la escena terrible de pánico y de-

sesperación que se desarrolla ante sus ojos, acaso acostumbrados á aquel cuadro de desolación que todos los años se repetía.

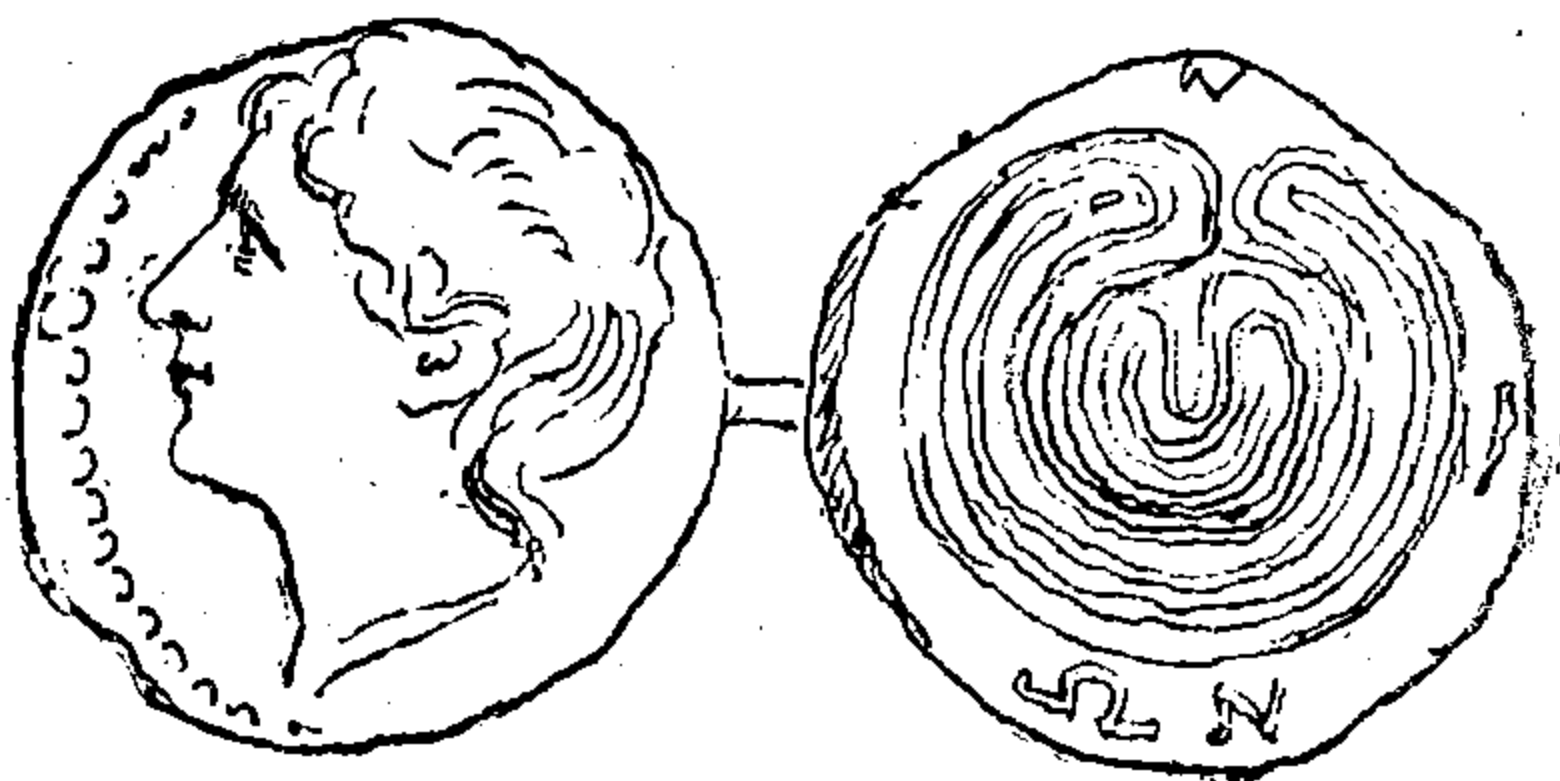
Una de las infortunadas jóvenes destinadas á aquel horrendo sacrificio se abraza fuertemente á la que tiene al lado como buscando la salvación en sus brazos; otra, perdido el conocimiento, ha caído como muerta sobre la borda del barquichuelo; otra, acurrucada en el fondo de éste, aguarda con estoica resignación el inmerecido suplicio.

La que está de pie en el centro parece que busca, levantando los ojos al cielo, el auxilio de los dioses en tan espantoso trance, y sostiene á la que, apoyada en su hombro, esconde aterrada el rostro para no ver la figura del monstruo, que se adivina á lo lejos entre las sombras de la obscura galería que da entrada al Laberinto. En cambio la que está á su derecha, sosteniendo su curiosidad de mujer con un valor verdaderamente varonil, procura ver á la fiera, sin demostrar desesperación ni espanto.

Esculpida en el mármol á la entrada del Laberinto hay una gran cabeza de toro coronada, que no se sabe si es representación del monstruo ó alegoría del regio esposo de Pasifae.

Dos veces intentaron inútilmente los

MEDALLAS CRETENSES DEL LABERINTO



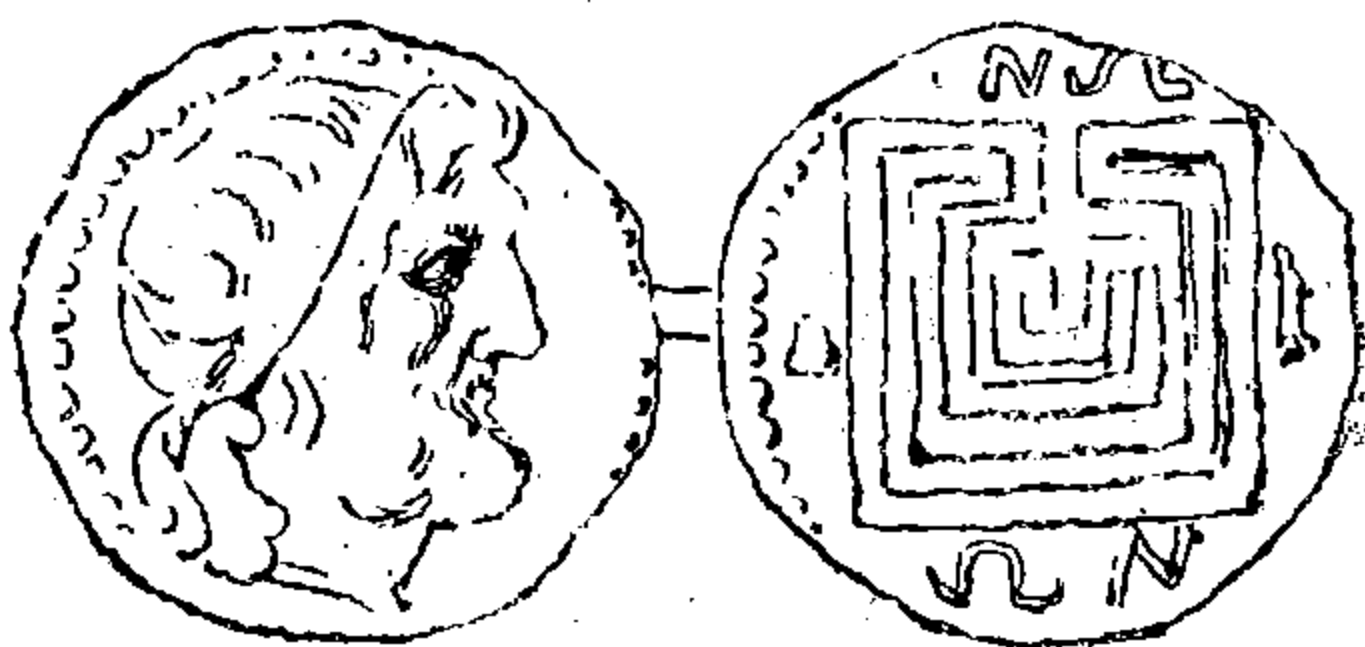
De Ariadna

atenienses acabar con aquel horrendo tributo, que sólo podía cesar con la muerte del Minotauro. Para la tercera expedición fué designado el joven Teseo, hijo de Egeo, rey de Atenas, y considerado como el más á propósito para la empresa por haber ya «tomado la alternativa», venciendo un toro formidable en las llanuras de Maratón.

No obstante, su empeño hubiera tenido el mismo desastroso éxito que el de los que

MEDALLAS CRETENSES DEL LABERINTO

De Minos



Le precedieron sin el amor de la princesa Ariadna, hija de Minos, que decidió ayudarle con singular astucia, y contando, por supuesto, con Dédalo, quien, por lo visto, tenía verdadera afición á proteger á los enamorados.

Lorenzo de Sepúlveda, en un antiguo romance castellano, refiere así la estratagemma de Dédalo y la hazaña de Teseo. «Dédalo—dice—

...fué á la cárcel,
donde estaba aprisionado;
dióle una maza de hierro,
della tres ñudos colgando
y tres pelotas de sebo
que él había conficionado.

.....
Otro día fué Teseo
al laberinto llevado;
ató su hilo á la puerta
como ya estaba avisado.
Entró por el laberinto;
do estaba el monstruo ha llegado,
el cual se levantó luego
muy ferocísimo y bravo;
arremetió hacia él
muy reciamente bramando.
Quísolo despedazar
como á los que allí han entrado;
él le arrojó las pelotas,
al través ha dado un salto,
metióselas en la boca,
con ellas se ha embarazado.
Hiriéralo con la maza,
muy buena maña se ha dado;
diérale tantos los golpes,
que muerto lo ha derribado.
Después de haber hecho aquesto

por el hilo se ha tornado;
salióse del laberinto
muy alegre y consolado...»

El «procedimiento» discurrido por el ingenioso Dédalo para acabar con el Minotauro ha sido después imitado por los criminales, que, para ahogar los gritos de sus víctimas, se han valido de una pelota de lana ó de algo semejante, á que los franceses han dado el nombre de *poire d'angoisse* (pera de angustia).

V

Teseo pagó á Ariadna su amor y su protección raptándola y llevándola á la isla de Naxos, donde la dejó abandonada. Según unos, la desdichada Ariadna se dió la muerte echándose un lazo al cuello; según otros, se tiró al mar, y según otros, á Baco cupo la satisfacción de encontrarla dormida y de salvarle la vida y el honor, casándose con ella.

El laureado Quintana pone en boca de la infortunada princesa estas sentidas exclamaciones:

«¿Y es aquesto verdad? ¿Pudo Teseo
sin mí partir, y pudo
desampararme así?... ¡Pecho de bronce
de todo amor y de piedad desnudo!
¿Qué te hice yo para tan vil huída?

Le ví, lo amé; mi corazón, mi vida,
toda yo suya fui, toda... El ingrato,
¿qué no me debe?... Encadenado llega
á la cretense playa,
destinado á morir; su sangre odiosa
al monstruo horrible apacentar debía
que en la prisión del laberinto erraba:
¿qué hubiera él sido sin la industria mía?
Entra, combate, vence y coronado
de nueva gloria se presenta al mundo.
Esto era poco: enfurecida y ciega,
frenética después, mi hogar, mi padre,
todo lo olvido á un tiempo y me confío
al amable impostor, enajenado
con su halago y su amor mi tierno pecho.
¡Falso amor, falso halago! ¿Qué se han hecho
pasión tan viva y perdición tan loca?
Yo lloro aquí desesperada, en tanto
que el pérfido se ríe
de mi amor lamentable y de mi llanto.»

VI

El ingrato Teseo se había dirigido á Delos, isla del Archipiélago griego, donde, por cierto, una ley religiosa prohibía nacer y morir; por lo que á los moribundos y á las mujeres en cinta los trasladaban á la inmediata isla de Reneo. Allí no se sabe si se reía, pero sí consta que bailaba.

«Dando la vela de Creta—dice Plutarco en sus *Vidas paralelas*—navegó á Delos; y haciendo sacrificio al Dios y colgando en su templo la señal amatoria, que recibió de Ariadna, danzó con los otros mancebos un baile, el que se dice que todavía conservan

los delios, y es una representación de los rodeos y vueltas del laberinto, que se ejecuta á un cierto son con enlaces y desenlaces por aquella forma; y á este género de baile—según Dicearco—le llaman *La grulla*. Danzóle Teseo alrededor del ara dicha Queratona, por haberse formado de astas, todas del lado siniestro.»

La danza del laberinto debió gustar extraordinariamente y adquirir gran celebridad, cuando el propio Vulcano, al forjar nuevas armas para el invulnerable Aquiles, la representó entre los dibujos que grabó en el escudo destinado al héroe troyano, según refiere Homero en el libro XVIII de la *Iliada*, y en el siguiente pasaje que copio de la traducción de Hermosilla:

«Una danza después allí Vulcano
entabló artificiosa, y semejante
á la que, en otro tiempo, en la ancha Creta
Dédalo imaginó para la rubia
Ariadna. Y allí danzar se vían
unos y otros asidos de las manos,
tiernas doncellas y ágiles mancebos.
Con ropaje de lino ellas vestidas
y de hermosas guirnaldas coronadas
iban; y ellos tenían herreruelos
de finísima lana con suave
aceite perfumados, y del hombro
en tirantes de plata suspendidos
cortos estoques de oro. Y unas veces
á la redonda en anchuroso cerco
danzaban todos con ligera planta
en fácil giro y en acordes pasos,

así imitando la voluble rueda
que el alfarero con la mano agita
para que ruede en torno; y otras veces
en parejas bailaban divididos;
y mucha gente la graciosa danza
mirando estaba alegre y divertida
y con raro primor dos saltarines,
después de preludiar alegre canto,
en difíciles saltos y cabriolas
su agilidad y su poder mostraban.»



DANZA DE DÉDALO
(Fragmento del escudo de Aquiles)

Mr. Quatremère de Quincy, ajustándose al texto griego, inventó un curioso dibujo que representaba el «escudo de Aquiles», con todos los pormenores expresados en la obra de Homero. El fragmento en que está representada «la danza que inventó Dédalo en honor de la rubia Ariadna» y forma parte del círculo exterior del escudo, va reproducido con este artículo.

VII

La danza del laberinto, ó *danza candiota*, que así se llama—por haber dado el nom-

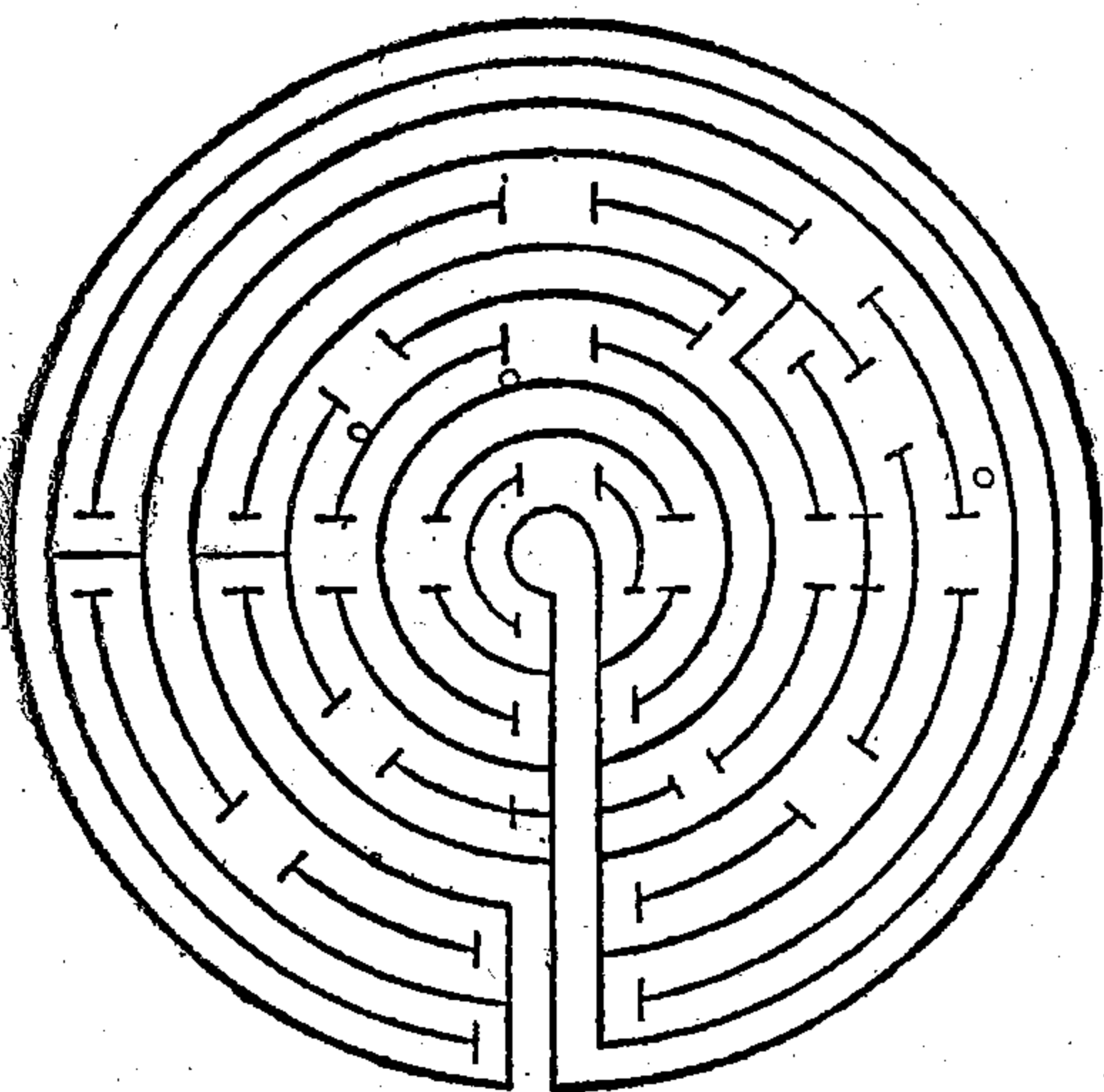
bre de Candía á la isla de Creta—si hemos de creer á un ilustrado escritor francés, todavía en 1838 estaba en uso en algunos departamentos del Mediodía de Francia, en las fiestas públicas, especialmente el martes de Carnaval, y un viajero tuvo la paciencia de formar un plano de las diversas figuras de la danza.

No han quedado vestigios del famoso laberinto, de que ya en tiempo de Diodoro y de Plinio no había señal, y aun han existido dudas respecto al lugar en que estuvo situado.

Algunos creen que entre las muchas galerías cubiertas que en Creta existen, la que está bajo el monte Ida fué la verdadera prisión del Minotauro. Tournefort la visitó en 1702 y la describió en su *Viaje á Levante*: el sabio Cockquerel, que más tarde recorrió sus galerías, valiéndose, como Teseo, de un hilo conductor, levantó un plano, cuyo facsímile va con este artículo.

Del verdadero plano del laberinto no puede formarse idea por los dibujos que se ven en el reverso de las monedas y medallas cretenses, acuñadas en Cnoosos, como las del Minotauro y Minos, que figuran dos laberintos diferentes, y la de Ariadna, en que se indica el camino recorrido por Teseo, con ayuda del hilo salvador.

Desgraciadamente, no existe la pintura



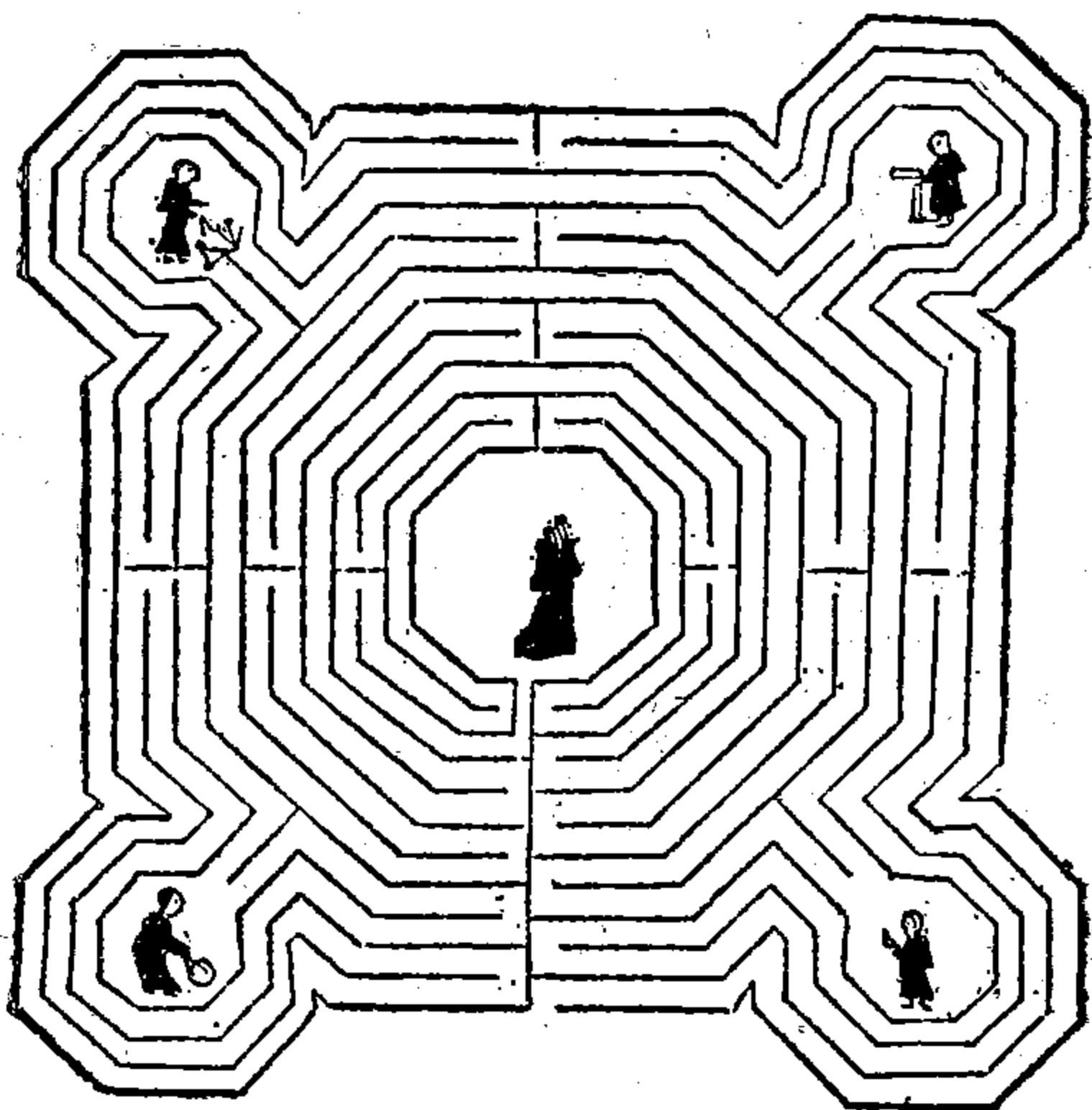
PLANO DE LA DANZA CANDIOTA

Hecha por Dédalo en el templo de Febo, en
Cumae, donde, según refiere Virgilio en la
Eneida,

«pintó también aquella labor rara
y obscuro y ciego error del laberinto.»

VIII

En muchas catedrales, entre ellas la de
Chartres, Reims, Amiens y otras, los
constructores trazaron en los pavimentos
con franjas de losa negra intrincados labe-

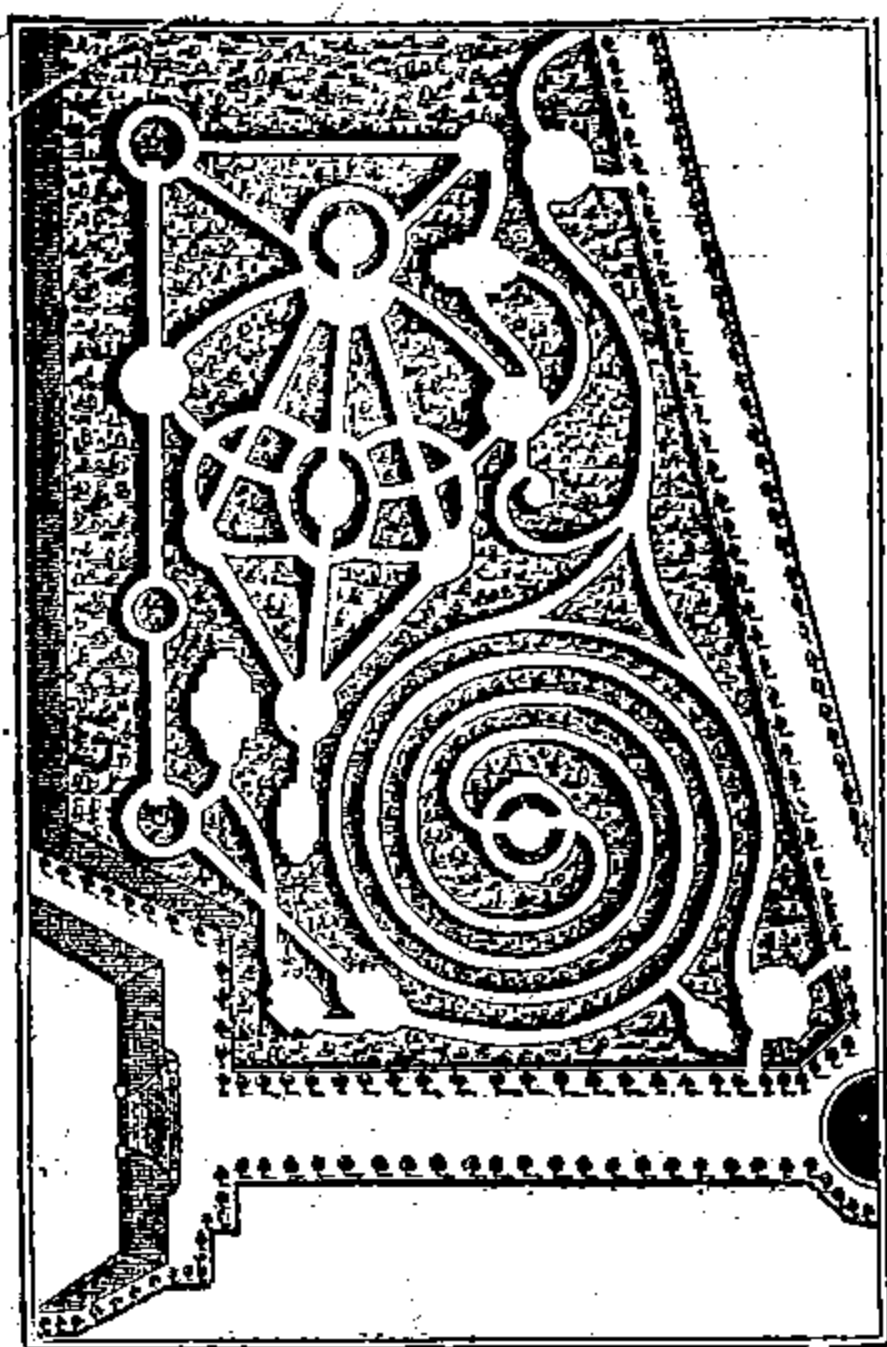


LABERINTO DE LA CATEDRAL DE REIMS

rintos, que algunos han supuesto reproducción del plano del templo de Jerusalén, y otros tributo rendido por los arquitectos á Dédalo, reproduciendo ó imitando el plano del Laberinto.

El de la catedral de Reims, conocido con el nombre de *Camino de Jerusalén*, de que damos ligera idea en el grabado que va con estas líneas, representaba un polígono regular en cuyo centro se elevaba una gran figura humana tallada en mármol azulado. En las cuatro esquinas había otras tantas figuras de menor tamaño.

Eran representación del maestro arquitecto que había dirigido las obras y de los principales artistas empleados por él en las mismas.



LABERINTO DE JARDIN
en Choisy-le-Roi

En 1773 fué destruído este laberinto, que sólo servía para que los muchachos alborotasen en la iglesia tomando por paseo el «Camino de Jerusaleén».

También durante los dos últimos siglos es-

tuvieron muy de moda los *laberintos* en los jardines, y apenas hubo «sitio real» donde no hicieran alguno más ó menos intrincado

d'un sentier, qui pareil á ce serpent blessé,
en remplis convulsifs sans cesse s'entrelace,

como los de Aranjuez y la Granja en España, y en Francia los de Versalles y Choisy-le-Roi, del que ofrecemos un plano, reproducción de una antigua estampa.

IX

La hazaña venturosa de Teseo, y muy principalmente el amor desventurado de Ariadna, han servido de asunto para algunas obras dramáticas y líricas.

En París, durante el siglo xvii, fueron representadas dos muchas veces citadas, tanto por el éxito que obtuvieron, cuanto por sendos «sucedidos» relacionados con su representación, y que forman parte de la curiosa obra *Anecdotes dramatiques*. París: 1775.

Ariadna, tragedia de Tomás Corneille, estrenada en 1672, era una de las obras en que más se distinguía la Srta. Duclos.

Según la costumbre de la época, al terminar la función de cada día un actor anunciaba al público la que había de ser representada al siguiente, y en ocasiones el voto del público, manifestado en aquel momento, determinaba la obra que había de representarse.

El célebre Dancourt era el encargado del anuncio un día que el público pidió á voces la representación de *Ariadna*. La señorita Duclos, que había de desempeñar el papel de la protagonista, tenía una indisposición que no le permitía trabajar, y Dancourt hallóse en grave embarazo para

decir al público en qué consistía la dolencia que aquejaba á la artista popular.

—Respetable público, dijo al fin, después de alguna vacilación y para calmar el alboroto del público, *Ariadna* no puede ser representada... por una indisposición de la Srta. Duclos.

Y cruzando las manos, y colocándolas cruzadas á alguna distancia de su cuerpo, hizo un gesto harto significativo, que produjo hilaridad general.

La Srta. Duclos, que estaba entre bastidores, salió entonces á escena precipitadamente; sonó una tremenda bofetada, y mientras Dancourt se llevaba la mano á la mejilla y el público, estupefacto, quedaba silencioso, esperando el desenlace de aquel drama no anunciado, la actriz adelantó majestuosamente hasta las candilejas y exclamó con el tono de la más terrible situación trágica:

—*A demain, ARIANE!*

Algunos años después, en 1696, se estrenó una ópera, letra de Saint Jean, música de Marais, titulada *Ariadna y Baco*.

Indispúsose el artista que hacía el papel de rey Minos y encargaron de él á un desdichado cantante de muy inferior categoría.

El público le silbó despiadadamente, y el improvisado rey, encarándose con los espectadores, les gritó:

—Yo gano al año seiscientas libras. Señores, ¿queréis que por ese precio os dé una voz de mil escudos?

.....

X

Metido yo en el laberinto de acumular los datos referentes al de Creta, que mi escaso saber y mi flaca memoria pudieran reunir, encuéntrome en mayor apuro que Teseo, sin dar con la salida para poner fin á este escrito, que ha tomado desmesuradas proporciones.

Como Eneas cuando visitó el templo de Febo, en Cumas, me he entretenido más de lo regular, sin darme cuenta de ello, expuesto á que el lector, haciendo de fiel Acates, me diga:

*«Non hoc ista sibi tempus spectacula
poscit.»*

13 Febrero 1897.



Medalla del Laberinto



LUIS XIV, REY DE FRANCIA

Consejo real

Chascarrillo histórico

I

Luis Catorce conocía
la exagerada ambición
que cierto noble tenía,



y, con gracia, quiso un día
darle severa lección.

—¿Conocéis el castellano?—
con interés preguntó
al soberbio cortesano,
que contestó al soberano:
— Señor, por desgracia, no.

—Lo siento... ¡Cómo ha de ser!
Lleváis en ello el castigo,
pues mucho os hace perder,
y, á seros posible, os digo
que lo debéis aprender.

Mucho le dió que pensar
observación tan extraña,
y aun se dijo:—A no dudar,
el rey me quiere nombrar
su embajador en España.

Y con tal fe lo creyó
y por seguro lo dió,
que, satisfecho y ufano,
sin descanso procuró
aprender el castellano.

II

Nueve ó diez meses después,
con el mayor interés
pidió reservada audiencia,

y al hallarse en la presencia
de aquel monarca francés:

—Señor—dijo,—llego aquí
hoy satisfecho de mí,
y vana modestia dejo.
Siguiendo vuestro consejo
el castellano aprendí,

con tal empeño y tesón
que, si se ofrece ocasión,
probaros puedo y deseo
que ya lo escribo, hablo y leo
con la mayor perfección.

—La prueba no necesito—
dijo el rey, absorto al ver
alarde tan inaudito;—
mas creed que os felicito
con verdadero placer.

El ambicioso, impaciente,
aunque henchido de contento,
inclinó al suelo la frente
esperando solamente
el ansiado nombramiento.

Pero el rey, ya divertido,
después de una larga pausa
que tuvo al noble aturdido,
y que á poco más es causa
de que perdiera el sentido,

le dijo:—Celebro ver
vuestra aplicación inmensa,
y pues digna es de obtener
señalada recompensa,
os la quiero conceder,

con un consejo leal
que mi cariño os denote
del modo más especial...
¡Que leáis el *Don Quijote*
en su lengua original!





EL GENERAL D. FRANCISCO JAVIER DE CASTAÑOS
DUQUE DE BAILÉN

El pantalón del general

Chascarrillo histórico

I

Aquel general Castaños
que en Bailén reprimir supo
las arrogancias francesas
logrando glorioso triunfo,

que puso espanto en el pecho
del dominador del mundo,
y en los pechos, españoles
entusiasmo, fe y orgullo,

á la vez que buen guerrero,
hombre fué de ingenio agudo,
franco, zumbón, atrevido,
decidor, alegre y chusco.

Su fama como soldado
suelen discutir algunos,
que á la Fortuna atribuyen
éxito que él hizo suyo,

y como hombre, su conducta
censuran airados muchos,
que por servil le motejan,
y que le tachan por *cuco*.

Yo, sin meterme en honduras
relativas á este asunto,
consignando lo que dicen
ni defendiendo ni censuro;

mas «bufón del Rey» le llaman
sus contrarios iracundos,
y este dicterio afrentoso
acaso motivar pudo

hechos como el que refieren
escritores concienzudos,

y que yo, sin más preámbulo,
paso á referir al punto.

II

Reinaba Fernando Séptimo,
último rey absoluto,
y reinaba en nuestra Hacienda
desbarajuste mayúsculo.

El ejército pasaba
los más terribles apuros,
y hasta los jefes sufrían
constante obligado ayuno.

Porque *corrían* los meses
siguiendo del tiempo el curso,
y las pagas no corrían
ni andaban como era justo;

y cuando llegaba alguna,
al verla, ninguno supo
explicar qué era más grande.
si la sorpresa ó el júbilo.

Era un día seis de Enero,
y en Palacio, según uso,
había gran besamanos
en honor del rey augusto.

Magistrados, generales,
personajes linajudos,

embajadores, ministros,
altas gentes del gran mundo,

llenando iban los salones,
muy temblorosos los unos,
pálidos y descompuestos,
como presas de algún susto;

y los otros afanosos,
yendo de un punto á otro punto
restregándose las manos
como el que logra su gusto.

Era que el día del cuento
fué tan terrible y tan crudo,
que á muchos las pulmonías
los llevaron al sepulcro;

á algún infeliz el frío
dejó en la calle difunto;
nadie salió de su casa,
á no tener más recurso,

y el que asomó las narices
al balcón sólo un minuto,
encerróse tiritando
y más fresco que un besugo.

III

En el Palacio aquel día,
por entre los varios grupos,

pasó el general Castaños,
produciendo gran murmullo.

Hizo, al llegar ante el trono,
un reverente saludo,
y al tratar de retirarse,
el monarca lo detuvo.

Mirólo de arriba abajo
entre asombrado y confuso,
al observar que en tal día,
por loco capricho absurdo,

llevaba un pantalón blanco,
limpio y estirado y pulcro,
que en el rigor del estío
fuera fresco en grado sumo.

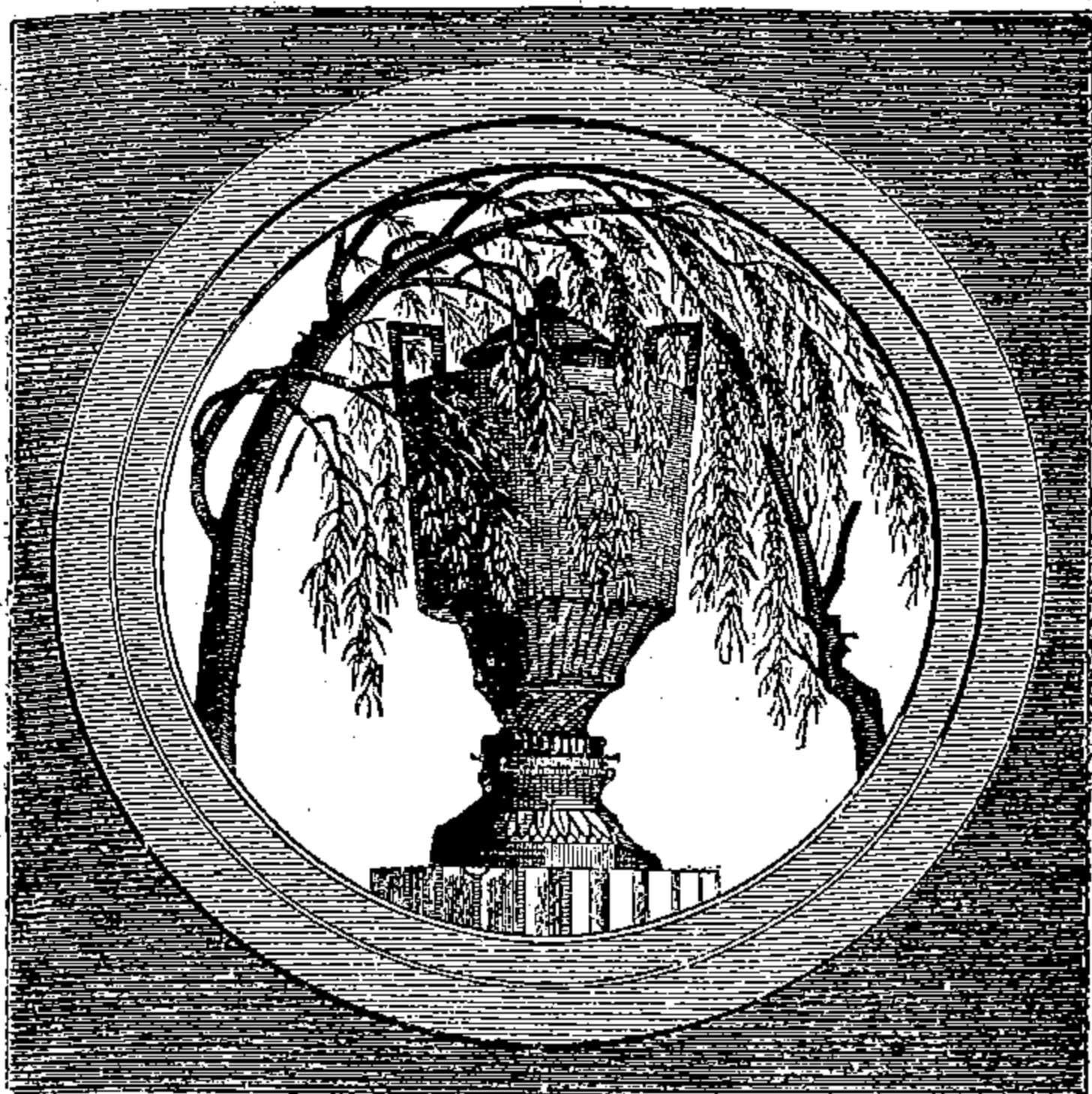
—¿Cómo vienes de ese modo?
le dijo el monarca adusto.
¿No ves que tu extravagancia
ha producido un tumulto?

—Señor, vengo como debo,
el general le repuso,
pues la estación lo requiere
y yo á la estación me ajusto.

—¿Cómo, si en Enero estamos?
siguió el rey con tono brusco.
Y el general, sonriendo,
replicó con tono bufo:

—Su Majestad ha llegado
á Enero ya, no lo dudo;
mas yo, atendiendo á mi paga,
estoy todavía en Junio.





¿DONDE ESTAN LUIS XVI, MARIA ANTONILTA, MADAMA REAL Y EL DELFIN?

ROMPECABEZAS HISTÓRICOS

Hace algunos años que circularon profusamente por Madrid, y aun por toda España, unas curiosísimas estampas, que llamaron extraordinariamente la atención y estuvieron durante mucho tiempo en boga, dando ocasión á que se hicieran numerosas imitaciones, que, como aquéllas, por todas partes se veían, ya sueltas, ya en periódicos, ya, en fin, hasta en las cubiertas de las cajas de cerillas.

El *mérito* ó la *curiosidad* de aquellas estampas consistía únicamente en una particular combinación de las líneas de cada di-

Dibujo, que ofreciendo, á primera vista, un cuadro ó una ó varias figuras, clara y perfectamente dibujados, las más de las veces, en unos casos indicadas en las líneas de los contornos, en otras ingeniosamente dispuestas en las interiores, hallábanse siluetas de otras figuras perfectamente distintas, con las que no era fácil atinar al pronto y sin fijar mucho la atención, ya entornando los ojos para que resaltasen las partes claras del dibujo, ya estudiando uno por uno todos sus accidentes, y dando vueltas y más vueltas á la estampa, en inocente y poco provechosa, aunque entretenida y recreativa tarea.

El vulgo aplicó por ello á dichas estampas el nombre de *rompecabezas*; todavía en algunos periódicos festivos vemos de vez en cuando dibujos de ese género, y aun se conserva como frase proverbial, aplicada en aquellos asuntos en que se sospecha algo oculto que se pretende descubrir, el título de uno de los primeros y más populares *rompecabezas* de estos modernos tiempos á que nos referimos: *¿Dónde está la pastora?*

Pues bien; lo que no hace muchos años llamó la atención general en nuestro país, y nos pareció cosa nueva y originalísima, era ya cosa antigua y hecha en Francia hacía muchos años, sin otra diferencia que la de ser en España aquellas estampas *jue-*

tes de mero recreo y pasatiempo, y la de haber tenido en la vecina República á fines del pasado siglo la gravísima importancia de ser consideradas nada menos que como *documentos sediciosos y contrarrevolucionarios*, exponiendo la libertad y acaso la vida de sus poseedores, que en prueba de amor y de fidelidad á la memoria de sus infortunados reyes, de esta manera ingeniosa podían llevar los «retratos» de éstos, sin la certeza, aunque con el riesgo de ser tachados como sospechosos, en una época en que, no ya «los afectos al régimen anterior», los mismos revolucionarios éranlo los unos para los otros.

Ya en los tiempos de Luis XIII y de Luis XIV, éstas y otras *frivolidades* semejantes fueron conocidas y estuvieron de moda, y los «grabados *camaleones*» y las «estampas *con sorpresa*», morales é inmORALES, servían de distracción á muchas gentes desocupadas, especialmente á los cortesanos frívolos y ociosos, y corrían de mano en mano, siendo uno de los recreos y juegos favoritos en los aristocráticos salones de los más empingorotados nobles y en los no menos suntuosos y concurridos de las famosas comediantas de la época.

Las persecuciones políticas, que en to-

dos los tiempos y en todas las naciones excitaban el ardor y aguzan el ingenio de los que las sufren, estimulando ó despertando la vehemente afición á lo prohibido, y el temerario, irreprimible deseo de burlar el peligro, convirtieron el «juguete recreativo» en «enseña sediciosa», y las fútiles estampas, que á veces escondían livianas figuras, en sagrados relicarios que encerraban las veneradas imágenes de los que llamaban «sus egregios mártires».

Y ya estampados en las tapas de las tabaqueras, ya encerrados en ricos medallones, ya escondidos entre las hojas de los libros, ya, en fin, en cuantas formas y modos posibles discurrían, los fieles y constantes partidarios de aquellos infortunados soberanos llevaban consigo, ó conservaban en sus casas dibujos que á la simple vista sólo representaban ramos de flores, urnas cinerarias rodeadas de cipreses, figuras y caprichos que ninguna aparente significación política podían tener, y que, sin embargo, ellos miraban con la cabeza descubierta, inclicada la frente, pálido el semblante, oprimido el corazón y húmedos y enrojecidos los ojos.

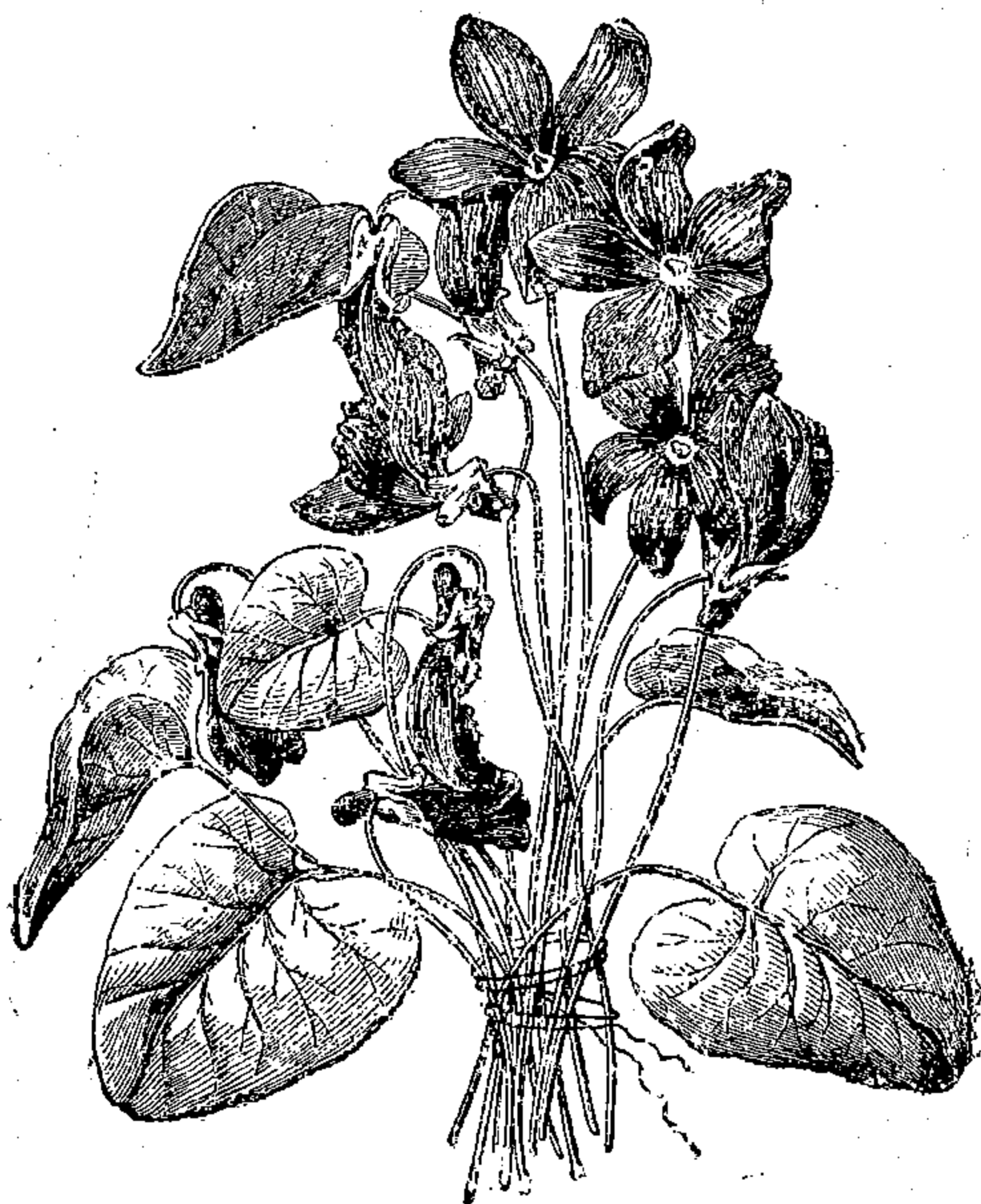
Es increíble el número de las infinitas estampas y de las infinitas combinaciones, más ó menos ingeniosas, que hicieron entonces los dibujantes y grabadores que

eran «realistas» ó que procuraron explotar aquellos sentimientos. Entre muchas de ellas que hemos visto, hemos escogido la que representa una urna cineraria entre dos «llorones», y en la que con alguna atención pueden verse las «siluetas de perfil» de Luis XVI, María Antonieta, *Madama Real* y *el Delfín*, la infortunada víctima del cruel zapatero Simón, y la curiosa «viñeta» que representa un *pensamiento*, en cuyas hojas pueden descubrirse igualmente sin mucho esfuerzo las mismas siluetas de los reyes y de sus hijos, á quienes alude la leyenda puesta al pie de la estampa, y que es tan delicada cuanto ingeniosa: *Están grabados en mi pensamiento.*



Después de la Revolución y del Directorio vinieron el Consulado y el Imperio. Las «estampas» realistas fueron cada vez más raras; pasó la moda, y sólo las conservaban ya algunos viejos del antiguo régimen y algunos curiosos colectores.

Napoleón, el César del siglo XIX, el genio de la guerra, coronado emperador, y



¿DONDE ESTAN EL EMPERADOR, LA EMPERATRIZ Y EL REY DE ROMA?

empeñado en dominar el mundo, llamó la atención de todos, y á él se dirigían admiradas ó inquietas, con extremada veneración ó con odio mal reprimido, todas las miradas, deslumbradas las unas por el brillo de sus glorias inmensas, irritadas las otras por el fuego de sus pasiones terribles.

Cayó el coloso, y los adoradores de su gloria, en su mayoría inmensa los valerosos soldados que le habían seguido por la

senda sembrada de laureles de sus inolvidables victorias, lloraron amargamente su caída y levantaron en sus grandes y generosos corazones altares en que colocaron á su ídolo.

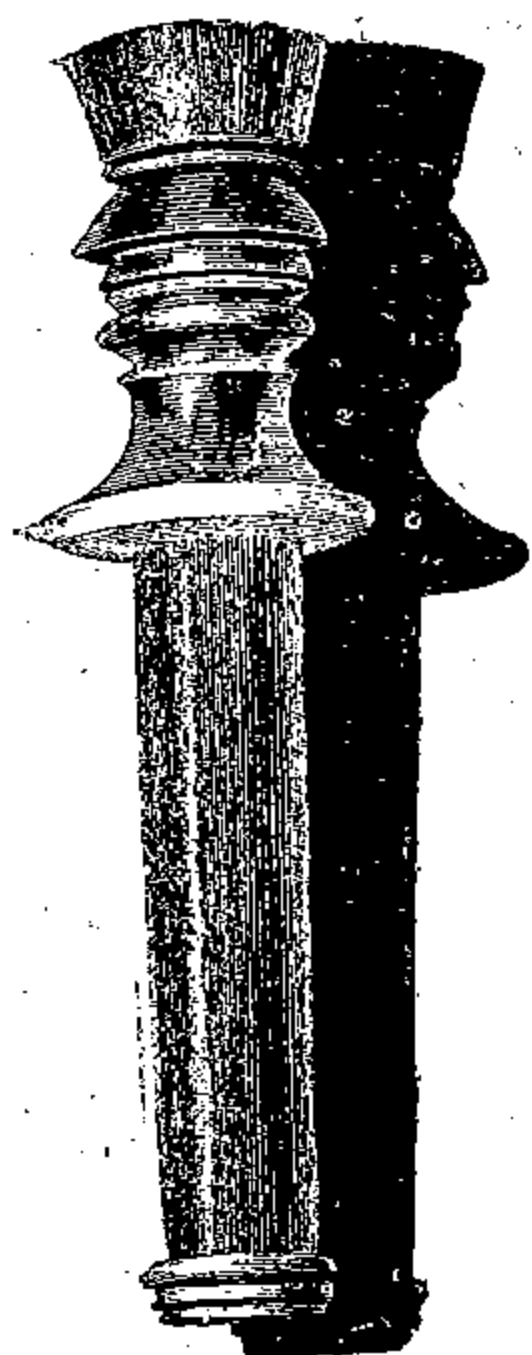
La Restauración, rencorosa y vengativa, alimentada por los odios más crueles y ansiosa de venganzas y de represalias implacables, hizo peligrosa aquella adoración y dió nueva vida á los *juguets sediciosos*, que volvieron á aparecer con formas semejantes, aunque en unos substituyendo, como se ven en el ramo de flores que en este lugar reproducimos, las siluetas de los reyes, por las del Emperador, María Luisa, su segunda mujer, y el *Rey de Roma*, único hijo de aquel matrimonio, y en otros dejando sola la figura del gran guerrero, como en el que se conoció con el nombre de «la tumba de Napoleón», en que se descubre la figura de cuerpo entero entre dos árboles, á cuyo pie está dibujada la losa del sepulcro.

A más de las estampas á que en este artículo nos hemos referido, en una y otra época hubo también otros juguetes de diferente índole, que de igual modo merecieron el nombre de «sediciosos».

Eran cajitas sujetapapeles, puños de bastón ó sencillos trozos de madera, torneados de un modo especial, á fin de que

colocados entre la pared y una luz, la sombra que proyectaban sobre aquélla reprodujese fielmente las siluetas de los reyes ó del emperador.

Y cuenta un escritor ilustre que en algún caso las gentes veían, con risa y con



asombro, á un viejo soldado del Imperio, con el rostro curtido por el sol, con el uniforme cubierto de cruces, que tapaba el pecho cubierto de cicatrices, que deteniéndose junto á una pared, iluminada por el sol si era de día, ó alumbrada por cualquier luz si era de noche, levantaba tembloroso el bastón que llevaba en su mano derecha, y mirando la sombra que el puño proyectaba, dejaba salir de sus ojos

lágrimas silenciosas, que, deslizándose por el atezado rostro, salvando arrugas y cicatrices, iban á perderse en el enmarañado bosque de sus crespos y canosos bigotes.

Y las gentes sencillas, después de ver con asombro las muestras de dolor del soldado, miraban la sombra dibujada sobre la pared y que parecía temblar, siguiendo los alterados movimientos del brazo que penosamente sostenía el bastón, y en voz muy



baja, llena á la vez de temor y de respeto, decíanse los unos á los otros:

—¡Es el Emperador!

Entre los «rompecabezas históricos» referentes á Napoleón I y á su familia, es también muy curioso y notable el del *pa-jarito* que lleva en sus alas los «retratos enigmáticos—según se lee al pie de la estampa—del Emperador, de su esposa Josefina, de José Bonaparte, aquel famoso *Pepe Botella* que fué rey «efímero» de España, y de Luis Bonaparte, hermano también de Napoleón.

En España y durante la época de la re-

volución de 1868, estuvieron muy de moda los rompecabezas, y especialmente los políticos, figurando entre ellos no sólo los formados por figuras, sino los compuestos por letras dibujadas de modo especial que sólo permite leer las palabras escritas colocando el papel horizontalmente á la altura de los ojos, que hay que entornar, á corta distancia de éstos y en la dirección que las flechillas marcan á las miradas.

En esta forma y con el auxilio de un lente, puede leerse lo siguiente en el «mapa» de España y Portugal, que reducido á la mitad de su tamaño damos al final de este artículo.

En la parte que representa á Portugal y en las líneas verticales:

Los pueblos todos son hermanos, pero España y Portugal son

Y continúa en las líneas horizontales: hermanos gemelos. Su unión es la República: sin ella nunca será.

En la parte correspondiente al mapa de España se lee verticalmente:

La República quiere fraternidad. Donde hay virtud hay igualdad. Los pueblos hacen los gobiernos. ¡Pueblo! Aprende á conocer tus derechos. ¡Pueblo! Instrúyete. La virtud es la más cierta base para la instrucción. Nunca hará nada el que fíe en fuerzas ajenas. ¡Pueblo! Confía en tus propias fuerzas.

CHUCHERÍAS

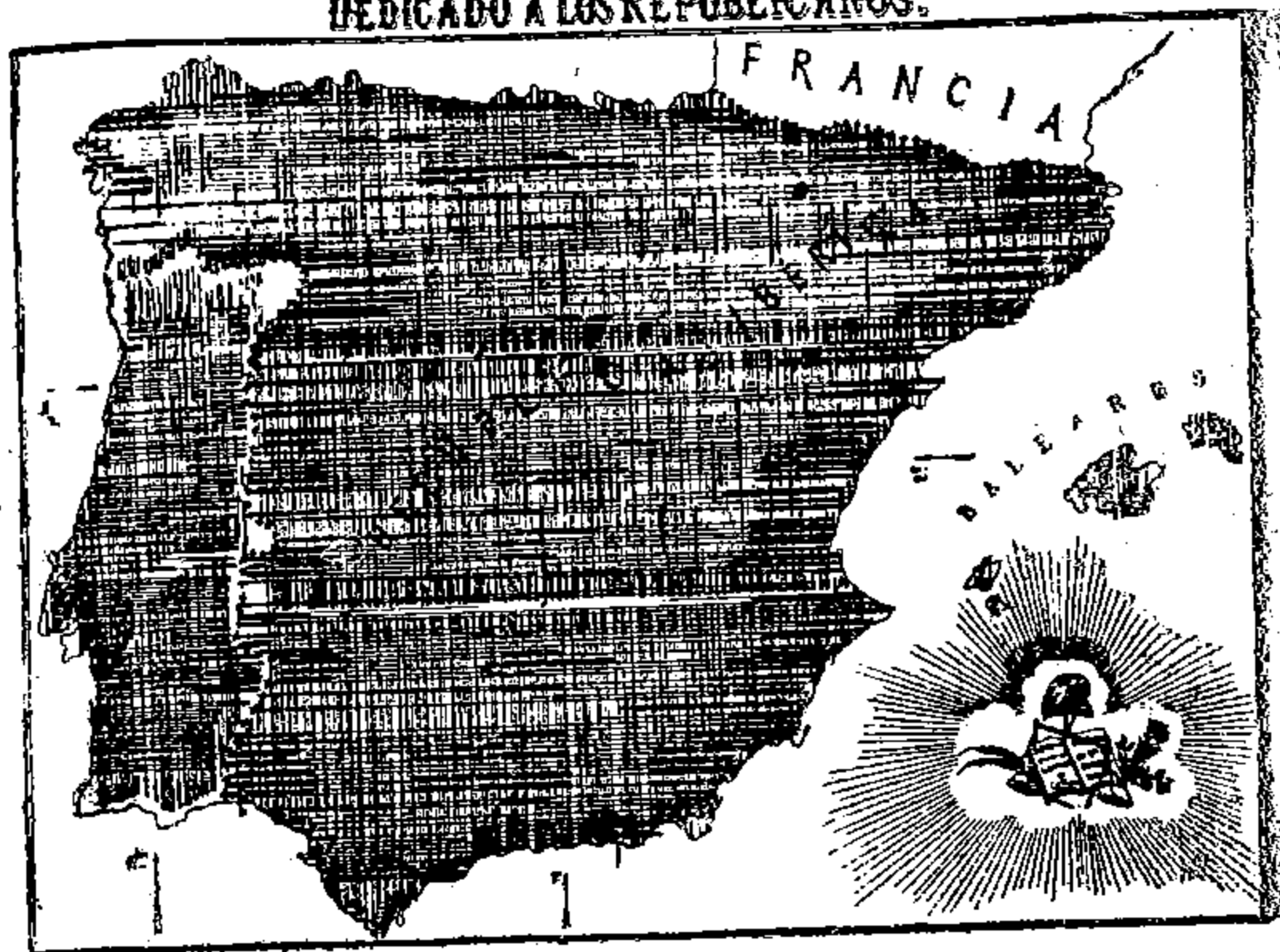
Que el mapa de España indicando su atraso con color negro, sea transformado en color carmin por la

*Y sigue en las líneas horizontales:
República federal. La República aspira al
reinado de la virtud. ¡ Viva la República!*

En las líneas que corresponden á las Islas Baleares se lee:

Goce de derechos como á las demás.

DEDICADO Á LOS REPUBLICANOS.



Y éste sí que fué para muchos un verdadero «rompecabezas».





CARLOS I DE ESPAÑA

Justicia imperial

Chascarrillo histórico

I

Era en la nobleza antigua,
celosa de sus derechos,
motivo eterno de quejas,
de contiendas y de pleitos

la defensa intransigente,
sin treguas ni parlamentos,

de inútiles preeminencias
y de vanos privilegios.

Y si en cuestiones de honra
ó en otros graves empeños
algunas veces los nobles
se amansaron y cedieron,

por transacciones honrosas,
por poderosos respetos,
por impulsos religiosos
ó por estímulos regios,

en «cuestiones de etiqueta»,
inexorables y fieros,
sus diferencias llevaron
á los más rudos extremos.

Ya fiaban á la fuerza
de sus vasallos y deudos
la justicia de su causa
en luchas á sangre y fuego;

ya su razón mantenían
con propio viril esfuerzo,
en personales combates
demostrando su denuedo;

ya, en fin, á la curia hacían
llenar pliegos y más pliegos
con inmensos alegatos
citando infinitos textos,

moviendo á todos los jueces
y tribunales del reino,
y apelando al rey, al papa,
y en ocasiones... ¡al cielo!

II

Dos nobles y altivas damas
del siglo décimosexto,
se enzarzaron implacables
en un litigio tremendo.

Para hacerlo más terrible,
enconado y duradero,
juntábanse en aquel caso
la calidad con el sexo.

Y ni gastos, ni molestias,
ni súplicas, ni consejos,
lograron calmar su furia
ni moderar sus intentos.

Más de diez años pasaron
desde que comenzó el pleito,
y aún seguía con más saña
y furor que en su comienzo,

cuando cediendo *armæ toga*,
cedió el papel al acero;
las familias de las damas
en el caso intervinieron,

y hubo amenazas terribles,
y hubo riñas y hubo duelos,
y hubo combates feroces,
y hubo heridos y hubo muertos.

En tal momento á Bruselas,
teatro de aquellos sucesos,
llegó el gran César hispano,
nuestro rey Carlos primero;

y avisado del conflicto,
resolvió ponerle término
con su fallo inapelable
llamando ante sí el proceso.

III

Ante el imperial mandato
las partes se sometieron,
esperando al fin su triunfo
de juez tan sabio y tan recto;

y don Carlos, procurando
el más firme y justo acierto,
hizo llevar el asunto
ante el Consejo Supremo.

La causa de la porfía,
que llevó á tales excesos,
supo entonces el monarca
entre asombrado y risueño.

Las dos damas contendían
con tal furia y tanto tiempo
sobre cuál de ellas debiera
entrar delante en un templo.

Y el monarca, con faz grave,
después de escuchar atento
la historia de aquel litigio,
copioso en dudas y enredos,

y el relato interminable
de pruebas y documentos;
laberinto en el que hubiera
perdido el hilo Teseo,

como inapelable fallo,
á que agregaba severo
contra la desobediente
terrible apercibimiento,

de su propio puño y letra
puso, por final decreto,
esta sentencia sublime:
La más loca éntre primero.





El barbero de S. M.

I

José Segundo, famoso,
digno emperador austriaco,
era extraordinariamente
chusco, afable y campechano.

Cuentan que en Viena había
un paseo reservado
para los altivos nobles
y orgullosos cortesanos,

y que el rey mandó se abriera
porque todos sus vasallos,
sin diferencia de clases,
gozasen de sus encantos.

Indignáronse los nobles
y, fingiéndose afrentados,
al monarca dirigieron
impertinente alegato.

Y como razón suprema
del «derecho aristocrático»,
decían que «cada uno,
para no haber menoscabo

de sangre y de nombre ilustres,
debía, en todos los casos,
estar entre sus iguales
por nacimiento y por rango.»

Recibió José Segundo
el memorial, y en el acto
puso este decreto al margen,
escrito de propia mano:

«Si lo que alegan los nobles
es lo justo y es lo exacto,

el Monarca se vería,
á su pesar, obligado,

pues del paseo se trata,
á pasear solitario
en el panteón de reyes
entre sus antepasados.»

II

Quien con tal gracia «bajaba
los humos aristocráticos»
de nobles impertinentes
y de personajes fatuos,

con los pobres y plebeyos
era tolerante y llano,
y bondadoso y afable,
como lo prueba este caso.

Yendo una vez de viaje,
para procurar descanso
entróse en una posada
sin pompa y sin aparato.

A la mañana siguiente
levantóse muy temprano,
pidió agua caliente, puso
un espejillo en un clavo,

y de pie, en ropas menores,
con el rostro enjabonado,

comenzó á hacerse la barba,
en voz baja canturreando.

Acertó á verlo un sirviente,
mozo que hablaba por cuatro,
y sin presumir quién era
y sin sospechar su rango,

le dijo:—¿Sois, por ventura,
acompañante ó criado
del señor emperador
José, nuestro augusto amo?

El emperador, volviéndose
al intruso descarado,
á medio afeitar el rostro,
con la navaja en la mano,

respondió:—Soy su barbero.
—¡Su barbero! ¡Ya es buen cargo!
¿Y él dónde está?

—En este instante
tengo el honor de afeitarlo!





D. ANTONIO CAFO Y CELADA.

UN ARTISTA SIN RIVAL

I

Dad á un niño un papel y un lápiz, y á poca afición artística que tenga, le veréis «hacer caras», trazar figuras ó intentar dibujos, más ó menos grotescos, según sus condiciones y aptitudes. Dadle un papel y unas tijeras, y le veréis del mismo modo «recortar», con extremada paciencia, más ó menos groseras *siluetas* de las personas, cosas ú objetos que ve con frecuencia, ó que más llaman su atención.

Las disposiciones reveladas en el dibujo



alcanzan en algunas ocasiones posterior desarrollo, oportunamente alentadas y favorecidas por los que saben verlas y apreciarlas, y convenientemente cultivadas y dirigidas por maestros inteligentes.

Las aptitudes demostradas en los «recortes del papel» ó son consideradas como frívolo pasatiempo sin «ulteriores consecuencias», ó, cuando más, son estimadas como buenas disposiciones para el dibujo, al que procuran aplicarlas como estudio más «práctico» y provechoso.

Esta es la razón de que la *cisografía*, aunque en algún tiempo logró pasajera moda, ni es considerada como arte, ni tiene maestros que la enseñen, ni aficionados que la cultiven, sino como entretenimiento baladí para «trabajos»—digámoslo así—de todo punto insignificantes, sin mérito, importancia ni valor artísticos.

El primer inconveniente que desde luego ofrece la *cisografía* es la imposibilidad de la corrección: las líneas trazadas en el papel ó en lienzo, pueden ser borradas y corregidas cien veces, hasta lograr que correspondan á las del modelo, ó que se aproximen ó ajusten á la perfección deseada; el corte hecho por la tijera en el papel no tiene arreglo ni corrección posibles si del primer intento no se consigue el acierto apetecido.

La dureza de la línea, la «rigidez» y «frialdad» de la *silueta*, que nunca pueden dar á las figuras el «movimiento» y el «relieve» que les presta el rayado y la sombra del dibujo; la dificultad de conservar los «recortes», que, cuando una paciente labor los hace parecer finísimo encaje, pueden romperse al más leve descuido, inutilizando por completo en un instante el trabajo de muchas horas, sin compostura ni restauración posibles; y el escaso aprecio que alcanza ese género de obras, son otros tantos inconvenientes que se ofrecen al que intentara dedicarse á él.

Hubo un tiempo, sin embargo, como antes he indicado, en que la *cisografía*—que entonces recibió ese nombre—fué en Francia el pasatiempo de moda, primero en los salones, y después en todas las casas, en todos los establecimientos, en todas las tertulias, y aun en los paseos.

Un hacendista francés del siglo xvii, Mr. Esteban de la Silhouette, logró tal reputación de hombre versado en cuestiones rentísticas y en asuntos «financieros», y consiguió inspirar al rey y al pueblo tal confianza en las grandes reformas que prometía y en los extraordinarios recursos con que contaba para salvar la Hacienda

pública y llenar las arcas del Tesoro, que al fin fué llamado al Consejo de Ministros, y aunque fué rudamente combatido por el poderoso partido cuyo jefe era el príncipe de Conti, fué sostenido vigorosamente por la decidida protección de Mad. de Pompadour, y por el valiosísimo apoyo de un prestigio popular que acreció extraordinariamente con su primera operación, que en veinticuatro horas produjo nada menos que 72 millones.

Su influencia fué extraordinaria; su popularidad, grandísima. Sus proposiciones eran aceptadas sin discusión, sus deseos satisfechos sin réplica. Pero pronto llegaron la decepción y el desencanto, y aquella popularidad y aquella fama se deshicieron como livianas pompas de jabón.

En vez de los beneficios y excelentes proyectos que todos esperaban, sólo se ocurrían á Mr. de la Silhouette planes descabellados, recursos tiránicos y operaciones torpes, propios solamente para llevar á la nación, por rápida pendiente, á la ruina, á la bancarrota y al descrédito.

Entonces ya se vió claramente que el famoso hacendista no tenía ni plan fijo ni ideas determinadas; que sólo procuraba salir del conflicto de hoy metiéndose en el

apuro de mañana, y su estrella se eclipsó para siempre, y su nombre, antes aplaudido y ensalzado, fué objeto de las más crueles sátiras y de las más afrentosas injurias, no perdonando sus detractores para zaherirle medio alguno, desde la más desvergonzada cancioncilla, hasta la más mortificante caricatura.

Voltaire, que le había llamado «genio calculador y animoso», y le había comparado con Colbert, no se atrevió después á defenderlo; Rousseau, que le había escrito una carta felicitándole por su nombramiento, atribuyéndole «la gloria del hombre justo», calificó más tarde aquella carta de *intrépide étourderie*.

El «perfil» de Mr. de la Silhouette era un tanto grotesco y pronunciado, y muy pronto sirvió á algunos picarescos dibujantes para hacer su retrato en forma caprichosa, como una gran mancha negra, cuyo contorno copiaba fielmente el perfil del desprestigiado hacendista.

Lo que comenzó por sátira política cayó después en gracia como novedad ingeniosa, y por todas partes se veían retratos á la *silueta*, que todo el mundo hacía valiéndose del sencillo procedimiento de fijar con carbón ó con lápiz la sombra proyectada

sobre un papel ó sobre la pared. Y en la fachada de las casas y en la arena de los paseos y en láminas hechas «ex profeso», en todas partes se encontraba *la silueta*, precisamente cuando el imperio de Mr. de la Silhouette había terminado para siempre.

De la silueta dibujada se pasó á la silueta recortada, ora en papel blanco, que se pegaba sobre otro negro, ora en papel negro, que era colocado sobre otro de tonos claros; después de los retratos, ya hubo quien se atrevió á «recortar» paisajes, con sus casas, sus árboles y sus figuras, ejecutados con más ó menos detalles, según la destreza, habilidad ó paciencia del *cisógrafo*.

El abogado Juan Francisco Barbier, en su curiosísimo *Diario histórico y anecdótico del reinado de Luis XV* (1718-1762), ocúpase de aquella moda, de aquella «pasión» por la cisografía. «Por todas partes, dice, se encuentran gentes ocupadas en *recortar papel*. Nunca se ha visto vender tantas tijeritas. Hay quien ha inventado unas finísimas y especiales, y se dice que el inventor ha hecho una fortuna.» Los «recortes» llenaron los salones de paisajes y de escenas rústicas; algunos artistas llegaron á «siluetar» los árboles con la misma finura que si grabaran en cobre con ayuda del buril.

II

La moda pasó sin mayores progresos en la *cisografía*, hasta que, á los dos siglos, un artista español, ya muy celebrado y aplaudido por el público como excelente actor cómico, logró también llamar la atención realizando verdaderas maravillas artísticas con las tijeras y el papel.

No eran sus obras siluetas más ó menos detalladas, sino verdaderos cuadros, en los que la tijera hacía cuanto podía hacer el lápiz ó la pluma.

Sus retratos no se limitaban al contorno de la cabeza, á la copia del perfil, sino que tenían ojos y cejas, y cabellos y barbas perfectamente determinados, expresión exacta y parecido extraordinario, sombras y detalles, como pudiera tenerlos el mejor dibujado.

Los cuadros no eran «siluetas de paisajes», sino cuadros de perfecto y completo dibujo, figurando entre ellos copias de grabados de algunas obras clásicas, como *Los borrachos*, de Velázquez, en que la tijera no ha omitido detalle alguno de los que tiene el grabado, conservando su carácter, la corrección y grueso de sus líneas, la expresión de los rostros y la disposición de todas las figuras.

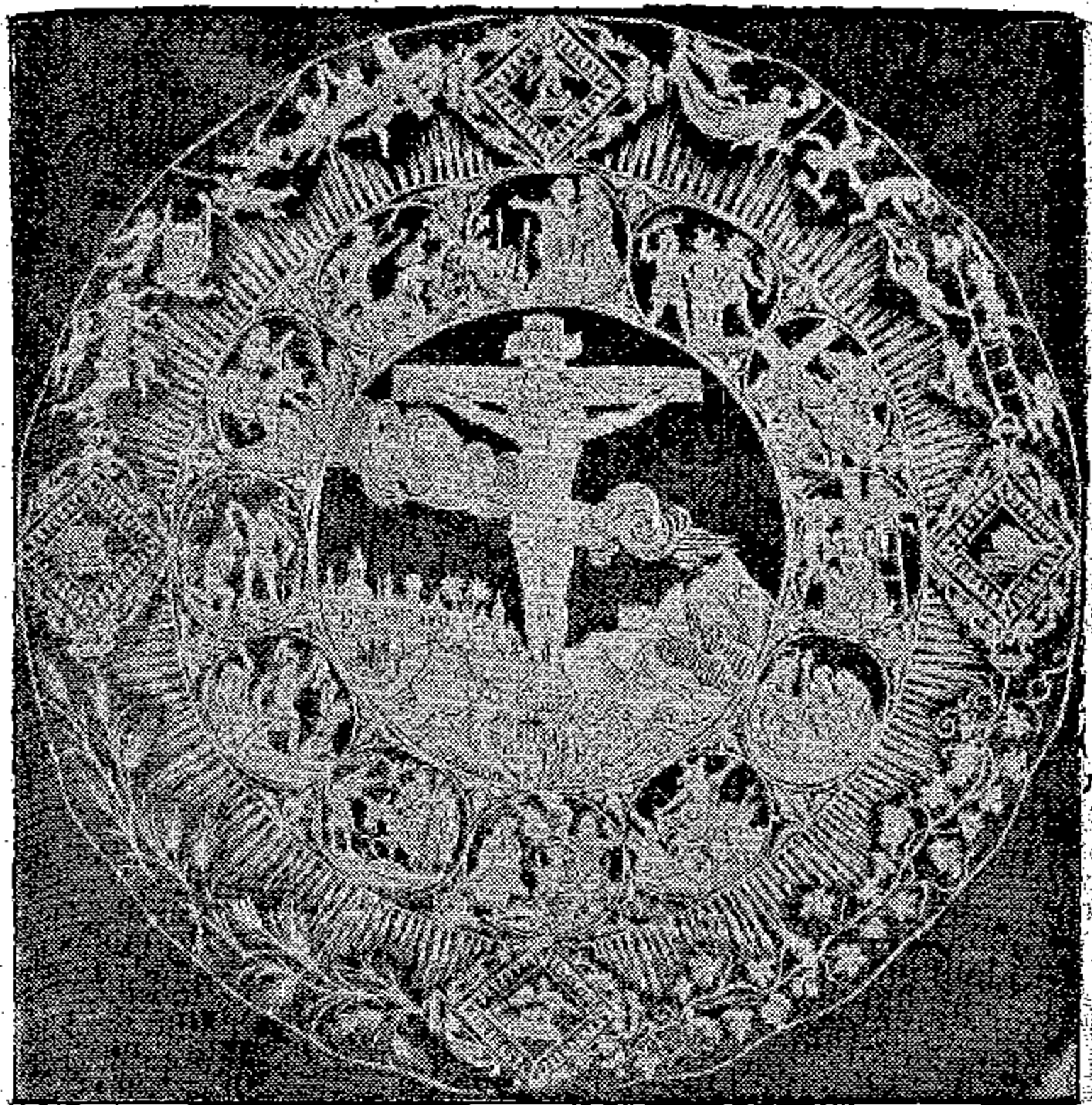
Le formó Dios de un sopapo
para recortar papel,

decía una semblanza de aquel artista, hecha por los Sres. Palacio y Rivera en su libro *Cabezas y calabazas*, y era cierto que Dios le había hecho para ello, aunque no sé si de un *sopapo*, como aquellos escritores decían para buscar un consonante á su apellido.

Porque el actor notabilísimo que tales maravillas cisográficas hacía era D. Antonio Capo, cuyo nombre, sin duda, recordarán los que iban al teatro allá por la década de 1850 á 1860.

Como una prueba de los primores que en el papel hacía con la tijera aquel artista, damos aquí, reproducido á dos terceras partes de su tamaño, el recorte de una hostia que el Sr. Capo ofreció á Su Santidad Pío IX, y que, aceptada por el Pontífice con grandes muestras de admiración y de aprecio, debe ser conservada hoy entre las innumerables joyas artísticas del Vaticano.

Incomprensible es, no viéndolo, que en el reducido espacio de un círculo cuyo diámetro no llega á diez centímetros, tamaño de la hostia, pudiera desarrollar pensamiento tan grandioso, con tal número de escenas artística y cuidadosamente dis-



RECORTE EN PAPEL DE UNA ALEGORIA DE LA HOSTIA
 Diámetro del recorte: 0'097 metros

puestas, con tal cantidad de figuras primorosamente detalladas y con tal lujo de pormenores y de adornos, que hacen inapreciable aquella delicadísima y maravillosa labor.

El mismo Sr. Capo dejó escrita la siguiente descripción de su admirable trabajo:

«La explicación es sencilla y como sigue:

»Ocupa el centro la imagen del Redentor enclavado en la Cruz, en el monte Cal-

vario: se divisa en lontananza la ciudad de Jerusalén, y un grupo de nubes en descomposición por la fuerza del huracán se mezclan con la luna llena de Marzo, época en que marcan los escritos que expiró Jesús.

»Rodean á este círculo doce medallas, en círculos pequeños, cuyo número es el del Apostolado. Empezando á contar por la medalla que está al pie de la Cruz se descubre: al niño Dios en su nacimiento, su Santísima Madre, San José, los pastores adorándole, el portal, el buey y la mula.

»Dirigiendo la vista á la izquierda vese la segunda medalla, que representa la huida á Egipto, en la que hay las siguientes figuras: la Virgen Madre cabalgando, con el fruto de sus santísimas entrañas, acompañada de su santo esposo, un querubín y el Angel de la Guarda llevando del ronzal la caballería que soportaba tan preciosa carga.

»Siguiendo el orden ascendente, está en otra medalla el recuerdo de la degollación de los inocentes. Sigue á ésta el bautismo del Señor, en el Jordán, por San Juan Bautista. La quinta medalla representa la entrada del Señor en Jerusalén, bendiciendo al pueblo. La sexta es la oración de Jesús en el huerto de las Olivas, con la presentación del cáliz de la amar-

gura y el prendimiento. Sobre la Cruz que se ostenta en el círculo central, y en línea perpendicular con la medalla del nacimiento, está la presentación del Señor al pueblo por Pilatos, diciendo las palabras *Ecce Homo*.

»Siguen en orden descendente: la medalla octava, que representa los azotes; la novena, la marcha al Calvario, en una de las caídas del Señor con la Cruz (viéndose, además de Jesucristo, á Simón Cirineo y un sayón á caballo); décima, el descendimiento; undécima, el entierro, y duodécima, la resurrección.

»Explicados ya el centro y los doce círculos que á éste rodean, lo primero que se encuentra son los rayos de luz que desprende la divinidad, para bien de la inteligencia humana y esplendor de su inmensa grandeza.

»Como todo es circular en esta composición, está dividido el círculo mayor en cuatro partes, ocupando cada una los atributos de los Evangelistas, para significar el precepto de Jesús de que se extendiera el Evangelio en las cuatro partes del mundo.

»El libro y el águila ocupan el primero, que está debajo del nacimiento, y pertenece á San Juan.

»El segundo es el libro y el toro, que corresponden á San Lucas.



RECORTE DE «LOS BORRACHOS», DE VELAZQUEZ
visto sobre fondo negro

»El tercero el libro y el ángel, pertenecientes á San Mateo.

»Y el cuarto el libro y el león, emblema de San Marcos.

»Las espigas y las vides ocupan la mitad del círculo mayor, en su parte inferior, como atributo reconocido del Santísimo Sacramento.

»El medio círculo superior está ocupado por grupos de ángeles y querubines que suben á los cielos los atributos de la Pasión. Empezando por la izquierda, está la columna á que Jesús fué amarrado; el paño con que la Verónica limpió el sudor del Divino Rostro, que en aquél quedó impreso; la caña, la cruz y la lanza, el sudario,



RECORTE DE «LOS BORRACHOS», DE VELAZQUEZ
visto a la transparencia

la linterna, el cáliz de la amargura, la esponja, la corona de espinas, las disciplinas, los clavos, el gallo, la escalera, las tenazas y el martillo.

»Encierra toda la composición una sola línea, para significar la existencia de un solo Dios verdadero: la totalidad de los círculos mayores es de tres, que, partiendo de un mismo centro, expresan el principio de unidad del Misterio de la Trinidad Divina.»

III

A más de las «alegorías», de los retratos y de los cuadros de diversa índole y género, hizo el Sr. Capo una colección de

«facsimiles» que ha sido y es el asombro de cuantos han tenido ocasión de verla. Aquello es «escribir con la tijera», pero escribir no sólo conservando el carácter y parecido de las letras, sino todos los detalles de la escritura.

Ofrecen estos trabajos cisográficos, á más del indicado mérito, ya suficiente para ser apreciados no como frívolos pasatiempos sino como verdaderas obras de arte, *únicas en su género*, otra particularidad notable. En unas el «recorte» debe ser colocado sobre fondo negro, para ver el dibujo, como en el de la «hostia»; en otras el papel determina las sombras, debiendo ser mirado el cuadro como transparente, ya á la luz del sol, ya colocando detrás de él una luz cualquiera, como en el retrato de Martínez de la Rosa y en la copia de *Los borrachos*, de Velázquez, que son verdaderas maravillas. Este particular estudio de las sombras, de que damos idea con la doble reproducción reducida de aquellas obras sobre fondo negro y á la transparencia, hubiera acreditado al Sr. Capo como consumado dibujante; pero para que resultase más prodigioso, el artista que lo realizaba... no sabía dibujar.

Grandville, famosísimo dibujante francés, muy conocido por los ingeniosos «caprichos» que hacía con su lápiz, también



RETRATO DE D. FRANCISCO MARTINEZ DE LA ROSA
Recorte en papel visto á la transparencia

cultivó la cisografía, inventando unos curiosos recortes caricaturescos, hechos en naipes, que puestos entre una luz y la pared proyectaban figuras grotescas y graciosísimas.

Pero ni Grandville ni nadie ha llegado á hacer por este medio obras de verdadero arte como las que han motivado este ar-



título, no obstante ser antiquísima y general la afición á la cisografía.

IV

Muchos y muy eminentes personajes, así españoles como extranjeros, que tuvieron ocasión de ver los trabajos cisográficos del Sr. Capo, expresaron su admiración con las frases más expresivas y entusiastas, y pudiera formarse curioso álbum con las alabanzas que escribieron, entre otros muchos, Salvini, Hartzenbusch, el general Espartero, Quintana, Romea, García Santisteban, el duque de Rivas, el general Ros de Olano, D. Antonio Flores y D. Francisco Elías, primer escultor de Cámara de S. M., académico de la de Nobles Artes de San Fernando y director de la Escuela especial de la misma.

Para dar idea de aquellos justísimos elogios, copiamos algunos de ellos.

Tomás Salvini, el eminente trágico, gloria de la escena italiana, expresaba su admiración con estas palabras:

„Per mia fortuna ebbi la sorte di conoscere il duplice artista Sig. Antonio Capo. Non potei ammirare il di lui ingegno nella

Drammatica, ma se la di lui abilità nella scuola di Talia si avvicina per poco alla di lui perizia nell' arte della cisografia bisogna con il' espansione dil cuore, gridare:—*Ammirevole, grande, UNICO!!*—*Tommaso Salvini.*

11 Maggio 1863.”

D. Antonio Flores, el ilustre escritor que goza de merecida fama por sus libros, y muy especialmente por los admirables cuadros de *Ayer, hoy y mañana*, escribió lo siguiente:

«Cautivar la admiración de las gentes, labrando con el auxilio del cincel un trozo de mármol de Carrara, reproducir en un lienzo con el pincel y los colores las obras de la Naturaleza, y por último, fijar los monumentos del arte sobre una plancha por medio de la fotografía, prodigios son del ingenio humano, que siempre causarán maravilla y que nunca nos acostumbraremos á mirar con indiferencia; pero producir todos esos encantos y mayores prodigios sin el mármol, sin el lienzo, sin los colores, sin las máquinas, es cosa superior á todo encarecimiento. Reproducir las estatuas, los cuadros y las obras de la Naturaleza sin más que un trozo de papel y unas tijeras, ni se concibe que pueda ser hasta después de haberlo visto, ni cuando se ha vis-

to se admira y se aprecia lo bastante.=*Antonio Flores.*»

El insigne duque de Rivas no fué menos expresivo en sus alabanzas:

«He visto y examinado, decía, con el mayor gusto las obras del ingenioso artista D. Antonio Capo, que en tan frágil materia como el papel sabe fijar, sin más medios que las tijeras, las concepciones más elegantes y delicadas y los dibujos más perfectos y expresivos. El gusto de sus líneas y adornos y la gracia de sus figuras despierta el deseo de que se perpetuaran en materia más duradera.

»Como testimonio de mi admiración y aprecio consagro estas líneas al esclarecido artista.=*El duque de Rivas.*

Madrid, 22 de Junio de 1853.»

Confirmando la opinión del eximio autor de *Don Alvaro*, otro poeta inmortal, el gran Quintana, escribió lo siguiente:

«Al poner la vista por primera vez en
 »los ingeniosos recortes de papel del señor
 »Capo, se le rinde al instante el tributo de
 »admiración que el conjunto de sus primos
 »res inspira. Considerando después detenidamente el artificio con que cada parte
 »está ejecutada, la pureza de las líneas, la
 »propiedad de la imitación, la elegancia de
 »los adornos, y sobre todo la superior ha-

»bilidad con que el artista ha vencido las
»dificultades de un trabajo tan delicado y
»exquisito, crece de todo punto la admira-
»ción, y la obra parece más bien hecha con
»la voluntad que con la mano y la tijera.—
»*Manuel Josef Quintana.*»

Madrid, 23 de Junio de 1853.

Para no hacer interminable esta relación de merecidos encomios la acabaremos con una nota festiva copiando la siguiente carta de un poeta cómico, autor de muchas obras aplaudidas y populares:

«Amigo Capo: Al ver las maravillas de
»papel *cortado* que usted ha tenido la ama-
»bilidad de enseñarme, me he quedado ma-
»terialmente *cortado*, y estoy seguro que
»no hay *corte* ni *cortijo* donde se *corte* el
»papel de un modo tan admirable. Las *Cor-*
»tes, sin reparar en *cortapisas*, deberían
»asignar á usted una pensión, aunque fue-
»se *corta*, por esos *recortes* tan inimitables.
»Yo soy muy *cortés*, y con esta *cortedad* le
»pago su *cortesanía recortadora*. Sabe usted
»que soy siempre su admirador, y á la *corta*
»ó á la larga se lo probará su amigo, que
»no es *corto*.—*Rafael García y Santis-*
»*teban.*»

V

En una obra francesa titulada «*Enciclopedia. Colección de anécdotas antiguas, modernas y contemporáneas*», he leído que «el emperador Rodolfo ofreció cien mil ducados por un libro en 8.^o que en 1640 estaba en la biblioteca del príncipe Singen. Titulábase: *Liber passionis D. N. J. C., cum figuris et characteribus ex nulla materia compositis*»; libro de la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo, con figuras y caracteres que no son «de ninguna materia.»

La solución del enigma es ésta. Las hojas de aquel libro eran de pergamino, en el que estaban cortados, con la punta de un cortaplumas, ó de otro instrumento á propósito, todos los rasgos de las letras con que se acostumbra á escribir ó á imprimir sobre el papel, de manera que colocando entre las hojas un papel negro, ó mirándolas por el derecho, á la luz, todas las palabras podían ser vistas y leídas perfectamente.

Por desgracia, en estos tiempos no hay emperadores Rodolfos, y las maravillosas obras cisográficas del Sr. Capo, *artista sin rival* en este género, muy superiores en mérito é importancia al mencionado libro, en vez de ocupar digno puesto en un mu-

CHUCHERÍAS

seo ó en una biblioteca, donde puedan ser vistas y apreciadas, permanecerán ocultas y desconocidas en poder de la familia que hoy las posee, ya que no *expuestas* á la admiración, *expuestas* á que se destruyan, perdiéndose para siempre unos trabajos que ni han tenido, ni tienen, ni acaso tendrán en el mundo semejantes.





MARIA LUISA, MUJER DE CARLOS IV

El duquecillo y la reinita.

Chascarrillo histórico

I

La reina María Luisa,
aquella altiva italiana,
esposa de Carlos cuarto,
que goza de triste fama

por su desmedido orgullo
y sus torpezas probadas
como esposa, como madre,
como reina y como dama,

desde su niñez fué siempre
coqueta, irascible y vana,
hinchada por la soberbia
más risible y extremada.

Cuando en términos formales
se concertó su alianza
con el príncipe heredero
de la corona de España,

un desatinado orgullo
se apoderó de su alma,
y trastornó su cabeza,
y estimuló su arrogancia,

y exigió imperiosamente
que todos le tributaran
honores, á que derecho
su nuevo estado le daba,

y que pequeños y grandes,
todos en ella miraran
una princesa de Asturias,
pronto á ser reina llamada.

II

Su hermano Fernando, chico
alegre como unas pascuas,

y decidor y chancero,
burlábase de su hermana,

tomando á broma sus ínfulas
y á risa sus alharacas,
y persiguiéndola siempre
con sus burlas y sus chanzas.

Irritada la princesa,
con los ojos como ascuas,
echando por ellos fuego,
que eran rayos sus miradas,

temblorosa de coraje,
encendida cual la grana,
y arrojando por la boca
espumarajos de rabia,

á su hermano dijo un día:
—Eres un trasto, un canalla,
pero yo habré de enseñarte
á que sepas con quién tratas.

Tú no has de ser otra cosa
que un duquecillo de Parma;
yo soy princesa, y muy pronto
he de ser reina de España.

—Pues el pobre duquecillo
va á tener la honra más alta
dando á su Real Majestad
la más *real*... bofetada.

Y el duquecillo sonriente
y cumpliendo su amenaza,
antes que ella lo impidiera
unió el acto á la palabra,

y, levantando la mano...
resonó en la regia estancia
la bofetada más grande
que se ha dado en regia cara.





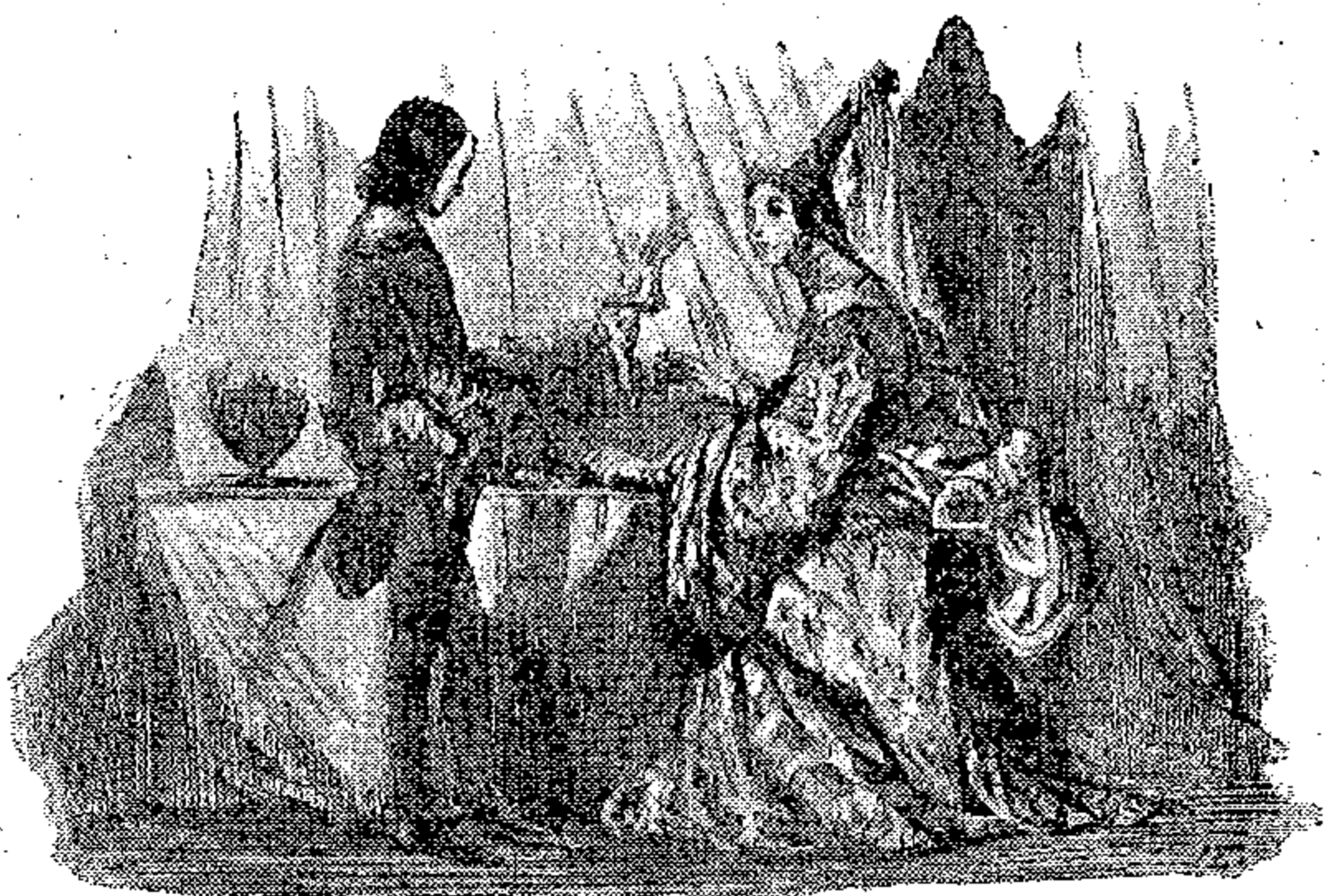
EL P. MASILLON

El primer adulator.

—¡Sois, sin disputa, el primer orador de la nación!—
al célebre Masillón
dijo el padre La Boissier'.

Y con noble testimonio
de su modestia:—Confieso,
repuso Masillón, que eso
ya me lo ha dicho el demonio.





PRINCESAS DE CHIMAY

I

LA PRIMER CONDESA DE CHIMAY

En Abril de 1839, un periódico francés publicó curioso extracto inédito de un interesante manuscrito del año 1500, conservado en el archivo de la villa de Chimay, referente al terrible cautiverio y extraña liberación del señor de aquella villa, Juan de Croy, que fué consejero de Felipe *el Bueno*, duque de Borgoña, y en 1472 nombrado primer conde de Chimay por el infortunado Carlos *el Temerario*, sucesor de Felipe.

El conde, que ordinariamente residía en el castillo de Chimay, llevaba una vida muy alegre en constantes fiestas, juegos y diversiones. Los juegos de cartas, especial-

mente, llegaron á propagarse y á arraigar en Chimay de modo tan extraordinario, que hasta los eclesiásticos se entregaban á ellos con terrible pasión, y fué preciso que un sínodo pusiera término al mal, prohibiéndolo con las más severas censuras.

La diversión favorita del primer conde de Chimay era la caza, á que se dedicaba frecuentemente, internándose, en más de un caso, solo, por los bosques, á grandes distancias de sus dominios, en persecución ó en busca de las reses. Ella fué causa de su desaparición misteriosa, que llenó de profundo é incesante dolor el corazón de la amantísima condesa, afligió y consternó á todos los habitantes de Chimay, é interrumpió bruscamente los habituales regocijos y distracciones del castillo, donde, desde entonces, sólo reinaron la tristeza y el silencio.

El conde de Chimay, que varias veces cazando se había metido en tierras de Couvin, con protesta de los jefes de la burguesía de la villa, al fin un día pagó caro su atrevimiento, porque fué detenido y secretamente llevado á un lóbrego y malsano calabozo que había en los subterráneos de una de las torres del castillo de Couvin.

Diariamente encontraba en su prisión,

sin ver nunca quién los había llevado, un poco de pan y otro poco de agua, más que para sustentarlo, para prolongar su martirio y su agonía, pasando días larguísimos y noches interminables en aquel encierro, sin ver á nadie, sin hablar con nadie, ni tener otra luz que la que entraba por una estrecha hendedura, á modo de claraboya, formada entre las peñas, que servían de muro exterior al calabozo por uno de sus lados.

Siete años duró aquel espantoso cautiverio, hasta que un día la Providencia acudió por fin en auxilio del malaventurado conde, de modo muy extraño. Un pastorcillo que guardaba cabras en una llanura al pie de aquellas peñas, entreteníase en lanzar con una ballesta delgadas ramas limpias y afiladas á modo de flechas. Penetró una de ellas por la hendedura que daba al calabozo; el pastorcillo trepó por las peñas é introdujo el brazo para recuperarla, y el conde, que durante mucho tiempo había ido amontonando tierra y cascote cerca de la claraboya para subir y aproximarse á ella, disfrutando así mejor de la luz y del aire, y procurando ver algo del exterior, al mirar con inmensa sorpresa la mano y el brazo del chicuelo, hizo grandísimo esfuerzo, empinóse cuanto pudo y consiguió sujetarlo fuertemente.

El pastorcillo, aterrado, quiso gritar y desasirse, pero el espanto le quitó fuerzas; el conde logró tranquilizarlo con súplicas, promesas y razones; y sabiendo que tenía padre y que éste se hallaba en lugar cercano, le rogó que con el mayor sigilo le hiciera ir á aquel sitio, llevando papel, pluma y tinta, y prometiéndole, si lo hacía, grandes riquezas y mercedes.

Todo pasó como el conde deseaba. Escribió éste á la condesa relación de lo ocurrido, indicándole el lugar de su cautiverio y rogándole que, sin pérdida de tiempo, juntara gente armada en número suficiente para vencer á los de Couvin y poder libertarle, y encargó al padre del pastor que llevase inmediatamente el papel á su destino, no entregándolo sino á la condesa de Chimay en propia mano.

Corrió el asombrado y caritativo mensajero á cumplir su cometido; pero tropezó con la resistencia de los servidores del castillo, que, desoyendo sus apremiantes instancias y repetidos ruegos, no le permitían ver á la señora. No menos tenaz en su empeño que ellos en su negativa, decidió esperar cuanto fuera preciso; y cuando al cabo de largo rato la condesa salió del cas-

tillo para ir á misa, acercóse resueltamente á ella y le entregó el papel.

Pronto la infeliz señora, que ya se tenía por viuda y como tal vestía, reconoció la firma y la escritura de su esposo y señor, cayendo desmayada en brazos de las personas que la acompañaban; pero no tardó en recobrar el sentido y en demostrar, á un tiempo, el amor y la fidelidad que su corazón guardaba al conde, aun después de los siete años transcurridos desde el triste día de su desaparición, y la noble y valerosa sangre que corría por sus venas.

La señora María de Lalaing, baronesa de Quieurain y *primera condesa de Chimay*, pertenecía á la noble familia del ilustre Jaime de Lalaing, uno de los últimos representantes de la Caballería de la Edad Media, quien por sus proezas mereció el sobrenombre de *El buen caballero*, y fué muy celebrado por cronistas y por poetas.

Enterada perfectamente de todo cuanto su esposo le decía y encargaba, con actividad incansable y con energía varonil dió las órdenes oportunas para que todos los habitantes de los extensos dominios de Chimay se reuniesen en la villa con cuantas armas tuvieran ó pudieran encontrar; y organizando rápida é inteligentemente

el improvisado ejército, montó á caballo y púsose al frente, invadiendo el vecino territorio en són de guerra, con estrépito formidable y empuje irresistible.

Los habitantes de Couvin, llenos de pánico ante aquella inesperada y aterradora invasión para casi todos inexplicable, huían espantados ó protestaban de su inocencia, negando que allí tuvieran cautivo al conde, y, más aterrados que todos, los causantes de aquel mal se apresuraron á dar libertad al preso, que por fin apareció ante los suyos, causando su presencia lástima y espanto, que no dieron lugar á las demostraciones del gusto y la alegría.

Tal era su estado de pobreza y de miseria, que las ropas se le caían á jirones sólo con tocarlas, y era difícilísimo reconocer al gallardo, fuerte y apuesto conde de Chimay en aquel espectro mal cubierto por los andrajos, horriblemente demacrado y desfigurado por la mortal palidez de su semblante, por la extremada flacura de su cuerpo, por el extravío de su mirada y el desconcierto de sus ojos, que no podían resistir la luz, y por el crecimiento de sus cabellos y de sus barbas, que le daban aspecto á la vez lastimoso, repugnante y aterrador.

La primera condesa de Chimay fué una dama excelente y virtuosísima, y una es-

posa fiel y amante, digna de que su memoria se reavive y perpetúe.

A Juan de Croy sucedió su hijo mayor, Felipe, gran bailío y gobernador de Holanda, y á éste su primogénito Carlos, que fué general al servicio del emperador y creado por éste en 1482 príncipe del Sacro Imperio. Su fallecimiento sin descendencia masculina y posteriores repetidas faltas de sucesores directos y legítimos, fueron causa de que el título de príncipe de Chimay pasara á distintas familias, hasta que casi á fines del pasado siglo se unió con el de Caramán en la familia Riquet. Los príncipes de Caramán-Chimay, según el Almanaque de Gotha, tienen grandeza de España de primera clase.

II

LA PRINCESA DE CARAMÁN-CHIMAY

A mediados del año de 1829 vivía en el castillo de Chimay, en Bélgica, una señora de cincuenta y tantos años, cuyo rostro todavía conservaba rasgos de su pasada espléndida hermosura, cuyo ingenio admiraba aún á los que con ella hablaban por primera vez, y cuya bondad, modestia y dulzura atraían y cautivaban á todos cuan-

tos la rodeaban ó conocían, pues por todos era querida y respetada. En 1803 había contraído matrimonio con José Felipe Riquet, que á su título de conde de Caramán unió el de príncipe de Chimay, y consagrada al amor de su esposo, feliz y tranquila entre su numerosa familia, pasaba la vida sin inquietudes ni agitaciones, llegando dulce y sosegadamente á la vejez.

Un día, á mediados del citado año de 1829, recibió una carta de París, cuya lectura frunció su entrecejo, descompuso y alteró su semblante, llenó de lágrimas sus ojos y de suspiros su pecho, agitó convulsivamente su cuerpo é interrumpió su ventura y su tranquilidad, causándole extraña excitación y profunda tristeza. Un hijo suyo, médico reputado, que habitaba en París, le hablaba del anuncio de una obra de escándalo y de difamación escrita contra ella, y le manifestaba su propósito de impedir por todos los medios posibles su publicación.

La carta estaba firmada por el doctor Cabarrús; el libro á que éste se refería se titulaba *Memorias de Madame Tallien*.

La princesa de Caramán-Chimay, cuya plácida y patriarcal existencia en su castillo de Bélgica no podía hacer sospechar un



TERESA CABARRUS-MADAME TALLIEN
primera princesa de Caraman-Chimay

pasado agitadísimo, borrascoso y novelesco, á pesar de verse amenazada cuando ya se aproximaba á la vejez por la difamación y por el escándalo, á nadie había causado daño durante su vida, había sufrido grandes amarguras y había corrido grandes peligros; y si en su conducta pudo haber algo censurable por culpa, más que de ella, de

Las circunstancias y de las corrientes de la época en que vivió, que la arrastraron con irresistible fuerza, bastaría para redimirla, aparte su posterior conducta intachable, el haber salvado la vida á innumerables personas, entre ellas muchas de las que más cruelmente la injuriaron y la calumniaron con más saña, y el haber librado á Francia de los implacables y sanguinarios terroristas, provocando la caída de Robespierre en la memorable noche del 9 *Thermidor*.

María Teresa Cabarrús, hija del famoso hacendista conde de Cabarrús, que figuró mucho en España durante los reinados de Carlos III y de Carlos IV, y que fué ministro de Hacienda en el efímero reinado de José Bonaparte, había nacido en Zaragoza, allá por los años de 1775, y á los catorce años fué casada con el marqués Davin de Fontenay, consejero del Parlamento de París, joven de vida escandalosa, que derrochó su fortuna y del que se divorció aprovechando uno de los últimos decretos de la Asamblea legislativa. Al iniciarse en Francia la época del Terror, Teresa procuró buscar refugio en España al lado de su padre, pero fué detenida y presa en Burdeos, donde el «terrible» ciudadano Tallien había organizado el Tribunal revolucionario como en París, y hacía funcionar sin descanso la guillotina.

Tallien vió á Teresa Cabarrús, que á la sazón tenía diez y ocho años y estaba dotada de los mayores encantos. El feroz revolucionario se enamoró de ella frenéticamente, y ella, obligada á ceder, venciendo su natural repugnancia, aprovechó el poderoso dominio que logró ejercer sobre aquella fiera amansada por el amor para salvar á infinitos desdichados que gemían en las prisiones, librándolos de la guillotina.

La extraña y repentina «humanización» de Tallien hizo que el Comité de Salud Pública le hiciese ir á París para explicar su conducta. Tallien logró sincerarse y no perdió su influencia; pero Robespierre, que le odiaba, quiso herirle en lo más sensible, procurando perderle por tal medio, é hizo prender á *la Cabarrús*, como entonces la llamaban, y de cuya estancia en París tuvo noticias.

El plan de Robespierre sólo para él tuvo resultados funestos, pues aunque en los primeros momentos Tallien negó á su amada, como San Pedro á su Maestro, escribiendo á los ciudadanos del Comité revolucionario de la Sección de Mont Blanc que él nada tenía que ver con «la mujer aquella», que había sido detenida, y que «un representante del pueblo haría traición á sus deberes y envilecería su carácter

si recomendara á personas sospechosas», no cesaba un instante de trabajar contra el poder de Maximiliano, y por fin consiguió su derrota y la de sus secuaces.

El 7 *Thermidor* la Cabarrús escribió á Tallien la conocida carta en que le decía: «Mañana iré ante el Tribunal, y de allí á la guillotina. Anoche soñé que Robespierre no existía; que estaban abiertas las puertas de las prisiones. Gracias á vuestra cobardía, pronto no habrá en Francia quien pueda realizar mi sueño.» Tallien se limitó á contestarle: «Sed prudente, que no me falta valor. Serenad esa cabecita.»

Dos días después Robespierre caía con estrépito, y al día siguiente Teresa Cabarrús salía de la prisión de *la Force*.

«Del *Thermidor* del año II al *Vendimiar*io del año III, Mme. Tallien fué reina de Francia — ha dicho un notable escritor francés, Mr. Arsenio Houssaye.—Sus salones fueron el asilo del buen gusto, de la elegancia, de la distinción, y la licencia no pasó allí por ingenio. Si los trajes eran un poco escotados y la transparencia de las telas dejaba adivinar las formas, que después las mujeres, más avisadas, cubrieron para conservar lo picante del misterio; si las túnicas estuvieron en boga, había, sin

embargo, cierta decencia y cierto pudor relativos, que era cuanto en rigor se podía pedir al Directorio, en cuya época se vendían públicamente libros que hubieran ruborizado al Aretino.»

La envidia de muchas mujeres y la maledicencia de muchos hombres hicieron á Mme. Tallien blanco de sátiras y de caricaturas injuriosas, y contra «la bella española», como la llamaron entonces, circularon las acusaciones más afrentosas y las anécdotas más repugnantes, inventadas ó propaladas por muchos que le debían la existencia y la fortuna.

En Enero de 1795, los llamados «patriotas» atacaban duramente á Tallien, aludiendo á sus amores con *la Cabarrús*. Tallien, defendiéndose, dijo: «Se ha hablado de la ciudadana Cabarrús. Pues bien; yo declaro ante mis colegas y ante el pueblo que me escucha que á esa mujer la conocí en Burdeos hace diez y ocho meses. Sus desgracias y sus virtudes me hicieron estimarla y quererla. Vino á París en tiempos de opresión, y fué perseguida y encarcelada. Un emisario del tirano le propuso que declarara haberme conocido como «mal ciudadano»; á ese precio le ofrecía la libertad y un pasaporte para el extranjero. Ella rechazó tan vil medio, prefiriendo la prisión y la guillotina. Entre los papeles del

tirano se encontró una nota para enviarla al cadalso. Pues bien: esa dignísima ciudadana, que algunos dicen que es mi amante, sépanlo todos, porque aquí lo declaro, es mi esposa.»

Madame de Genlis, en sus *Memorias*, habla de ella y dice lo siguiente: «En los primeros días de mi regreso á Francia conocí á Mme. Cabarrús, entonces Mme. Tallien, y después Mme. de Caramán. La encontré, como es, hermosa, amable y atractiva. Mme. de Valence, mi hija, me había dicho en Alemania que Mme. Tallien le salvó la vida en los días del Terror, y vi con gusto á su libertadora, qué á la vez era á quien verdaderamente debe Francia el haberse librado de los furores de Robespierre. Con este motivo le oí decir en Hamburgo á Mr. de Valence una linda frase. Referíase que habían dado á Mme. Bonaparte el apodo de «Nuestra Señora de las Victorias», y él exclamó: «Más justo sería dar á Madame Tallien el de Nuestra Señora del Buen Socorro.»

El ya mencionado escritor Arsenio Houssaye publicó un curioso é interesante estudio biográfico de esta mujer ilustre, y le puso por título: *Nuestra Señora de Thermidor*.

La primer princesa de Caramán-Chimay fué poco afortunada en sus dos pri-

meros matrimonios, terminados por el divorcio; tuvo algunas ligeras faltas que todos recordaban; hizo algunos inmensos beneficios que todos olvidaron; salvó infinitas vidas y salvó á toda una nación; y si fué por algunos ensalzada, fué por muchos calumniada y escarnecida; pero todos convienen en que, desde su unión con el príncipe de Caramán-Chimay, siempre honró el nombre de su esposo y vivió con ejemplar conducta en la dulce calma de su hogar, que en vano pretendió turbar la maledicencia al buscar lucro en el escándalo, desenterrando chismes, anécdotas y calumnias, que ya el tiempo, más piadoso que los hombres, había sepultado en el olvido.

III

COUVIN Y CHIMAY

En los primeros años de este siglo el castillo de Chimay conservaba la tradición del antiguo, concurridísimo «Salón parisiense de Mad. Tallien».

Aunque la etiqueta de la corte de Bruselas cerró obstinadamente las puertas á la que había sido esposa de un



CASTILLO DE COUVIN

(Del sello en cera que usaban los Regidores de Couvin en 1543)

convencional, á pesar de su enlace con prócer tan distinguido como el príncipe de Caramán-Chimay, siendo inútiles cuantas gestiones hicieron las personas más influyentes para que se le abrieran, eran muchos y muy distinguidos los asiduos visitantes del castillo donde residía la princesa.

Los poetas más celebrados, los pintores y los músicos de más renombre, nobles belgas y franceses, generales y diplomáticos eran huéspedes frecuentes del castillo, donde el ingenio y la amabilidad de sus dueños hacían deliciosa la estancia, disponiendo fiestas encantadoras que dejaban en todos gratísimo recuerdo perdurable.

Una tarde del verano de 1812 eran extraordinarios el movimiento y la animación en el castillo. Aquel año la concurrencia, si no más distinguida, era mucho más numerosa que otras veces, y aquella animación y aquel movimiento revelaban que algo muy importante y muy extraordinario ocurría ó se preparaba en la suntuosa residencia de los príncipes de Caramán-Chimay.

Los servidores del castillo iban sin cesar de un lado para otro, llevando ó cumpliendo órdenes; los príncipes y algunos

de sus parientes y amigos se habían retirado á las habitaciones interiores, dejando á los demás invitados que discurrían por los jardines ó por los salones ó charlaban formando diferentes grupos, y en todos los semblantes risueños y placenteros adivinábase la impaciencia con que esperaban alguna señal convenida ó algún suceso deseado. *

Juan Nepomuceno Lemercier, literato muy notable y autor dramático muy aplaudido, había escrito el libreto de una ópera en un acto, que aquella tarde iba á ser cantada en el teatro del castillo. El asunto de la nueva obra era la cautividad del primer conde de Chimay y el nobilesimo y valeroso rasgo de la condesa.

Para dar mayor interés al poema escénico Lemercier había discurrido nuevos incidentes, si no se fundaban en otros datos descubiertos, referentes á aquel dramático acontecimiento.

María de Lalaing, solicitada á un tiempo por el conde de Chimay y por el señor de Couvin, había dado la preferencia al primero, y el desdeñado, hombre cruel y vengativo, encontrando más tarde en sus tierras al preferido, que en una partida de caza se había perdido y separado de sus

gentes, le hizo encerrar en uno de los subterráneos del castillo de Couvin, sin que nadie supiera más de él.

Tres años después el señor de Couvin se atrevió á proponer un nuevo enlace á la hermosa castellana de Chimay, que le contestó secamente con estas palabras:

—Aun no tengo seguridad de que mi esposo haya muerto: la prueba es que vivo todavía.

Pasaron más años, y cuando ya hacía siete que el conde había desaparecido, presentóse á la condesa un pastorcillo que trémulo, descolorido y como atolondrado le entregó un pañuelo en que se veían estas palabras escritas con sangre:

«Condesa de Chimay: Si me sois fiel, armad vuestros vasallos y sacadme de los subterráneos de Couvin, donde estoy encerrado vivo.»

El pastorcillo, persiguiendo á un conejo blanco, había corrido largo tiempo, había trepado por las rocas sobre que se levantaba el castillo y había metido el brazo en la hendedura donde el conejo se había refugiado.

Una mano invisible le había sujetado fuertemente; una voz débil y suplicante había procurado calmar su temor, rogándole que entregase aquel pañuelo á la condesa de Chimay, y el pobre chico, aún no

repuesto del susto y obedeciendo maquinalmente, había corrido á cumplir el encargo.

La condesa improvisó un verdadero ejército, invadió, sin decir su propósito, los dominios del señor de Couvin, á quien prendieron y maniataron, exigiéndole como precio de su vida la entrega del conde; recobró éste su libertad, volviendo á los brazos de su esposa en el estado que sabemos, y el castillo que le había servido de prisión fué destruído piedra por piedra.

Entre los que sacaron al conde de su encierro estaba Basler, el pastorcillo, que llevaba entre sus brazos el conejo blanco, el verdadero libertador. Durante algún tiempo había sido el compañero del conde, el único ser viviente que había hecho menos triste su cautiverio y soledad; había escogido aquel subterráneo por madriguera, vivía «en buena amistad» y perfecta inteligencia con el prisionero, y en una de sus frecuentes excursiones al exterior, que el conde veía siempre con envidia, fué causante afortunado de aquella milagrosa liberación.

Cuando los príncipes indicaron al pastorcillo que pidiera una recompensa, éste sólo rogó que no le separaran del conejito.

El conde de Chimay, enternecido, le contestó:



—Ni él se separará de ti, ni tú de nosotros.

El y sus padres fueron encargados del coto y conejar de Chimay.

El chico pidió también, como dón particular, que todos los días le sirviesen un plato de la mesa del señor.

El libreto de Lemercier fué puesto en música por un joven que había sido discípulo de Cherubini y ya había dado algunas muestras de su genio musical, que no tardó en demostrarse brillantemente en obras de mayor importancia, colocando su nombre entre los de los más famosos compositores franceses.

Auber, que era entonces muy joven y que ya el año anterior había compuesto la música para otra ópera en un acto, *Julia*, cantada en el mismo teatro del casti-
llo de Chimay, puso en la nueva obra piezas tan admirables y frases tan felices, que después utilizó la mayor parte de ellas en alguna de sus óperas más celebradas.

Para que todo correspondiese á la grandeza del asunto que con aquella obra se conmemoraba, Pedro Ciceri, pintor escenógrafo de reputación europea, que recientemente había sido nombrado pintor y decorador en jefe de la Opera de París, pintó

las decoraciones; y de la ejecución de la ópera se encargaron los mismos príncipes y sus deudos y amigos más allegados.

El *reparto* de la obra no podía ser más oportuno y atrayente.

Teresa Cabarrús, Mme. Tallien, entonces primer princesa de Caramán-Chimay, que era una artista excelente, tocaba el piano y el arpa como una profesora y cantaba con voz dulcísima y con la maestría de una verdadera *prima donna*, se encargó del papel de «la condesa de Chimay», honrando así la memoria de su heroica antecesora en aquel título.

Al príncipe de Caramán-Chimay, su esposo, que era también inteligentísimo «dilletante» y poseía una hermosa voz, correspondió, como era natural, representar el personaje del conde de Chimay.

El conde de Cabarrús, hijo de la princesa, aceptó el ingrato papel de «señor de Couvin», y Thermidor Tallien, hija también de ésta y del famoso ex convencional, demostró sus gracias y sus encantos infantiles, y se reveló como actriz, en el interesante y simpático personaje del pastorcillo Basler.

Varios amigos, también aficionados á la música, cantaron los coros, representando á su vez, respectivamente, los vasallos de Chimay y de Couvin.

La representación de la ópera, como era consiguiente, fué un triunfo completo para todos los «artistas» y un motivo de satisfacción grandísima para todos los «espectadores».

Al frente de éstos, en primera fila y recibiendo los honores de la representación, estaban los descendientes del pastorcillo Basler.

Todo había resultado á las mil maravillas y el contento era general, cuando se escuchó lejano é imponente ruido de furiosos gritos.

Algunos servidores del castillo entraron en el teatro trémulos y espantados. El castillo estaba sitiado por las gentes de Couvin, que habían tenido noticias de la obra que se representaba y acudían decididos á vengar á sus antepasados, que en ella eran calumniados y ofendidos.

Siempre los de Couvin han negado y niegan exactitud á aquel episodio, que califican de «leyenda sin fundamento», y el conde de Villermont, en su obra *Couvin y su castellanía*, publicada en Namur en 1876, no le concede crédito alguno.

La agitación amenazadora de los *couvinois*, agolpados frente al castillo, crecía por momentos, y ante el temor de un asalto que podría tener terribles consecuencias, se acordó parlamentar.

El mismo príncipe de Caramán-Chimay fué el encargado de hablar con los «sitia-
dores» y de desvanecer el motivo de sus
quejas, haciéndoles comprender que nada
había en la ópera ofensivo ni afrentoso
para los de Couvin.

Éstos moderaron un tanto su furor,
pero no se dieron por convencidos.

Para calmarlos por completo fué pre-
ciso ofrecerles que se haría una segunda
representación de la ópera, a la que po-
drían asistir algunos vecinos de Couvin en
representación de todos ellos.

A este incidente debió Auber que aque-
lla su primer ópera «formal» dejase inol-
vidable recuerdo de su estreno y tuviese
una segunda representación, que fué espe-
rada por todos acaso con mayor interés y
expectación que la primera.

Mme. Felicia de Pelet de Narbonne, hi-
ja de Thermidor Tallien, publicó en el
Musée des familles de 1839 un curioso ar-
tículo relatando algunos pormenores de
aquella representación.

IV

Las escandalosas aventuras de una nor-
teamericana, Clara Ward, que últimamen-
te ha arrastrado por el lodo, con desenfre-
nada impudencia, su título de princesa de

Caramán-Chimay, en vergonzosa unión con el violinista Rigo, han prestado algún interés de actualidad á estos mal coordinados «recuerdos históricos».

El contraste no puede ser más notable.

La primer condesa de Chimay fué modelo de fidelidad y de amor conyugal.



CLARA WARD

La primer princesa de Caramán-Chimay pisó las tablas para honrar el recuerdo de aquella, dando pruebas de sus admirables conocimientos y aptitudes musicales y de su amor al Arte.

La última princesa de Caramán-

Chimay, después de afrentar y escarnecer el nombre de su esposo y de dar escándalos que durante muchos días han ocupado la prensa de todo el mundo, también ha hecho tentativas para salir á escena, pero no como artista, no como cantante ni como actriz, ni aun como impúdica Friné que procurase el perdón de sus jueces encantándoles con la belleza irresistible de sus formas desnudas; sino como repugnante

hetaira que buscaba el lucro exhibiéndose «al desnudo» ante un público corrompido de viejos verdes y de jóvenes depravados.





VOLTAIRE

El reverso del Quijote.

Chascarrillo histórico

Voltaire en su castillo de Fernay dióse algún tiempo vida regalada, visitado por muchos extranjeros que allí atraía su creciente fama.

Voltaire los recibía como príncipe, con tan grande agasajo y pompa tanta, que uno, indiscreto y posma, en el castillo más de dos meses prolongó su estancia.

Harto de aquel abuso, el gran filósofo le dijo al encontrarlo una mañana:

—No hay duda, buen señor: sois el «reverso» del ingenioso hidalgo de la Mancha.

—No os comprendo.

—Pues es sencillo y claro:

Don Quijote, en su loca extravagancia, tomaba las posadas por castillos; vos tomáis los castillos por posadas.





FELIPE IV

Petición oportuna.

Chascurri o histórico

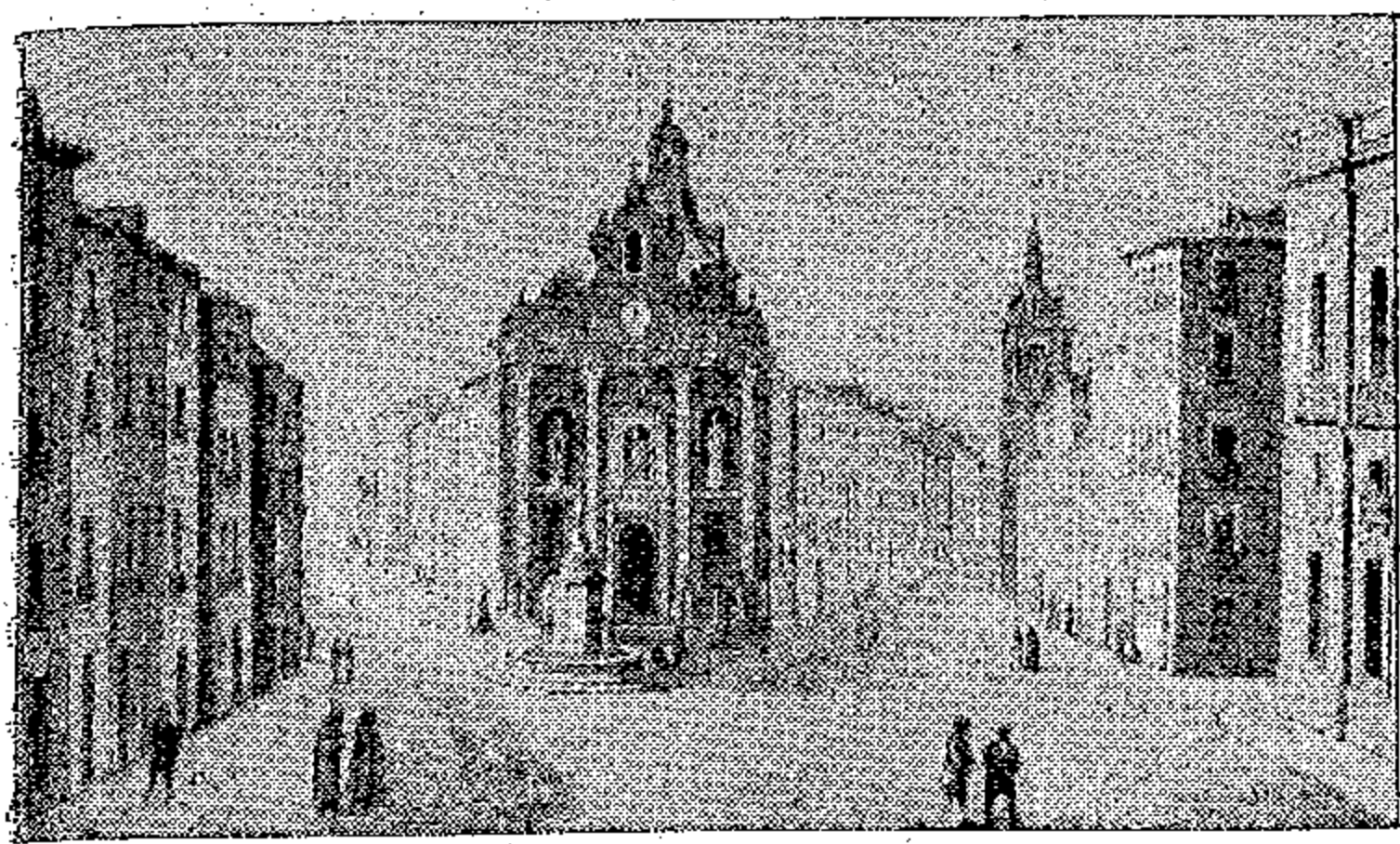
Cierto día que en público paraje
El gran Felipe Cuarto daba audiencia,
Llegó un pobre soldado á su presencia,
Pálido el rostro, ajironado el traje.

Absorto el Rey, al ver aquel pelaje,
Sin hablar lo miró con insistencia,
Y le dijo después:—Tienes licencia;
Dime tu petición ó tu mensaje.

Sin mostrar el soldado aturdimiento
Repuso:—Serán breves mis razones.
Sólo pido, señor, que al bien atento

De quien vertió su sangre en cien
[acciones,
Miréis el memorial que ahora os presento
Con la misma atención que mis jirones!





LA PUERTA DEL SOL EN EL SIGLO XVIII Y PRINCIPIOS DEL XIX
con la fuente de «la Mariblanca».

LA GRAN FAROLA DE LA PUERTA DEL SOL

I

«Nada hay nuevo bajo el sol»—dijo Salomón en el capítulo primero del *Eclesiastés*—y hoy, parodiándole, al contemplar con asombro la *farola monumental* que ha colocado en el centro de la Puerta del Sol el *monumental* Ayuntamiento madrileño, podemos exclamar: «Nada hay nuevo sobre la Puerta del Sol.»

Porque quitar la fuente que había en su centro; hacer proyectos para sustituirla con un monumento digno del lugar y de la capital de España, y acabar por reemplazarla con un *farolón* de gas, con más ó menos luces, parecerá á nuestros ediles de hoy

lo más *nuevo, original y caprichoso* que puede ocurrirse á los meollos municipales; pero no es sino una torpe y poco afortunada imitación de lo que hicieron *sus antepasados*, los ilustres señores que regían el Concejo de esta villa de «los osos y del madroño», hace la friolera de más de medio siglo.

II

Por aquella fecha había en la Puerta del Sol, frente á la iglesia del Buen Suceso, que entonces estaba entre las calles de Alcalá y Carrera de San Jerónimo, una fuente *churrigueresca*, obra del célebre don Pedro Rivera, de principios del siglo pasado, coronada por la famosa *Mariblanca*, estatua de Venus, «bautizada por los aguadores» con aquel nombre, que se hizo popular.

D. Diego Ventura Rejón de Silva publicó en el *Memorial Literario*, de Septiembre de 1788, la siguiente poesía en octavas, con este título:

*Quexas de Mari-blanca
porque no la dexan lucir su belleza.*

«Yo, aquella gran señora celebrada,
testigo de quimeras de aguadores;
yo, que escucho á la maja redomada
responder pullas, si la dicen flores;
yo, que soy en la Corte más mirada

que cierto vaso en manos de doctores;
yo me quejo á la sala y al consejo;
atiendan y sabrán por qué me quejo.

El que las damas logran excepciones
en cualquiera país civilizado,
es constante; supuesto que atenciones
las dan desde el lampiño hasta el barbado;
pero en éste, oficiales y peones
me han puesto como veis; ¡fiero atentado!
¿A mi bulto se atreven? ¡Grande insulto!
¿A mi bulto? Ya ven que no hablo á bulto.

Una cosa á manera de telonio
sobre mí ha colocado mano fiera,
la cual, sin levantarla testimonio,
yo no sé si es coraza ó es montera;
sólo sé que me miro hecha un demonio,
cargada mi cabeza de madera,
sin que sea consuelo en mi ansia amarga
ser común en el mundo aquesta carga.

Cuantos monarcas en Madrid entraron
en otoño, en invierno ó en estío,
todos en puras carnes me miraron,
que éstas han sido siempre el traje mío;
si en que estoy indecente repararon,
un delantal me pongan, y al avío;
que en lo de estar con pecho y piés al viento,
Mariblanca se ven de ciento en ciento.

Atiendan, soy mujer y soy curiosa
(ésto de lo primero se infería);
miren, señores, que es terrible cosa
que así me tengan sin que vea el día;
quiten aqueste estorbo que me acosa,
déjenme al sol, al aire y lluvia fría,
porque esto de cubrirse ó de taparse
siempre á la voluntad debe dejarse.

Que en aguja me miro convertida,
digo que dicen hombres y mujeres,

pero ésto para mí es mala comida,
pues no gusto de agujas ni alfileres;
que me descubran, pido por mi vida,
y goce de ser vista los placeres;
todos rueguen por mí con varios modos,
ya que el agua delante bailo á todos.»

En 1829 pudo la infeliz *Mariblanca* repetir sus quejas con idéntico motivo, pues también volvió á ser tapada con un armazón de lienzo y de madera, según refiere D. Ramón de Mesonero Romanos en su curiosa obra titulada *El Antiguo Madrid*.

«En 13 de Diciembre de 1829—dice—dió á la Puerta del Sol un espléndido espectáculo con el recibimiento solemne de la cuarta y última esposa de Fernando, Doña María Cristina, á quien acompañaban sus padres, los reyes de las Dos Sicilias, y que recibía con gran copia de esperanza y entusiasmo la triste y desventurada España.

«Entonces fué (1) cuando cubrió *Mariblanca* su extravagante fuente con un suntuoso templete del género clásico fastidioso, sobremontado en las cuatro esquinas con las estatuas de Colón, Hernán Cortés, Pizarro y Sebastián Elcano, y rematando, á guisa de tapadera, con un globo transparente del peor efecto posible.»

(1) Por lo visto el Sr. Mesonero no tenía noticias, ó no hizo memoria al escribir estas líneas, de aquel anterior "tapamiento" de la *Mariblanca*.

III

El Municipio madrileño á fines de 1838 creyó que la fuente estorbaba en aquel sitio y mandó quitarla.

En un periódico—«capricho periodístico»—que por aquel tiempo publicaban en Madrid los notables escritores D. Santos López Pelegrín, *Abenamar*, y D. Antonio M. Segovia, *el Estudiante*, con el título formado por ambos pseudónimos, el señor Segovia insertó un curioso artículo político-literario, lamentando la suerte de la *Mariblanca*.

«La revolución, señores míos—escribía dirigiéndose á los que vivían en provincias,—la revolución ha llegado ya... ¿Adónde diréis? A MARIBLANCA. ¿Vosotros no conocéis á Mariblanca? ¡Ah! Bien digo yo que sois muy desgraciados. Mariblanca es la Venus de Madrid, algo diferente de la de Médicis en la belleza de sus formas; es la diosa tutelar de los aguadores; es la divinidad de la famosa Puerta del Sol; es, en fin, la estatua de piedra que *estaba* colocada sobre la fuente de aquella plaza, por tantos títulos grande.

»*Estaba* he dicho, y no *está* porque ya ¡ay Dios! no hay fuente ni Mariblanca. La destructora piqueta acaba de cebarse

en este portento de la arquitectura y de la escultura españolas; ya no hay Mariblanca ni fuente. De una y otra no quedan ni vestigios, ni más ni menos que de la cuádruple alianza; ya no hay fuente ni Mariblanca...

»¡Ah, Mariblanca! Tú que has presidido y presenciado tantas procesiones y tantas asonadas; tantas entradas en triunfo y tantas salidas de pavana; el glorioso *Dos de Mayo* y el heroico pronunciamiento de Car-dero!...

»Tú, cuya presencia autorizaba de día los embustes de los noticieros, los ajustes de los caleseros, las disputas de los agadores asturianos, la devoción de los que, á tus pies, oían misa de dos en el Buen Suceso!...

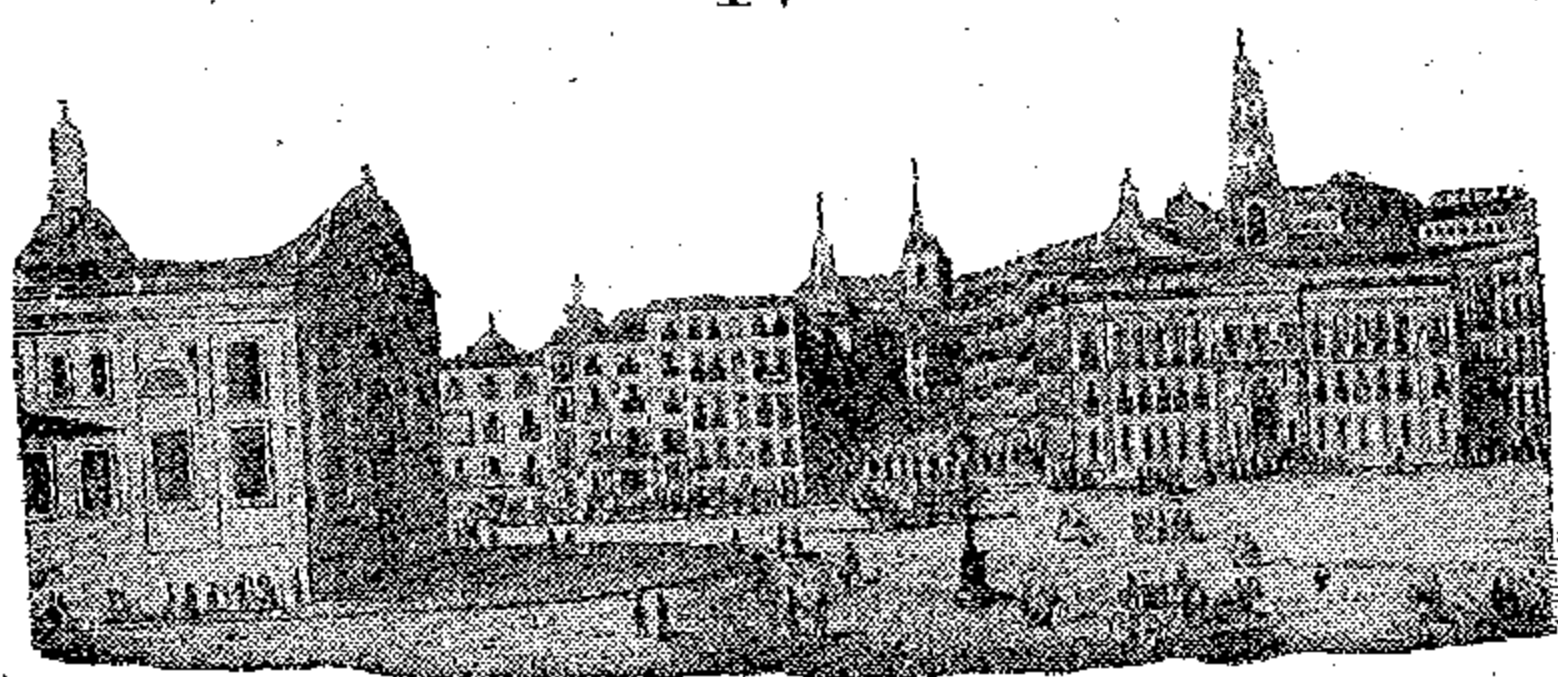
»Tú, cuyo silencio prudente encubría de noche los embelecos de los pobres vergonzantes, las trapisondas de los amores vergonzosos, los hurtos de los rateros, la provocación de las rameras, la desesperación de los jugadores que se retiran á sus casas sin un real ni un adarme de juicio!...

»Tú, á quien España toda conocía por tu atendida reputación y la celebridad de tu nombre!... ¡Ah! Ya no existes; ya te arrojaron inhumanamente del sitio que tantos siglos ha ocupabas, y de que nunca podías esperar ser desposeída.

»El destronamiento del rey de Argel, la proscripción de Carlos X y toda su dinastía, no tienen á mis ojos tanta importancia ni pueden servir mejor que tu expulsión para ejemplo de la inestabilidad de las cosas humanas.

»La posteridad, sin embargo, te hará justicia, ¡oh Mariblanca!; tu nombre nunca se borrará de la memoria del pueblo madrileño, y algún día tal vez cantará tus alabanzas en métrica armonía este tu compatriota á quien, por ahora, sólo consiente el dolor dedicar en tu obsequio estas prosaicas líneas.»

IV



LA PUERTA DEL SOL EN 1818, CON LA FAROLA MONSTRUO

Acaso el Concejo de esta villa de «los osos y del madroño», movido por aquellas humorísticas lamentaciones, dispuso la traslación de la fuente con su *Mariblanca* á la plaza de las Descalzas.

Algunos años después, los ediles matri-

tenses cayeron en la cuenta de que en la Puerta del Sol hacía falta algo, y de que ese algo era un *monumento* ó *cosa así*.

Hicieron proyectos y más proyectos, y, después de muchos entorpecimientos y paralizaciones, acabaron por colocar, donde estuvo la fuente, un *farol monstruo*, como le llamaron los periódicos.

En uno de éstos—*La España*, del 6 de Mayo de 1848,—y en un extenso artículo titulado *Revista de policía urbana de Madrid*, leíase lo siguiente:

«**Farola de la Puerta del Sol.** — En nuestra «gacetilla» del miércoles último hicimos notar la paralización en que se hallaba esta farola, y con gusto hemos sabido que va á ser colocada uno de estos días sobre la losa que cubre el recipiente de agua situado en el centro de la mencionada Puerta del Sol, una *de forma muy elegante*, sostenida por *un bello candelabro de hierro*, fundido en la fábrica del Sr. Bonaplata. La altura, magnitud é intensidad de la luz de gas (equivalente, si no estamos mal informados, á la de 40 farolas comunes) que ha de tener esta farola, decorará é iluminará ventajosamente toda la Puerta del Sol, y servirá de noche para señalar la dirección de los carruajes en aquella peligrosa confluencia de diez calles, las principales de Madrid.»

El día 20 de Junio ya estaba colocada la farola, y el 22, á la una de la madrugada, «se inauguró solemnemente», no como se ha inaugurado la *monumental farola* de 1897, sin más concurrencia que la de un centenar de *golfos*, que silbaban desesperadamente, y de los atónitos transeuntes, que al ver *el monumento* no acertaban á volver de «su apoteósis», sino con la presencia de los reyes, del corregidor conde de Vistahermosa, de muchos concejales y de numeroso público.

La inauguración de la *farola monstruo* de 1848, que era imitación de la que el municipio de París había colocado cuatro años antes en la plaza del Carrousel, coincidió con la reapertura del famoso *Liceo artístico y literario*, que presidía el duque de Riánsares, esposo de la reina madre Doña María Cristina. El renacimiento de aquella Sociedad fué celebrado con gran pompa, disponiéndose una función regia, á que concurrieron la reina Doña Isabel, el rey Don Francisco, la reina Madre, el cuerpo diplomático, la aristocracia madrileña y cuanto en Madrid había notable en artes, ciencias y literatura.

Comenzó la función cantándose un himno, compuesto por el maestro Arrieta, con letra de D. José Zorrilla; leyeron después poesías este insigne poeta, Rubí y Cañete;

representó la sección dramática la pieza *Por no explicarse*; hubo un intermedio, durante el cual refrescaron los invitados y visitaron la Exposición de pinturas en el mismo palacio del Liceo, donde había tres cuadros pintados por la reina; y después de acabar el concierto, que formaba la segunda y última parte de la función, dirigieronse todos á la Puerta del Sol, donde ya el corregidor esperaba al pie de la *farola*, y el farolero aguardaba en lo alto de ella, subido en la escalera, con la mecha en la mano.

Al divisarse el coche que conducía á los reyes, el farolero aplicó la mecha, lució el gas, primero débilmente, acompañando de un ruido «como el que produciría un fuelle de herrería», y á poco con todo su esplendor. SS. MM. detuviéronse breve rato hablando con el conde de Vistahermosa, al que felicitaron por aquella mejora, dirigiéndose en seguida á Palacio, en tanto que los grupos se disolvían y cada mochuelo buscaba su olivo.

V

Durante algunos días se habló bastante de *la farola*; algunos poetas la «sacaban á relucir» en sus versos, ya recordando otros tiempos,

«cuando en la corte española
no había asfalto ni gas,
ni lucía la farola,
ni la tropa hacía más
que dormirse á la bartola»;

ya al referirse á los sucesos extráñeros y
españoles que entonces preocupaban la
atención, diciendo:

«No temo yo que por eso
haya en Madrid batahola
ni algún lamentable exceso
que haga añicos *la farola*
ó el reloj del Buen Suceso»;

y hasta la musa infantil, admirada por la
presencia del farolero, que con su larga es-
calera cumplía diariamente su penosa mi-
sión, inspiró la popularísima coplilla que
se cantó durante muchos años, y aun creo
que todavía figura en el «vasto repertorio»
de los corros del Prado:

«Soy el farolero
de la puerta er Só;
cojo la escalera
y enciendo er faró.
Cuando está encendió
me pongo á contá
y siempre me sale
la cuenta cabal...»

Lo que prueba que aquel «farolero mu-
nicipal» era más afortunado que el Muni-
cipio, porque á éste casi nunca le salen ni
le han salido «sus cuentas cabales».

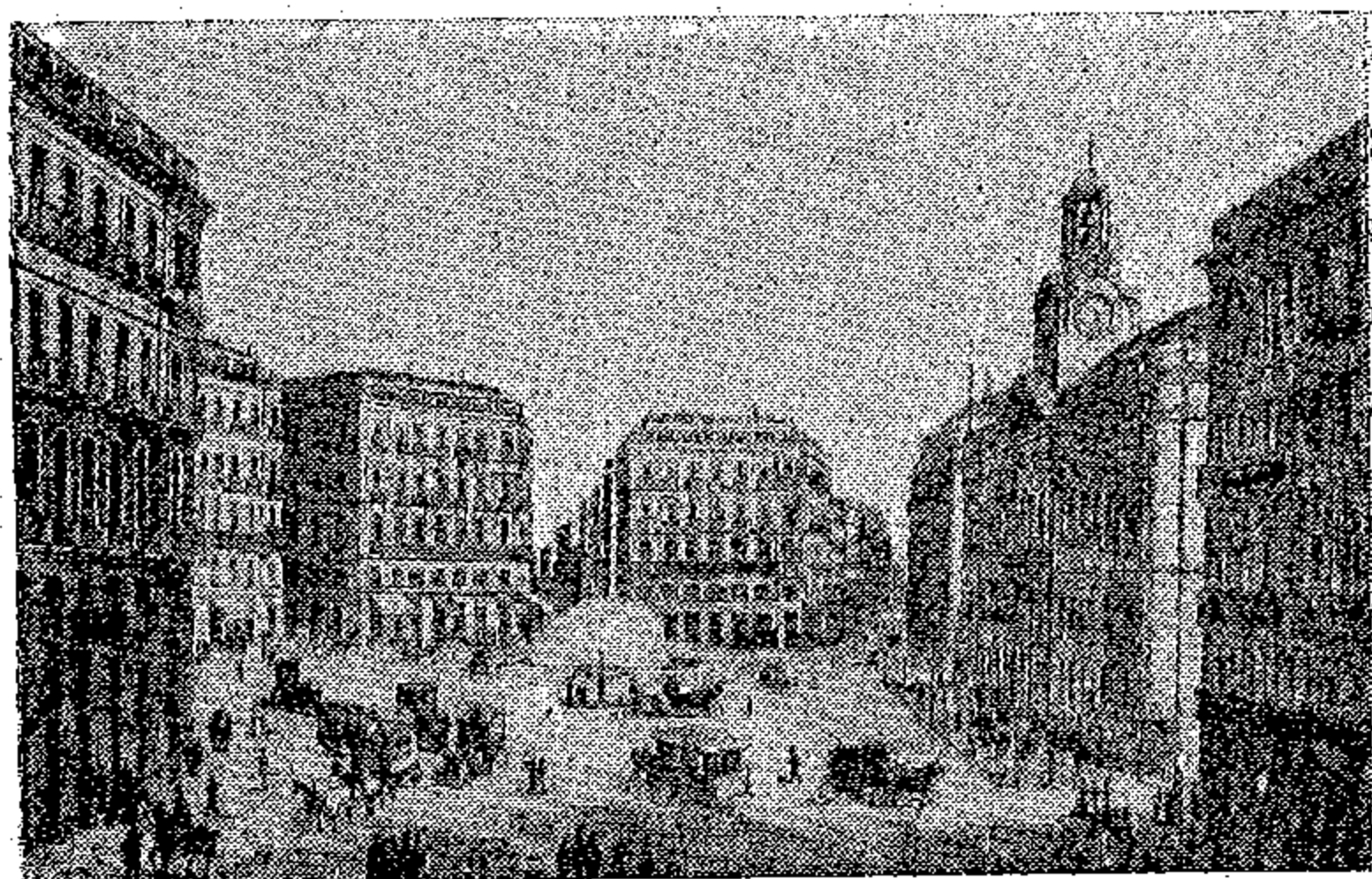
La «musa de los corros» tampoco olvidó

á la famosa *Mariblanca* de la antigua fuente, y en el cancionero infantil tiene este recuerdo:

«*Mariblanca*, en la Puerta er Só
cayó una monja y se reventó;
ayudármela á levantá
por amor de Dios.»

Suceso trágico y espantable, que debió ocurrir en los tiempos de «*Mariblanca*», pero del que no tengo otra noticia ni más pormenores.

VI



LA PUERTA DEL SOL EN 1860, con la fuente entonces nueva

Pasaron los años, que nunca pasan en balde; el crecimiento de la población y el progreso incesante de su comercio, de su industria, de su movimiento, de su vida,

hicieron indispensable el ensanche de la Puerta del Sol, cuyas obras terminaron en 1860. Entonces la antigua farola pareció fea é indigna del lugar, y se pensó en su substitución.

Un periódico decía en su sección de *Gaceta*:

«**Lo que fuere sonará.**—Dícese que en el centro de la Puerta del Sol, donde hoy se levanta la farola en su *desmedrada columna de hierro colado*, se erigirá otra *de mármol, á la altura del edificio* que ocupa el ministerio de la Gobernación, y cuyo coronamiento será un reloj de cuatro faces, una de las cuales corresponderá á la calle de Carretas, otra á las de Alcalá y Carrera de San Jerónimo, otra á las de la Montera y del Carmen, y á las del Arrenal y Mayor la última.»

Otros periódicos volvieron á hablar de erección de un «monumento» digno de aquel lugar y de esta corte; pero al fin se acordó por el Ayuntamiento poner en el centro una fuente *provisional*, porque en aquellos años la traída de las aguas del Lozoya había surtido la villa abundantemente.

La fuente nueva comenzó á correr el domingo 24 de Junio de 1860, día de San Juan; y si la colocación de la primer farola coincidió con una fiesta regia, el renaci-



imiento del Liceo, la «inauguración» de la fuente figura en fecha memorable por un suceso fausto para la familia real, que andando el tiempo llegó á tener gran importancia para la nación. Aquel mismo día nació y fué bautizada en el palacio real de Madrid una hija de la infanta Doña María Luisa Fernanda. Aquella niña, á la que pusieron por nombre María de las Mercedes, diez y siete años después fué reina de España, por su enlace con su primo D. Alfonso XII.

También algunos poetas fueron á beber, no sé si en la fuente Castalia ó en la Hipocrene, para entonar canciones á la nueva fuente, aunque *provisional*, y hubo versos como estos, con que comenzaba un romance que ahora recuerdo:

«Bien venida seas, fuente,
con *tus cándidas espumas*,
á la que, *sin merecerlo*,
Puerta del Sol se intitula.»

Y entre las frases ingeniosas de aquellos días se recuerda una del popular escritor Fernández y González, que admirado viendo el grueso caño central de la fuente que se elevaba recto á grandísima altura, exclamó con su habitual hiperbólico lenguaje:

«—Eso no es una fuente; es un río puesto en pie.»

VII

Como la fuente era *provisional*, ha permanecido en aquel sitio durante treinta y seis años. Ya á mediados de 1886 el Municipio acordó quitarla, y yo *la hice hablar y lamentarse de ello* en el cuadro tercero de LA GRAN VÍA por boca de la guapísima tiple Joaquina Pino, que por cierto decía con mucha gracia los versos, que no copio, así por ser míos, como por ser de sobra conocidos.

Tengo la presunción, sin embargo, de que á Joaquina Pino y á mí nos debió la fuente el permanecer algunos años más en su sitio; pero al fin, hace un año fué quitada de allí y llevada no se sabe dónde, y de nuevo comenzaron los planes y los proyectos para reemplazarla dignamente.

Y se volvió á hablar de un monumento que simbolizara las glorias de Madrid, y luego se pensó en una gran farola, que á la vez iluminara brillantemente la extensa plaza y tuviera aspecto *monumental*, y se habló después de proyectos presentados por notabilísimos artistas, hasta que, al fin, todo quedó reducido á colocar un candelabro con nueve farolas, feo y deslucido, que ha dado ocasión á censuras, chanzas y epigramas contra el Municipio, y que fué

«inaugurado» tímidamente, sin pompa ni aparato, lo que no le libró de una silba, que es en este asunto lo único verdaderamente *monumental* que ha habido.

Ahora el Ayuntamiento, para disculparse, dice que esa farola, á la que ya el pueblo ha puesto el gracioso y «apropiado» mote de *La Alcachofa*, es *provisional*, como era la fuente, de modo que «alcachofita», es decir, farolita tenemos para rato.

Pero, al fin, la quitarán, esto es seguro, y en su lugar pondrán otra fuente, pues, por lo visto, fuentes y farolas, como los partidos gubernamentales, observan fielmente el «turno pacífico» en la Puerta del Sol.

Se quitó una fuente y se puso una farola; se quitó la farola y se puso otra fuente; se quitó la otra fuente y se pone otra farola: cuando se quite esta farola, la tercera fuente es inevitable.

Sin perjuicio de seguir «amenizando los intermedios» con proyectos de *monumentos*, dignos de la capital de la nación española.

Abril de 1897.



ANTONIO MORO

El rey católico y el pintor Moro

Chascarrillo histórico

I

Fué Antonio Moro pintor
holandés, que á España vino
reinando el Emperador,
y logró especial favor
por su genio peregrino;

que el noble César hispano
que en ocasión singular

se honró sirviendo al Ticiano,
á él también quiso premiar
con su favor soberano;

tanto que en la corte á coro
decían, y era verdad:

—Vale este Moro un tesoro,
y más dichoso no hay Moro
en toda la cristiandad.

Aunque adusto por instinto
y de genio muy distinto,
áspero, altivo, iracundo,
quiso Felipe Segundo
imitar á Carlos Quinto.

y á Moro favoreció,
y aun á veces le trató
con franqueza tan extraña,
que yá ante él se prosternó
toda la corte de España,

y grandes y cortesanos,
aunque envidiosos y vanos,
le adulaban á porfía
y se mostraban ufanos
si Moro les sonreía.

Y al ver el regio favor,
aquella asombrada grey
murmuraba:—Pues, señor;
se pinta solo el pintor
para cautivar al rey.

II

Pero un día no esperado
corrió un rumor, escuchado
con sorpresa y emoción:
Moro estaba denunciado
á la Santa Inquisición,

pues pagó mal la bondad,
que le ensalza y privilegia,
y—¡loca temeridad!—
atentó á la sacra, regia,
católica majestad.

Y con terrible concierto
todos, contra el perseguido,
pidieron castigo cierto,
que ya era refrán sabido:
«Gran lanzada á Moro muerto.»

¿Cuál la causa pudo ser
que tan bajo hizo caer
á quien tan alto subió?
¿Cómo se pudo atrever
á quien nadie se atrevió?

III ♦

Ello fué que estando un día
en su taller trabajando,
entró el rey, como solía,

y de puntillas andando,
pues sorprenderle quería,

colocándose tras él,
ante los nobles que aquel
juego vieron con asombro,
un golpe le dió en el hombro,
empujándole el pincel.

Púsose en pie con presteza
el pintor, y no pudiendo
poner freno á su viveza,
dió al rey un golpe tremendo
con el tiento en la cabeza.

Marchóse el rey sin chistar,
aunque afrentado y corrido,
y los nobles, sin pesar,
vieron al pintor perdido
y sin poder escapar,

pues pronto la Inquisición
supo la terrible acción
del vasallo contra el rey,
y pidió la aplicación
de la más severa ley.

Pero el pintor, amparado
por fuerte influencia extraña,
dejó al tribunal burlado
y logró salir de España
sin ser por él castigado.

IV

—Fué el crimen horripilante,
mas se explica su fortuna—
dijo un noble,—pues no obstante,
en su acción ha habido una
circunstancia atenuante.

Y aunque á tal atrevimiento
pena de muerte la ley
señala para escarmiento...
es verdad que pegó al rey,
pero le pegó... *con tiento.*



LOS VENDEDORES DE PERIÓDICOS

I

Hace ya muchos años, á principios de 1872, se publicó en Madrid una obra titulada *Los Españoles de hogaño*, que era imitación, y en cierto modo continuación, complemento ó segunda parte de otra obra, que había logrado grande y merecido éxito, publicada algunos años antes—en 1844—con el título de *Los Españoles pintados por sí mismos*.



En aquella obra, como en ésta, á cada uno de los escritores más notables y estimados en la época de la publicación había correspondido hacer el retrato moral, la semblanza y el estudio de un tipo español contemporáneo; pero todo ello como ligero apunte, dentro de los estrechos límites de un brevísimo artículo.

A un escritor muy ilustrado é ingenioso, que afortunadamente vive todavía, y que á la sazón era muy joven, tocó en suerte presentar el tipo de *El vendedor de periódicos*, y forzoso es confesar que, aparte la gallardía de la forma, y á pesar de algunas excepciones y salvedades que hizo en descargo de su conciencia honrada, el tipo no salió muy bien librado de su acerada pluma; y esto de «acerada», no lo digo sólo por suponer que escribía con «pluma de acero».

Para aquel distinguido escritor, el vendedor de periódicos «pertenecía á la clase de gentes sin oficio ni beneficio», que «lograba vivir sin trabajar, porque no creo, decía, que haya quien sostenga que es una profesión ó un oficio eso de vender periódicos»; y después de consignar contadísimas excepciones, afirmaba que la mayoría de los vendedores eran «chicos desarrapados, mozos holgazanes, gente de mal vivir; en una palabra, que lo mismo venden un periódico que *extraen* un reloj *sin dolor*; muchachas desenvueltas, ayudantas de los tomadores del dos; viejas viciosas...» Ofrecía como argumento poderosísimo para demostrar la desconfianza que inspiraba *la clase*, que «se les obligaba á pagar el pedido por adelantado», y terminaba el artículo pronosticando que el tipo del vendedor

de periódicos «estaba llamado á desaparecer muy pronto», y estremeciéndose al pensar que así no fuera, ¡PORQUE VENDRÍA EL DESQUICIAMIENTO GENERAL!

Los años han pasado —veintisiete han transcurrido ya desde la publicación de *Los Españoles de hogño*,—y el tipo del vendedor de periódicos no ha desaparecido; aumentando, por el contrario, el número de los vendedores en natural proporción al aumento grandísimo y constante de diarios, periódicos y revistas de todo género y á las enormes tiradas de los «de gran circulación»; y, no obstante los fatídicos augurios de aquel excelente escritor,

ni han temblado las esferas,
ni se ha hundido el firmamento.

En la época constitucional de 1820 á 1823, fué acaso, de los tiempos anteriores á la revolución del 68, cuando mayor número de periódicos se han publicado en Madrid; muchos sólo se vendían en las librerías de Brun y de Paz, y era limitado el número de los que tenían el nombre de «periódicos callejeros» por expendarlos vendedores ambulantes.

Eran éstos en su mayor parte, los ciegos que recorrían «calles y callejuelas, pla-

zas y plazuelas», y entre sus coplas pican-
tes y sus romances terroríficos gritaban:
«El papel que ha salido nuevo. ¿Quién com-
pra este papel útil y curioso?...» y las es-
portilleras, «mujeres que estaban sentadas
en la Puerta del Sol, haciendo descansar
las nalgas sobre los talones de sus pies con
su esportilla periódica delante...», como de-
cía *La Periódico-manía*, revista satírica de
aquellos tiempos.

Los vendedores de periódicos se han cen-
tuplicado y hoy siguen «expendiendo hon-
radamente su mercancía», ya en cómodos
y hasta «casi elegantes» kioscos levantados
en lugares de gran tránsito público, ya en
los puestos situados en las entradas de los
cafés y *restaurants*, ó en determinados si-
tios de la vía pública donde no entorpecen
la circulación, ya llevándolos «á domicilio»
para servir á sus constantes parroquianos,
ya corriendo por las calles y desgañitán-
dose á fuerza de dar voces, ó situándose á
pie firme siempre en el mismo lugar, para
ofrecer á los transeuntes, en larguísima re-
tahila de títulos, los periódicos y revistas
del día, ó los «extraordinarios y hojas
sueltas que acaban de salir ahora».

Cierto es que *todavía* no se han dedica-
do á la venta callejera de los periódicos
doctores, artistas, diputados, aristócratas,
títulos de Castilla ni próceres del reino,

aun cuando ya algunos, especialmente de los primeros, han tomado parte en oposiciones para «optar» á plazas de escribientes, dotadas con 4 ó 5.000 reales anuales—vendedor de periódicos hay que gana tanto ó más al año;—cierto es que *hasta ahora* los vendedores de periódicos son, en su mayoría, gente pobre y humilde, pero no por ello menos digna de estimación, en tanto que por otros hechos no la pierda, pues no veo la razón de que sea considerado como *holgazán* despreciable ó como tipo *sin oficio ni beneficio* el que «expone» su modestísimo capital para comprar un veinticinco de *El Liberal*, de *El Imparcial* ó de *La Correspondencia*, de *La Revista Moderna*, de *Blanco y Negro* ó de *Nuevo Mundo*, y, cansando sus piernas y fatigando su garganta, en verano sudoroso y jadeante, sufriendo los abrasadores rayos del sol, y en invierno aterido y dando tiritones, calado hasta los huesos y soportando las inclemencias del viento, de la lluvia y de la nieve, procura colocar su mercancía para atender con su legítima ganancia á las más apremiantes necesidades de la vida.

No es menos cierto, por desgracia, y nadie se atrevería á negarlo, que en esa, como en todas las clases de la sociedad, hay bue-

no y malo; gente honrada, que se atiene al provecho legítimo de su especulación, que,



como otras lícitas «especulaciones» de su índole, pudiéramos llamar el «género chico del comercio», y gente de dormida conciencia y de torpes apetitos, que comete faltas, abusos, y hasta delitos merecedores de enérgica censura y de ejemplar castigo.

Pero ¿es extraño que entre esas infelices chicas, pobres, sin educación, sin amparo, sin

otra defensa contra el mal que su propio instinto, haya algunas dotadas de encantos naturales, que, como dice el articulista de *Los Españoles de hogaño*, «se pierdan muy pronto en el camino de la prostitución» impulsadas por su condición, estimuladas por pérfidos consejos ó por fascinadores ejemplos, ó arrastradas por el deseo de gustar bienes y placeres desconocidos, cuando á diario la prensa refiere escándalos y liviandades de princesas y de damas de alta prosapia, criadas con regalo y educadas con esmero, que arrastran por

el lodo, en desenfrenadas aventuras, nombres esclarecidos é ilustres blasones?

¿Es extraño que entre los innumerables chicuelos, de que la sociedad sólo se cuida para castigarlos si delinquen, y para exigirles el cumplimiento de sus deberes de ciudadanos; que jamás pisaron una escuela, ni un templo; que nunca supieron lo que son cuidados ni caricias, y, en cambio, saben desde que nacen lo que son privaciones, desprecios y castigos, haya algunos malos y aun criminales por perversidad de instinto ó por influencia de infames compañías, cuando en estos benditos tiempos que alcanzamos vemos en España como en el Extranjero hombres de carrera, de posición, de renombre, concejales, jueces, diputados y hasta ministros, encausados los unos, condenados los otros por los tribunales, y señalados muchos por la opinión pública como autores de cohechos, fraudes y prevaricaciones?

En cuanto al «poderoso argumento» presentado por aquel escritor contra los vendedores de periódicos, diciendo que «es tal la confian-



za que inspiren que se les obliga á pagar el pedido por adelantado*, basta un recuerdo sencillísimo para echarlo por tierra.

Todos los caseros de Madrid, y creo que todos los del mundo, exigen á los inquilinos, sin tener en cuenta para nada su calidad, posición ó respetabilidad, *un mes adelantado y otro mes en fianza*. Si aquel argumento tuviera fuerza sería cosa de formar un tristísimo juicio del vecindario de Madrid, por ejemplo, y algún escritor, al referirse á los vecinos de esta villa y corte, podría decir: «Es tal la confianza que inspiren que se les obliga á pagar por meses adelantados el arrendamiento de las casas, y aun se les exige el importe de otro mes, como fianza, por lo que pueda tronar.»

Yo creo que esta clase, por lo mismo que es hoy tan numerosa; por lo mismo que la abundancia de diarios, de revistas «de gran circulación» es mayor cada día; por lo mismo que el oficio de vender periódicos da ocupación y provecho á muchas gentes, apartándolas de la holgazanería y procurándolas honrado modo de subsistir, y aun por lo mismo de caber en ella otras que pueden cometer abusos y aun delitos, es muy digna de que las autoridades y las empresas periodísticas se ocupen de ella,

procurando su mejoramiento por medio de una acertada organización.

Y si después de *Los Españoles pintados por sí mismos* y de *Los Españoles de hogaño*, algún día se publicara una tercera parte, el escritor á quien tocara pintar el tipo del vendedor de periódicos tendría que poner en su paleta colores menos oscuros y tonos menos sombríos para hacer el retrato.

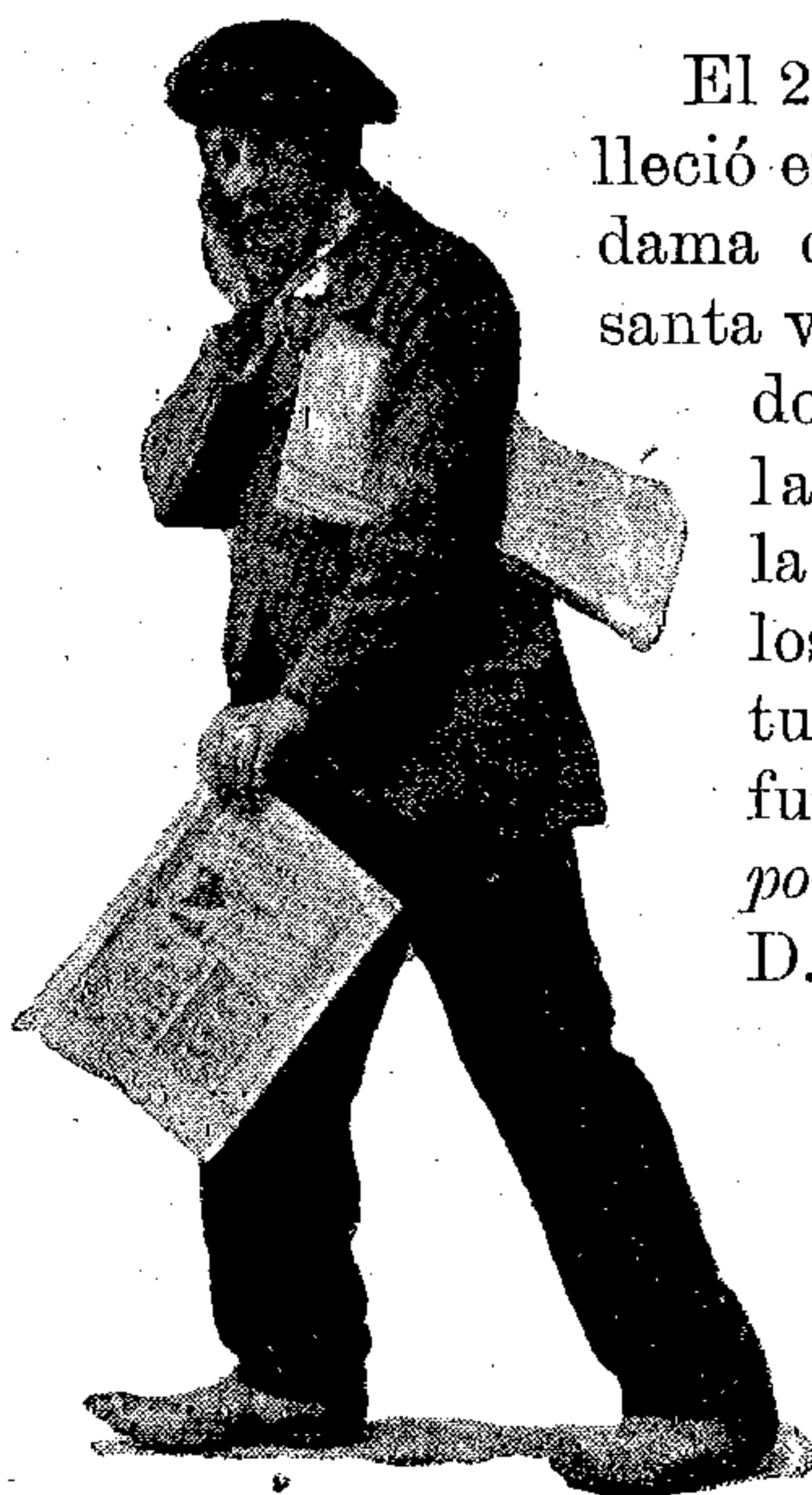
¡Quién sabe! Acaso intente yo hacerlo en otro artículo, á que éste serviría de prefacio.

Por hoy hago punto. Pero al hacerlo recibo el cuaderno último de una notable revista parisiense, *La Lectura Illustrée*, y en su primer artículo, dedicado al «voceador de periódicos», encuentro esta frase que traduzco, porque me parece el final más á propósito para este artículo:

«El voceador de periódicos es «un artista». Echa los bofes, corre, especie de Judío errante, persiguiendo un mezquino jornal... y va, alta la frente, hacia los barrios donde hormiguea la muchedumbre, con un poco del orgullo de los antiguos mensajeros, que, derrengados y sin alientos, llevaban las noticias de las batallas á los coros de la tragedia.»

Abril, 1897.

II



El 29 de Abril de 1897 falleció en Madrid la virtuosa dama que compartió, en la santa vida del hogar honrado, las amarguras de las contrariedades de la suerte y los goces de los favores de la fortuna con el inolvidable fundador de *La Correspondencia de España*, D. Manuel M. de Santa Ana, quien ocupó constantemente su larga y provechosa existencia, en unión de su digna compañera, en las fatigosas luchas del tra-

bajo y en las nobles empresas de la caridad.

El popular periódico de la noche dió á sus lectores noticia extensa del sepelio de la estimadísima señora, en que hubo grande y sincera manifestación de duelo, y en aquella noticia leí, con verdadera emoción, estos dos párrafos que seguidamente reproduzco:

«En un landó se habían colocado las demás coronas, entre ellas una muy bonita, de flores naturales, que los vendedores de *La Correspondencia* habían depositado por la mañana en la casa mortuoria.»

«Al llegar al cementerio, el féretro fué conducido en hombros de los vendedores del periódico á la capilla, donde se cantaron solemnes preces por el alma de la caritativa dama.»

Después de haber leído estas líneas, causóme íntima y verdadera satisfacción el recuerdo de haber escrito mi anterior artículo—que ya estaba en la imprenta—tomando la defensa de una clase pobre y humilde, en la cual, siendo hoy muy numerosa, son los malos los menos, y la mayoría sabe dar, cuando hay ocasión para ello, muestras tan loables de honrados sentimientos, de admiración y respeto á la virtud y de agradecimiento al favor y al beneficio.

Alguna vez he presenciado el curioso espectáculo que á las siete de la mañana se repite diariamente en el gran salón del edificio de *El Liberal* destinado á la «entrega de papel» á los vendedores. Gran número de ellos invade el espacioso local cuando se acerca la hora de la salida del

periódico, entre ellos los *corredores* y *paqueteros*, que reparten los ejemplares á los puestos de los cafés y á los kioscos. Después de abonar en una de las ventanillas de la verja que los separa de los encargados de entregar los números el importe de los que quieren llevar, recibiendo la ficha de latón correspondiente, unos esperan formando animados grupos en que se charla, se bromea y se ríe; otros corren á la redacción de *El Imparcial*, ó de otros periódicos de la mañana, para «sacar papel» para ellos y para algunos compañeros, que les dan el importe de los ejemplares y quedan, á su vez, con el encargo de recoger los *veinticinco* de aquéllos, después de acordar el sitio en que han de reunirse para hacer el cambio de los números respectivos.

Y hay tanta formalidad en estos «contratos verbales», que jamás se ha dado el caso de haber cuestiones por la más leve falta de cumplimiento.

Las conversaciones de los que permanecen aguardando «la salida del papel» y de los que vienen ya de otras redacciones suelen ser chistosísimas é interesantes.

Los vendedores comentan con peregrinas ocurrencias, y á veces con picante malicia, los acontecimientos más salientes del día, los sucesos de las guerras, las cuestio-

nes internacionales, los asuntos financieros, la marcha de la política, las catástrofes y los crímenes, y casi siempre adivinan con singular perspicacia cuáles son los que más han de interesar al público y han de aumentar la venta de los periódicos, aumentando ellos, por consiguiente, sus pedidos.

—Oye tú, *Zancas*—dice un chicuelo bajito y regordete á otro de más edad, largo y flacucho, que está á su lado.—¡Buen crimen el de anoche en la calle de la Arganzuela! ¿Verdaz?

—¡Quita de ahí!—responde desdeñosamente el interrogado.—*Pa* mí que eso no hace que se vendan cuatro números más. Un borracho que le ha dado dos puñaladas á la parienta, tres á la suegra y cuatro á un perro de lanas que tenían como de la familia, y que luego se tiró por una ventana, estropeando al sereno, que estaba parado en la acera. ¡Bah! Lo de siempre. Una noticia de veinte líneas y á otra cosa.

—Y que lo digas—agrega un tercero.—Si el borracho hubiera matado á su mujer por haberla encontrado, verbo en gracia, con un duque, y el duque, al verse cogido, hubiera matado al borracho y á la suegra, y la suegra en la agonía hubiera mordido



al perro, y el perro le hubiera arrancado un faldón de la levita al duque, y el duque se hubiera tirado por la ventana, estropeando á un sacerdote que pasaba, y

él hubiera escapado sano, y el clero tomara cartas en el asunto, y el Gobierno se empeñara en salvar al duque y le echara la culpa á un barbero, novio de la suegra, y lo metieran en la cárcel, y al barbero le protegiera una

marquesa, amante del duque, y el juez fuera probando el faldón á ver á quién le venía bien, y el perro anduviera oliendo duques y barberos, á ver si daba con el criminal..., ya verías tú cómo no había *manos pa despachar manos*.

—Pues está claro. Desde «aquello» de la calle de Fuencarral no se comete en Madrid un crimen que valga dos reales...

Si alguno se figura que esto indica perversidad de sentimientos ó deseo del mal del prójimo, se equivoca. Eso es crítica inconsciente, pero acertada, de ese público

numerosísimo que lee sin interés ó «pasa por alto» el relato de una acción noble ó heroica; el elogio de un buen escritor ó de un ilustre artista; el artículo literario ó el trabajo político razonado y prudente, y en cambio busca con avidez y saborea con deleite la narración de un crimen monstruoso ó repugnante; la diatriba personal que ataca una honra y provoca un escándalo, y la sátira mordaz, injuriosa y grosera que escarnece y maltrata sin hacer posible la defensa ni el castigo.

—Oye tú, Remigio—dice una vendedora á un viejo que espera sentado sobre uno de los enormes cilindros de papel en que se tira el periódico.—¿Quién te parece á ti que va á ganar en ese lío de los turcos y de los griegos?

—Por lo que dice *El Liberal*, parece que hasta ahora los turcos van pegando.

—¡Toma! ¿Y él qué va á decir? Como que tiene la casa en la calle del Turco.

—¿Sabéis—dice uno de otro grupo—que dicen que va á caer el Gobierno?

—Así sea luego *pa* que haya extraordinario.

—Dicen que ya el ministro de Hacienda no puede con la trampa que tiene.

—Naturalmente. Pues por eso «á todo esto» se lo va á llevar la trampa.



MARIA MONTES

El vendedor de periódicos, por regla general, cuando se ocupa de política es siempre «de oposición», aun el que vende periódicos ministeriales. Y en las épocas de intransigencias, de reacción y de persecuciones políticas, en que se denuncian diarios y se persigue á los que los venden, éstos han dado más de una prueba de valor, de ingenio y de travesura para resistir los bruscos ataques y aun los atropellos de la policía, y para burlarse de los más temibles y astutos agentes de la autoridad.

En una zarzuelita estrenada hace diez ó doce años con grande y merecido aplauso, *Coro de señoras*, la graciosísima tiple María Montes representaba el papel de un chicuelo, vendedor de periódicos, y cantaba una can-

ción, que fué muy celebrada, y en la que hay estos versos:

«Vendo tres «veinticinco»
de *Liberales*
y de *Correspondencias*
y de *Imparciales*.

En cuanto que publican
una hoja suelta,
ya la estoy yo tomando
si admiten vuelta.

Cuando está un menisterio
si se las lía,
se denuncian papeles
y hay recogía.

Pero yo se los largo
á los letores
y me río de guardias
y de inspetores.»

La copla se repetía tres y cuatro veces.

Por aquellos tiempos la prensa de oposición sufría denuncias diarias, y los vendedores de periódicos persecución constante. El Gobierno había declarado «oficialmente» la existencia del cólera en Madrid; el comercio había protestado; la opinión veía en ello un ardid político; la prensa ponía el grito en el cielo, y hubo cierre de tiendas, carreras, tumultos, tiros, heridos y muertos. Casi todos los periódicos eran denunciados aun antes de publicarse, y no sólo se prohibió por el Gobernador á los vendedores que pregonaran lo

que contenían los no denunciados, sino que hasta dió órdenes severas para que ni les permitieran vocear los títulos de los diarios.

Entonces los vendedores discurrieron recursos ingeniosísimos para burlar aquella disposición arbitraria. Primero se pusieron en los sombreros y en las gorras, ó prendidos con alfileres en el pecho, los títulos de los periódicos que vendían, recortados de las cabeceras de los números; después «bautizaron» ó, mejor dicho, «confirmaron» á cada periódico con un nombre, que ya el público conocía cuando los pregonaban por haber sido publicado previamente, y *La Correspondencia* era Enrique, y *El Imparcial*, Marcial, y *El Globo*, Martín, y *El Liberal*, Pepe, y *El Porvenir*, Manuel, y *El Correo*, Camilo, y *El Día*, Pedro, y *La República*, Paco...

Y algunos vendedores voceaban su mercancía con estos y otros semejantes pregones:

«A perro chico papel para matar microbios.»

«El gorro de dormir que acaba de salir.»

«Caballero, lo que no puede decirse, á cinco céntimos.»

«La propiedad de Santana por un perro chico.»

«A cinco céntimos gotas de sangre.»

Un periódico daba noticia de estos y de otros pregones, en su número del 22 de Junio de 1885, y agregaba: «Los vendedores que voceaban ayer de este modo eran llevados á la cárcel inmediatamente.»

Porque los vendedores de periódicos, sólo en casos como éstos, suelen «dar ocupación» á la policía é ir á las prevenciones y á la cárcel.

Algunos hay que engañan al público vendiendo números atrasados por corrientes, pregonando con voces atronadoras *extraordinarios* con las más estupendas noticias, que después los engañados lectores no encuentran en los números *ordinarios*, ya *sobrantes* de la mañana, que aquéllos venden por la tarde con tan punible ardid, y que cometen otros abusos dignos de corrección enérgica. Pero éstos son los menos—los más se alegrarían de verlos castigados,—y en muchas ocasiones no son «vendedores de profesión» los que tal hacen, sino *golfs* buscados con tal objeto por algunos «caballeros particulares», que á su vez procuran engañar al público, dando «hojas» que, con títulos artificiosamente dispuestos, aparentan ser «extraordinarios» de la *Gaceta* ó de los periódicos de gran circulación.

Los «verdaderos» vendedores de periódicos son gente más formal, más honrada, y, no obstante su genio alegre y chancero, más *seria* «para estas cosas».

En mi anterior artículo dije que *todavía* no se habían dedicado á vender periódicos doctores, aristócratas, *diputados*, etc., y hoy ya me veo precisado á hacer una rectificación.

Algunos diarios italianos sufren actualmente persecución gubernativa. El periódico socialista *Avanti*, que se publica en Roma, es con mucha frecuencia denunciado, secuestrados sus ejemplares y atropellados sus vendedores por los agentes de la autoridad.

Dos diputados socialistas, los Sres. Bisolati y Morgari, amparados por la impunidad parlamentaria, quisieron, hace pocos días, contrarrestar aquella persecución, y tomando los ejemplares de manos de los vendedores, pusiéronse á pregonarlos y á venderlos públicamente, recorriendo calles y plazas con gran risa y alborozo del público, que se apresuraba á comprar los números, y con gran estupefacción y bochorno de los polizontes, que, atortolados por lo imprevisto del caso, no sabían qué partido tomar.

CHUCHERÍAS

«El mundo marcha», dijo hace tiempo Pelletan. ¡Ya lo creo! Hoy acaso diría: «El mundo vuela.»

Ya hay diputados que se convierten en vendedores de periódicos.

No será extraño que cualquier día haya vendedores de periódicos que lleguen á ser diputados.

De menos nos hizo Dios, y de menos han hecho los Gobiernos á algunos padres de la patria.

Mayo, 1897.





FERNANDO SEPTIMO.

*Restituido a España en 27 de Marzo de 1814.
Entró en Valencia en 16 de Abril del mismo año.*

Los mismos perros...

I

Siempre hubo en todos los tiempos,
como hay en los pueblos todos,
turbas de alborotadores
sin conciencia y sin meollo;

que al secundar con escándalo
al que promueve alboroto,
ni les importa el motivo,
ni les inquieta el propósito.

Y lo mismo al que ha triunfado
levantan sobre sus hombros,
que pisan al que ha caído
con irreflexivo encono.

Si la Libertad se impone
son terribles demagogos,
si la reacción domina
son reaccionarios furiosos.

Cuando al rey Fernando Séptimo,
por sus perfidias y dolos,
en las Cortes sevillanas
la nación declaró loco,

al ser trasladado á Cádiz,
como lugar á propósito
lejos de los «invasores»
en que él buscaba su apoyo,

con silbas y chanzonetas
le despidió el pueblo todo,
llamándole *Narizotas*
y otros motes irrisorios.

Los «exaltados de siempre»,
no contentos con «tan poco»,

dando ¡muertas! pretendían
no dejar de él ni despojos,

y no pudiendo lograrlo,
le acometieron furiosos
con «proyectiles de huerta»,
dándole alguno en el rostro.

II

De aquel rey para contento
y de España para oprobio,
triunfó la *invasión francesa*,
restaurando el ominoso

reinado del despotismo,
que volvió con más encono
á satisfacer venganzas
acrecentados sus odios.

Y el rey libre y satisfecho
volvió á su corte y su trono
jurando á los liberales
acabar, por fin, con todos.

Volvió á pasar por Sevilla
triunfante y lleno de gozo,
para que los sevillanos
sufrieran mayor bochorno,

y ansiosos los realistas
de demostrar su alborozo



le hicieron recibimiento
que á él mismo produjo asombro.

Los «exaltados de siempre»,
con más fervor que los otros,
puestos en primera fila
gritaban como demonios:

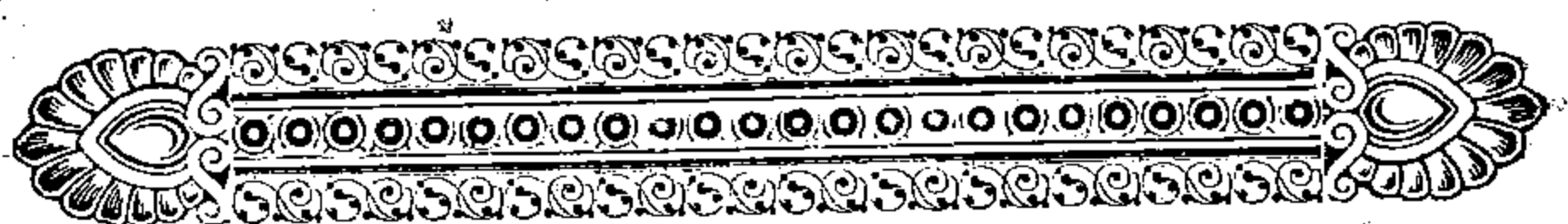
«¡Vivan, vivan las caenas!
¡Viva el rey jacarandoso
más arsoluto y más neto
de tos los reyes der globo!»

Y unos tiraban del coche,
y otros le echaban palomos,
versos y flores y ramos,
dándole alguno en el rostro.

Al ver tan grande entusiasmo,
sonriendo el «rey manolo»
á uno que le acompañaba
dijo con burlesco tono:

—Son los mismos... son los mismos...
Los conozco... los conozco...
Sólo que ahora me echan flores
y antes me tiraban tronchos.





LOS ESCANDALIZADORES EN LOS TEATROS

I

En la numerosa variedad de gentes alborotadoras que van á algunos teatros en noches de estreno con la piadosísima intención de *reventar* las obras, figura una especie de «reventadores» atolondrados é inconscientes, que sin propósito interesado de dañar, sin odio determinado á nadie y aun sin cabal idea de los perjuicios que ocasionan, sólo por afición al ruido y al escándalo, secundan y favorecen los intentos de los «verdaderos reventadores», que estimulados por cobardes deseos de venganza, impulsados por mezquinos intereses de empresa ó aguijoneados por la miserable paga esperada ó recibida, llevan al estreno el propósito deliberado de hacer fracasar la obra con perfecta impunidad,

aprovechando cualquier desliz del autor, cualquier equivocación de un comediante, cualquier torpeza del maquinista ó de un «asistencia», al bajar un telón ó al mover un «trasto», y aun cualquier accidente extraño á la obra y á la representación.

Los «escandalizadores teatrales» no van al teatro en noche de estreno á juzgar el mérito de la obra—¿qué entienden ellos de eso?;—van con la esperanza de que haya gresca y alboroto para poder refocilarse á sus anchas, haciendo el perro y el gallo y el burro, dando aullidos y patadas y bastonazos, rompiendo las butacas, que ninguna culpa tienen de que las obras sean buenas ó malas, é insultando con las palabras más soeces y con los modales más groseros á los espectadores que quieren escuchar tranquilamente para poder juzgar con conocimiento de causa, porque para eso «han pagado su dinero».

Pero ¿quién dijo tal cosa? El dinero que se paga por el billete no da derecho á oír—¡qué locura!,—da derecho á alborotar. Los más ilustraditos de los «escandalizadores» sacan en seguida á relucir el texto sagrado: «*Bualó* lo dijo.» Por supuesto, ya puede asegurarse que ninguno de ellos ha leído á

Boileau ni tiene otras noticias del satírico poeta francés.

Pero es innegable: Boileau lo dijo...; y como si lo hubiera dicho el mismísimo Espíritu Santo.

Más aún: podrá discutirse la «autoridad» de la tercera persona de la Trinidad Santísima; podrá ponerse en duda la veracidad de los cuatro evangelistas; podrá negarse rotundamente la infalibilidad del Sumo Pontífice, pero no acatar y reconocer ciega y sumisamente la autoridad, la veracidad y la infalibilidad de Boileau *en ese punto...* eso no hay «escandalizador» que lo tolere.

Y, sin embargo, el «cacareado» verso de Boileau, no separado de sus precedentes, más apariencias tiene de ironía que de axioma:

*«Le théâtre fertile en censeurs pointilleux
chez nous pour se produire est un champ périlleux.
Un auteur n'y fait pas de faciles conquêtes;
il trouve à le siffler des bouches toujours prêtes
chacun le peut traiter de fat et d'ignorant;
c'est un droit qu'à la porte on achète en entrant »*

Boileau, después de haber hablado del «espectador SIEMPRE perezoso para aplaudir», dice que «el teatro es fértil en censores quisquillosos»; que «el autor encuentra bocas SIEMPRE prontas á silbarle», y que «cualquiera puede tratarle de fatuo y de

ignorante...» Si después de esto el verso último no resulta satírica censura, es indudablemente porque se lee con ojos de «*reventador impenitente*».

Pero aunque Boileau lo hubiera dicho en serio y lo hubieran confirmado los Santos Padres de la Iglesia y los legisladores de todas las naciones, ¿quién no encuentra absurdo, cuando menos, que *se censure* un espectáculo por juzgarlo inculto, fastidioso ó *poco original*, dando otro espectáculo mucho menos *original*, mucho menos culto é infinitamente más molesto?

Ya en los tiempos de Cicerón los mancebos romanos iban al teatro á murmurar y á silbar, según refiere Lope, por boca de Celio, en su comedia *Lo que ha de ser*:

«Escriben que Cicerón,
oyendo al representante
Galo, que en Roma triunfante
tuvo excelente opinión,
vió silbar y murmurar
y que comenzó á decir:
—Mancebos, el escribir
es ingenio, y no el silbar.
Y esto al hombre se prohíbe,
porque en diferencia igual
silba más de un animal,
pero sólo el hombre escribe.»

Y ahora concierten como puedan los escandalizadores teatrales la PROHIBICIÓN *razonada* del inmortal orador romano y la

AUTORIZACIÓN *irónica* del satírico escritor francés.

En cuanto á la falta de cultura y sobra de molestia de aquellas manifestaciones ruidosas para *juzgar* una obra, basta hacer una sencilla comparación.

El libro menos tolerable jamás tiene frases como las que salen de labios de los «reventadores y escandalizadores» cuando, ya desenfrenados y atropellando todo respeto, convierten el teatro en plaza de toros; la música más *ratonera* y menos agradable nunca mortificará los oídos tanto como el atronador «concierto» de golpes, silbidos, aullidos y voces desaforadas de los censores *pointilleux*.

El ilustrado crítico francés Mr. Augusto Vitu, refiriendo en 1872 lo ocurrido en el estreno de una obra en París, porque en todas partes cuecen habas «escandalizadoras», escribía lo siguiente: «¡Qué alboroto, Dios mío! Los gritos, las interpelaciones, las *imitaciones de los animales*, el canto del gallo, el cacareo de la gallina, el relincho del caballo, y ¡hasta el mismísimo rebuzno del asno!, han ahogado por completo la voz de los artistas durante las últimas escenas. ¿Justificaba semejante severidad la obra estrenada, ni mejor ni peor que tantas otras aplaudidas? No quiero discutir este punto.

¿Por qué obras, situaciones, chistes del mismo género, unas veces «resultan», haciendo descoyuntarse de risa al público, y otras no agradan y son por el público rechazadas con indignación? Renuncio á buscar la clave de este profundo misterio.»

Alejandro Dumas, hijo, en una de sus notabilísimas cartas «sobre asuntos teatrales», se dirigía al público, precisamente por aquellos mismos días, en los siguientes términos: «Recuerda, desgraciado, que tú silbaste *Fedra*, *El Cid*, *El Casamiento de Figaro*, *Guillermo Tell* y *El Barbero de Sevilla*. ¡Bien has cambiado de opinión! ¡Hoy ya eres menos «precipitado»; tu educación está casi terminada, y sin embargo, todavía, de vez en cuando, dejas escapar durante los estrenos ¡oh! ¡oh! que no tienen mucha razón de ser; pero, en fin, *hay progreso*, y ¿qué hemos de hacerle? Es ese pícaro «primer movimiento»... la electricidad de las muchedumbres.»

Casi al mismo tiempo, casi en el mismo día, Dumas, recordando algunos «históricos errores» del público, celebraba los progresos de su cultura, y Vitu, describiendo el cuadro del estreno á que había asistido, hacía creer ilusorios aquellos «progresos», con tanto más motivo cuanto que el im-

parcial é ilustrado crítico no creía que la obra fuera digna de «semejante severidad».

Y, sin embargo, los dos podían tener razón: Dumas se dirigía en su carta al público de la Comedia Francesa, y Vitu se refería en su crítica al público de *Folies-Dramatiques*.

Porque, aunque sea «fórmula sacramental», al dirigirse á los espectadores de cualquier teatro el encargado de anunciar alguna variante en el programa de la función ó de solicitar indulgencia en nombre de algún artista temeroso ó indispuerto, el comenzar con las palabras *Respectable público*, hay público... y público... y público.

Público compuesto de personas sensatas, cultas y prudentes, que van á escuchar sin hostilidad, á juzgar sin prejuicios y aun á censurar, si es justo, pero sin saña, descortesía ni alboroto; público compuesto de «reventadores», que van á «cumplir su misión», perjudicando á empresas, autores, artistas y á cuantos del teatro viven, y de «escandalizadores», que sólo van á divertirse con el bullicio y el estrépito, y público mixto, formado por unos y por otros, en que los sensatos y prudentes han de sufrir con paciencia las impertinencias de los alborotadores, si no quieren exponerse á insultos, amenazas y hasta á golpes.

Los escándalos en los teatros, las silbas y los alborotos en las noches de estreno deben terminar por razones poderosísimas de justicia, de cultura y de decoro del mismo público, y aun por otras particularísimas razones que expondré en la segunda parte de este artículo.

Claro está que no pretendo convencer con ellas á los «reventadores de oficio», que clamarán contra el que intente quitarles «ese modo de vivir», ni á los reventadores por perversidad de condición, que sólo gozan con el daño ajeno; pero acaso lograré persuadir á los «escandalizadores inconscientes», que sin propósito de causar graves perjuicios ni aun idea de los que ocasionan, por irreflexión y por ligereza contribuyen á realizar esos incultos *lynchamientos* teatrales que se llaman *pateos*.



II

Dice Lope de Vega en el prólogo á la parte XIV de sus obras dramáticas, que «muchas comedias parecen bien al vulgo junto que á cada uno de por sí desagradan; culpa de los accidentes *lo contrario*, ya por las pasiones de los poderosos, ya por los defectos de la acción, de la memoria, de la destreza, del lugar, del calor, del frío, de la noche, de las voces, de los pechos y de la música, ya por venir los oyentes con disgustos, con *divertimientos*, con celo, con pérdidas, con pendencias, *con determinada voluntad de que no han de alegrarse*, ó por otras diversas causas que por no cansar no digo...»

Es decir, que á principios del siglo XVII, como á fines del siglo XIX, el respetable público aplaudía obras malas y rechazaba obras buenas (1); los escritores veían de-

(1) Por aquellos mismos tiempos, el ilustre Alarcón escribía los siguientes versos en su comedia *Mudarse por mejorarse*:

«Desdichados ó dichosos
no los hace el mercader,
pues hemos venido á ver
disparates venturosos.

penden el éxito de su trabajo, con que honradamente procuraban ganar el sustento, no de su acierto ó de su error, sino de la torpeza ó de la habilidad de los comediantes, y de la buena ó mala predisposición del público, que hacía pagar al inocente autor sus disgustos, celos ó pérdidas; que le hacía víctima de sus *divertimientos* ó de su determinada voluntad de no alegrarse, ó que le hacía *responsable* de los cambios ó excesos de la temperatura.

Pero...

El mismo *Fénix de los Ingenios* hace notar en aquel prólogo un «cambio rápido

Oye el ejemplo que pinto:
 comedia vi yo, llamada
 de los sabios «extremada»,
 y rendir la vida al quinto.
 Y vi en otra, que á millares
 los disparates tenía,
 reñir al quinceno día
 con Jaraba por lugares.
 Y sus parciales, vencidos
 de la fuerza de razón,
 decir:—Disparates son,
 pero son entretenidos.—
 Representante afamado
 has visto, por sólo errar
 una sílaba, quedar
 á silbos mosqueteado;
 y luego acudir verías
 esta Cuaresma pasada,
 contenta y alborozada,
 al corral cuarenta días
 toda la corte, y estar
 muy queda, papando muecas,
 viendo bailar dos muñecas
 y oyendo á un viejo graznar.»

y completo» en la cultura del público de su tiempo, digno de fijar la atención.

«Solían, no há muchos años, irse (los espectadores) de los bancos del teatro tres á tres y cuatro á cuatro, cuando no les agradaba la fábula, la poesía ó los que la recitaban, y *castigar con no volver* á los dueños de la acción y de los versos. Agora, por desdichas mías (Lope supone que es *el teatro* quien habla en el prólogo), es *vergüenza* el ver á un barbado despedir un silbo, como pudiera un pícaro en el coso (léase un pilluelo en la plaza de toros), y otro pensar que es gracia tocar un instrumento con que pudiera en sus tiernos años haber solicitado cantar tiples.»

Pocos años bastaron, según Lope, para que el público perdiera la culta y noble costumbre de *castigar* los desaciertos de autores ó cómicos con *irse y no volver*; más de *dos siglos* van transcurridos sin que la haya recobrado, desentendiéndose de razones de su propio decoro y aun de terminantes preceptos de la autoridad, á pesar de «los progresos en su educación» observados y celebrados por Dumas, hijo.

Es cierto que en nuestra época no se hace á las comedias «ofrendas de pepinos ni de otra cosa arrojadiza», como dice Cer-

vantes en el prólogo de sus comedias; ni hay representante que tema acabar «á manos del mal membrillo, tronchos y ba-deas», como dice Quevedo en su *Vida del gran Tacaño*; es cierto que las mujeres de hoy, «más corteses y piadosas» que las del siglo xvii, no dan ocasión á que las actrices de ahora tengan que dirigirse á ellas como las pobres comediantas de antaño (1), diciéndoles con humildad extremada en una *loa* de Quiñones:

Damas en quien dignamente
cifró su hermosura el cielo...
Hermosuras cortesananas
en cuyos raros sujetos
la belleza y discreción
compiten con el aseo...
Así el abril de los años
sea en vosotras eterno,
sin que el tiempo que tenéis
no se sepa en ningún tiempo...
Que *piadosas y corteses*
pongáis perpetuo silencio
á las llaves y á los pitos,
silva de varios sucesos...

Cierto es que en nuestros tiempos no hay ministros como el favorito Valenzue-

(1) No todas aquellas comediantas fueron, sin embargo, tan humildes cuando se dirigían al público *por cuenta propia*, y alguna hubo, según refiere un distinguido escritor, que, como la romana *Arbúscula*, alabada por Cicerón, respondía á los silbantes con desenfado: «A mí me basta que me aplaudan los caballeros, pues á los demás no los estimo en lo que piso.»

la, que en noche de estreno hagan echar en el teatro ratas y murciélagos para asustar á las mujeres, alborotar á los hombres y conseguir que la obra fracasara con la confusión y el escándalo, divirtiéndose así á la caritativa reina Doña Mariana de Austria, que gozaba muchísimo viendo el aturdimiento y las angustias de los infelices comediantes.

Pero no es menos cierto que todavía, como en tiempos de Lope, van á los estrenos «hombres formales y con barbas que silban como pilluelos en la plaza de toros»; que todavía, como en la época de Cervantes, «corren muchas comedias su carrera con silbos, gritas y barahunda»; y que todavía, como si los siglos no hubieran pasado, ni la civilización hubiera mejorado las costumbres públicas, van á los estrenos algunos malintencionados dispuestos á hundir las obras y á armar alborotos, muchos «escandalizadores inconscientes» que, como la citada reina, se divierten con la zambra del público y con el atolondramiento de los artistas, y aun algunos, personas serias y discretas, que creen firmemente que el derecho de silbar, de que habla el satírico francés, es un derecho más sagrado, inalienable é indiscutible que todos los «derechos del hombre» proclamados por la revolución francesa.

¿Por qué?

Aparte los que van á los estrenos con plan preconcebido ó intento pagado, pues con esos no pueden rezar razones ni argumentos, porque la inmensa mayoría del público tiene del teatro, de las obras, de los artistas y de las empresas la idea más equivocada que puede tenerse.

Mucha gente cree que escribir una comedia, un drama, una zarzuela ó una pieza es una *acción terrible* que desde luego convierte al autor en *reo* y al espectador en *juez* (mediante unas cuantas pesetas ó unos cuantos céntimos), y por eso, en tanto que el pintor firma su cuadro, bueno ó malo, y el novelista su libro, malo ó bueno, y el fabricante sus productos, y el médico sus recetas, y el boticario sus «específicos», el autor no puede firmar su obra—¡arrogancia intolerable y circunstancia agravante!—hasta que los muchos ó pocos espectadores que concurren al estreno den su *fallo*, conforme á la impresión del momento ó á la predisposición de su espíritu.

Mucha gente cree que un «negocio teatral» no es tan importante y respetable como otro negocio cualquiera, bajo el aspecto industrial de las empresas, y por eso muchísimos que no pedirían un pantalón

gratis al sastre amigo, ni un café de balde al cafetero conocido, piden palcos y butacas gratis á las empresas, apelan á todo géneros de recursos para ir al teatro *sin pagar*, y si pagan creen tener derecho á ser exigentes, inexorables y hasta crueles; y como si aquel local, aquel decorado, aquellas luces, aquellos músicos, aquellos actores, aquellos dependientes, no costasen al cabo de la temporada muchos miles de duros al empresario, se figuran que todo aquello les pertenece, entran en el teatro como en país conquistado, y suponen que á nadie perjudican con sus escándalos y alborotos.

Y sin embargo, una empresa de teatro, formal y de arraigo, es una de las industrias que mayor capital emplean en brevísimo tiempo, que en mayor proporción contribuyen á las cargas del Estado, y que son el sostén de mayor número de familias.

Tengo á la vista los datos exactos de los gastos satisfechos por una de las empresas de Madrid—la del teatro de Apolo—durante la temporada de 1895 á 1896. En el corto espacio de diez meses aquella empresa pagó 612.991 pesetas 37 céntimos, cerca de dos millones y medio de reales, dió de comer á más de doscientas familias,

pagó por derechos de autor más de trece mil duros, y satisfizo más de catorce mil reales por contribuciones, sellos, etc., amén del 2 por 100 de los sueldos de actores, y de las demás cargas y gabelas establecidas por la Hacienda y por el Municipio.

Quien esto hace, ¿no merece, cuando menos, la consideración que cualquier industrial, sastre, fondista ó tabernero, en cuyos establecimientos nadie escandaliza ni destruye, aunque *el género* le desagrade, limitándose á imponer el ya duro *castigo de irse y no volver*, como se hacía en el teatro en los dichosos tiempos recordados por Lope?

Algún malicioso supondrá que esto es pedir «la impunidad de los malos autores», y no hay tal cosa. ¿Puede haber mayor castigo para el autor que ver desierto el teatro cuando se representa la obra, que por ello sería forzosamente retirada de los carteles? ¿Acaso el mismo público del estreno, tan intransigente y cruel á veces, no es otras sobradamente benévolo, y aplaude y celebra obras que luego la crítica y la opinión señalan como rematadamente pésimas?

La opinión y la crítica, censurando con calma y con imparcialidad, son los naturales jueces de las obras literarias; los impresionables *censeurs pointilleux*, las bocas

siempre prontas á silbar, de que habla Boileau, los mal humorados «oyentes que juzgan por los defectos de la destreza, del calor, del frío, de las voces, ó por ir al teatro con disgustos, con divertimientos, con celos, con pérdidas, con pendencias, con determinada voluntad de no alegrarse.....», que cita Lope de Vega, esos no son jueces, esos no son más que irreflexivos *lynchadores*.

Supongamos que una noche de verano hace en el teatro calor irresistible, ó que una noche de invierno es casi insoportable el frío. ¿Habría algún espectador que en el primer caso se pusiera en mangas de camisa, ó que en el segundo permaneciera cubierto durante la representación? Seguramente no, aunque al hacerlo no molestaba á los demás; pero lo primero sería grave falta de educación, y lo segundo grave falta de respeto. Y, sin embargo, el que no haría eso, silba y aúlla y golpea, con indudable molestia de los demás, á quienes aturde y no deja oír, como si el silbar y el vociferar no fueran más contrarios al respeto y á la educación que el dejarse puesto el sombrero ó el quedarse en mangas de camisa.

Vemos, pues, que ni la justicia, ni la razón, ni la equidad, ni la educación, autorizan los escándalos teatrales, prohibidos

en todos los tiempos por los preceptos de la autoridad.

Ya en los más antiguos reglamentos para el buen orden y policía de los teatros figura este artículo: «No se gritará á persona alguna, ni á aposento determinado, ni á cómico, aunque se equivocase; porque *no es correspondiente* Á LA DECENCIA DEL PÚBLICO, ni lícito agraviar á quien hace lo que puede y sale con deseo de agradar y deseo de disculpa.»

Pero, por si se figuran *los liberales* que esta prohibición es contraria á *la libertad* del público, ó suponen *los reaccionarios* que con ella se pretende amparar *la licencia* de autores ó de cómicos, voy á terminar citando dos bandos de épocas *muy distintas*, para que claramente se vea que en el deseo de impedir los indecorosos escándalos en los teatros *han coincidido* siempre liberales y reaccionarios.

En 16 de Septiembre de 1820—triunfante la revolución liberal—los alcaldes constitucionales de Madrid, D. Félix Ovalle y D. José Pío de Molina, decían lo siguiente: «Hemos notado con dolor que en estos últimos días se ha interrumpido más de una vez la quietud y decoro de aquellos sitios destinados al lícito entretenimiento del

ciudadano, por gentes que, interpretando siniestramente la calidad de hombres libres, creen serlo para pedir y hacer cuanto se les antoja, *sin más ley que su capricho ó su mala intención*. Y deseando extirpar tamaño abuso, criminal en toda época, pero señaladamente en ésta si queremos consolidar la misma libertad que gozamos y de que por tanto tiempo hemos carecido... MANDAMOS, de acuerdo con el Excelentísimo Ayuntamiento, que ninguna persona de las que concurren al teatro, ni á cualquier otro espectáculo público, se propase á pedir lo que no está prometido por el anuncio, *ni mucho menos á manifestar su impaciencia ó desagrado en términos estrepitosos*... En inteligencia de que á los transgresores se les tratará con el rigor que merecen los que turban la pública tranquilidad y desobedecen á las autoridades constituidas.»

Seis años después,—triunfante la reacción absolutista,—en 1.º de Septiembre de 1826, se publicó un *bando* que decía:

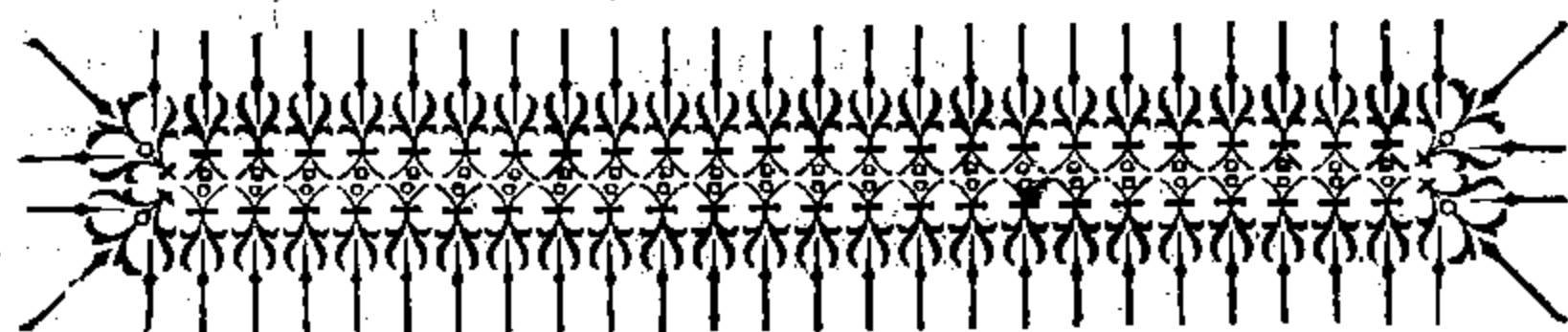
«Manda el Rey, nuestro señor, y en su Real nombre los Alcaldes de su Real Casa y Corte:

»I. Los concurrentes á los coliseos, sin distinción de clases ni fueros, *no proferirán expresiones, darán gritos ni golpes*, ni harán demostraciones que puedan ofender la decen-

cia, el buen modo, sosiego y diversión de los espectadores, bajo la pena al contraventor de ser destinado irremisiblemente por dos meses á los trabajos del Prado, CON UN GRILLETE AL PIE, por primera vez, y á cuatro por la segunda; y en caso de reincidencia, se le aplicará al servicio de las armas. Si los contraventores fuesen de otras circunstancias, se les impondrá cincuenta duros de multa por la primera vez; ciento por la segunda, y por la tercera se les destinará á PRESIDIO.»

Durillo es eso de poner un grillete al pie, ó destinar á presidio á reventadores y escandalizadores teatrales; pero lo de dedicarlos á trabajos en las obras públicas, aplicarlos al servicio de las armas é imponerles fuertes multas, ya es algo menos duro y acaso no resultaría mal, porque, á la vez que se ponía coto á una de las más indecorosas costumbres, podrían aumentar el embellecimiento de la población, el contingente del ejército y los ingresos de la Hacienda.





La confesión de Carlos V

Chascarrillo histórico

Delante del confesor,
cumpliendo como cristiano,
con religioso fervor
estaba el César hispano,
Carlos, el Emperador.

El egregio penitente
se acusó sinceramente
de esos pecados veniales
que son el cargo frecuente
de los míseros mortales,

y aun confesó, con dolor,
alguna falta mayor,
efecto de la liviana,
pobre condición humana
ó del tiránico amor;

pero evitó con cuidado
aun indicar un pecado

infringiendo humana ley
ó los deberes que á un rey
impone su excelso estado.

Terminó su confesión,
y esperando, vanamente,
recibir la absolución,
levantó la altiva frente
con asombro y confusión.

—Padre, dijo, he concluído
y la absolución os pido.
Decidme, si vaciláis,
por qué no la he merecido,
ó decidme á qué aguardáis.

Y contestó el confesor:
—Mi detención no os asombre;
porque esperaba, Señor,
ya que ha confesado el hombre
¡que empiece el Emperador!



COLOFON

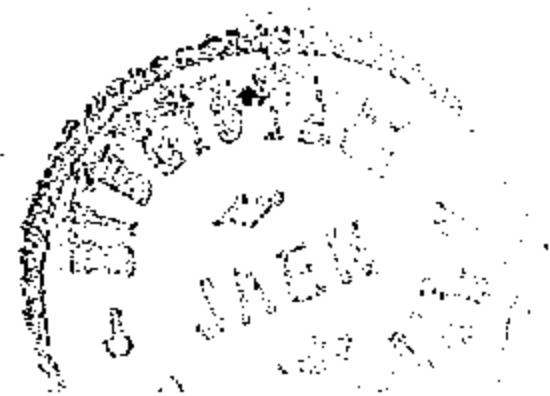
En la «Palæographía Græca» de Montfaucon se citan los nombres de más de trescientos antiguos amanuenses y se insertan curiosas suscripciones y colofones con que éstos dieron fin á sus respectivos trabajos.

Los copistas, al llegar al término de su tarea, expresaban gozo, humildad ó remordimiento, y unos imploraban el perdón de sus culpas, en tanto que otros fulminaban maldiciones y censuras contra quien robara ó sin licencia leyera el libro.

Entre aquellos colofones es notable el que sirve de remate al manuscrito de los Cánones de Nicea, traducido por Rufino.

Dice así:

«Cualquiera que sin licencia se lleve ó lea este libro, incurre en la



maldición de la Santísima Trinidad, de la Santa Madre de Dios, de San Juan Bautista, de los 118 Padres y de todos los Santos. Para él la suerte de Sodoma y Gomorra y el término de Judas. Anatema.—Amén.»

Los tiempos y las circunstancias han variado mucho.

Sin embargo, yo, al llegar al final de este libro, quiero imitar el ejemplo de aquellos humildes amanuenses antiguos, pidiendo el perdón de mis muchos yerros; pero lejos de fulminar anatemas contra los que sin licencia lo lleven y lo lean, concedo á todos licencia para llevarlo y para leerlo, pagando, por de contado, al librero, las TRES modestas pesetas que cuesta cada ejemplar.

Por el contrario, sólo contra aquellos que no lo compren—no es condición precisa que lo lean—me atrevería yo á dirigir censuras, aunque sin llegar al extremo frenético de decir: «Anatema.—Amén.»

ÍNDICE

Páginas.

Anteportada.	
RETRATO DEL AUTOR, <i>por D. Cecilio</i>	
<i>Plá.....</i>	4
Portada.....	5
DEDICATORIA.....	7
PRÓLOGO, <i>por D. Jacinto O. Picón..</i>	9
JOYAS DE REINAS.....	25
<i>Justicia arzobispal.....</i>	55
<i>¡De Caballería!.....</i>	59
EL LABERINTO DE CRETA.....	65
<i>Consejo real.....</i>	89
<i>El pantalón del general.....</i>	93
ROMPECABEZAS HISTÓRICOS.....	99
<i>Justicia imperial.....</i>	111
<i>El barbero de S. M.....</i>	117
UN ARTISTA SIN RIVAL.....	121
<i>El duquecillo y la reinita.....</i>	143
<i>El primer adúlador.....</i>	147
PRINCESAS DE CHIMAY.....	149
<i>El reverso del Quijote.....</i>	175
<i>Petición oportuna.....</i>	177
LA GRAN FAROLA DE LA PUERTA DEL	
SOL.....	179

	<u>Páginas.</u>
<i>El rey Católico y el pintor Moro.....</i>	195
LOS VENDEDORES DE PERIÓDICOS.. .	201
<i>Los mismos perros.....</i>	223
LOS ESCANDALIZADORES EN LOS TEA- TROS.....	227
<i>La confesión de Carlos V.....</i>	247
COLOFÓN	249

